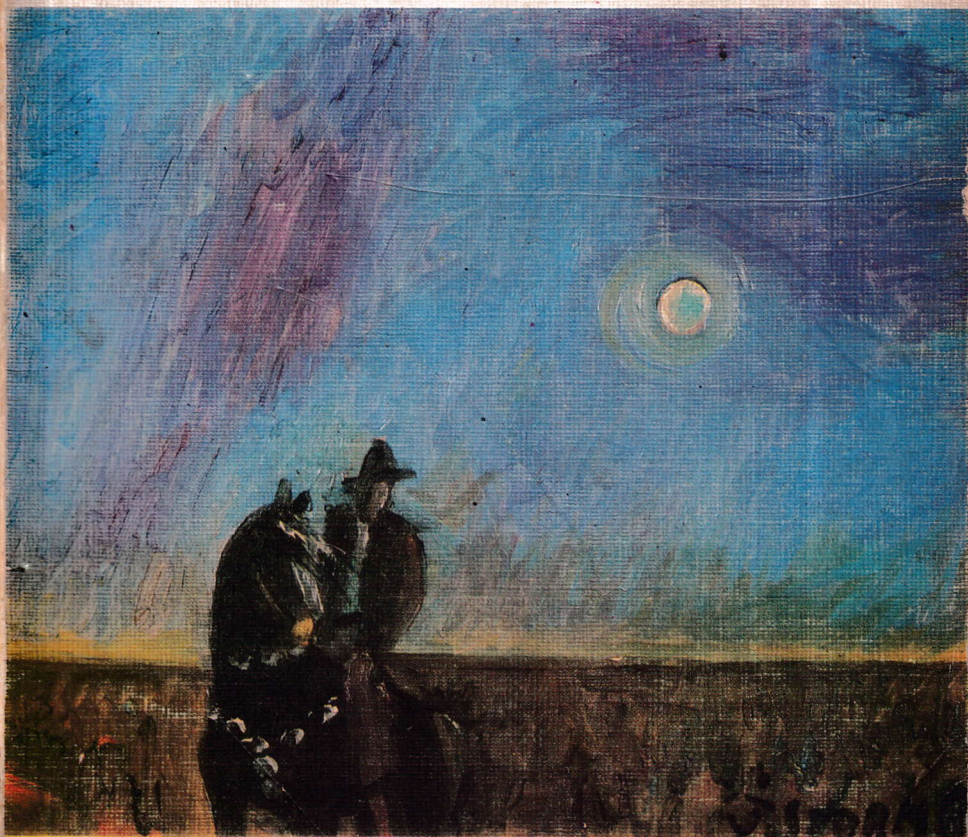


**TOMAS DE MATTOS**

# **¡BERNABE, BERNABE!**

**NOVELA**



**TOMAS DE MATTOS**

---

**¡BERNABE,  
BERNABE!**

**NOVELA**

PROLOGO DE  
WASHINGTON BENAVIDES



---

**lectores de banda oriental**

*El autor expresa su deuda con don Eduardo Acosta y Lara, cuya labor de investigación, recogida en su obra "La guerra de los charrúas", fue de consulta continua para la solución de muchos de los problemas que se le plantearon en esta novela.*

Carátula:

Oleo sobre tela de Juan Storm. Fragmento.  
(Gentileza de Galería Latina)



Ediciones de la Banda Oriental SRL.  
Gaboto 1582 - Montevideo - Tel. 4.32.06  
Queda hecho el depósito que marca la ley  
Impreso en Uruguay - 1988

## *Epígrafe desmesurado*

Leyendo un libro, controvertido y peleón, de Edward M. Forster: "Aspectos de la novela" (Ed. "Debate", 1983, Madrid), el gran novelista inglés, con un desenfado estilístico de conferencista que debe atraer a su público (alumnos del Trinity College de Cambridge, allá por 1927) y desarmar y armar los mecanismos narrativos que levantan una novela, planteaba cosas como éstas: *"Todos estamos de acuerdo en que el aspecto fundamental de una novela es que cuenta una historia. [...]"* Pero sugiere que habrán matices en la aceptación de ese fundamento (contar una historia). Y así, ejemplifica lo que contestaría un supuesto conductor de autobús: *"¿Qué es una novela? Bueno... pues, no sé... es una especie de historia, ¿no?"*. Un segundo ejemplo sería el del jugador de golf: *"¿Que qué es una novela? Pues una historia, desde luego. No sirve de nada si no cuenta una historia. Y a mí me gustan las historias. Muy mal gusto por mi parte, sin duda, pero me gustan. Pueden llevarse el arte, la literatura, la música, pero a mí denme una buena historia. ¡Y me gustan las historias como Dios manda!, fíjese bien, y a mi mujer, lo mismo"*. Cabe un tercer ejemplo: Un tercer hombre, con voz un poco cansina y apenada, respondería: *"Sí... sí, señor... la novela cuenta una historia"*. Forster se identifica con este "tercer hombre" y agrega: *... "la novela cuenta una historia. Este es el aspecto fundamental sin el cual no puede existir. Ese es el denominador común a todas las novelas. Mas deseáramos que no fuera así, que fuera algo distinto: melodía o percepción de la verdad, no este elemento vulgar y atávico"*.

La cita (larga) viene a cuento sobre esta novela, la primera que publica Tomás de Mattos: *"¡Bernabé, Bernabé!"*. Ustedes conocen la breve trayectoria éditada de Tomás de Mattos: *"Libros y perros"* (Banda Oriental, 1975), *"Trampas de barro"* (Banda

Oriental, 1983) y "*La gran sequía*" (Banda Oriental, 1984); fuera de estos tres libros algunas narraciones y apólogos dispersos en diarios, semanarios y publicaciones antológicas.

Para quienes conocemos el taller (flaubertiano) del narrador nortño, podemos agregar que existen, fantasmales o a medio-hacer, otros proyectos novelísticos. Un perfeccionista, como de Mattos, destila su prosa, trabaja sus criaturas, piensa y repiensa actos y escenarios. Por cartas y por esporádicas charlas, supimos del crecimiento de esta novela sobre otros trabajos (su labor de abogado, otros relatos), y aquí se presenta.

Me apresuro a destacar que la historia que cuenta será polémica. Tirios y troyanos pelearán en torno a los despojos de Bernabé Rivera y el cacique Sepé. Señalo, sin embargo, que otros atractivos estarán esperando a sus lectores. Tomás de Mattos toma en sus manos los viejos artilugios de la novela del Siglo XIX (epístolas, manuscritos que un albacea literario entrega a la editez, etc.) pero, en su re-creación, todo adquiere una luminosidad de mundo adánico.

Desde el "Prólogo", "Josefina Péguay —1833-1912—" el autor se emboza en una objetividad tal, que parece la novela una crónica; la exhumación, (primero), de una dama patricia de insólito carácter y de rebeldía auténtica, según el criterio de ese M.M.R. en su prólogo, fechado en Tacuarembó y en octubre de 1946. Y en segundo lugar, el "corpus" de la novela es una extensísima epístola que Doña Josefina escribe a Federico Silva desde San Fructuoso, en setiembre de 1885. Recuértese, que el mencionado "San Fructuoso" es la villa que luego pasó a llamarse "Tacuarembó". Villa que fundara el Coronel Don Bernabé Rivera.

Cuando Forster reconocía que la novela debía contar una historia, se lamentaba (¡nada menos que el autor de "*A Passage to India*"!) de que no fuera algo distinto: "*melodía o percepción de la verdad*". Creemos que "*¡Bernabé, Bernabé!*" prolijamente cuenta varias historias, pero el lector acaso convenga conmigo que también está la melodía de una prosa desacostumbrada por estas latitudes, y que, también, (el cristianísimo autor) se esfuerza por darnos cabos sueltos y nudos marinos para la "*percepción de la verdad*".

La técnica epistolar adquiere en de Mattos un nuevo ángulo: la síntesis del escenario, la relampagueante acción que nos advierte la presencia del cine en la composición de escenografía y acción de la novela. La palabra, bajo esta técnica, debe hacerse justa y estricta como nunca. Debe calar como inscripción antigua en el mármol, como un poema perfecto. Tomás de Mattos sorteja los arrecifes de la crónica, en base a un ingrediente que todo lector de prosa no desdena: la amenidad. Término que supera grandemente lo que indica el diccionario, no es "recrear o deleitar apaciblemente", no es sólo eso. Es provocar en el lector un estado especial de receptividad, que no significa aceptación simple de lo que nos plantea. La amenidad es ese estado que nos gana cuando leemos cierto libro y nos mueve a dialogar con su fábula.

Si esto no fuese un epígrafe desmesurado, trataría de armar una defensa apasionada de la amenidad en la novela contemporánea. ¿Tendría que agregar que los grandes novelistas latinoamericanos contemporáneos son amenos? Métase, amigo lector, en esta novela-historia de novedades incesantes. No piense en una crónica, son, más bien, como diría Paulo Rónai de *"Tutameía-Terceras Estorias"*, de Guimaraes Rosa: *"episodios llenos de carga explosiva, retratos que permiten adivinar los dramas que tallaron los rasgos de quienes sirvieron de modelo..."* Cuando Tomás de Mattos entregó su *"Padres del pueblo"* relato que cerraba admirablemente *"Trampas de barro"* muchos, (nos incluimos), le exigimos que ahondara en el magma de nuestra historia. Creemos que nos ha atendido y con creces. Creemos estar ante una novela magistral.

*Washington Benavides*

# EL INDISCRETO

DIRECTOR Y REDACTOR  
**EDERICO J. SILVA**  
REDACTOR  
**TROFIMO M. SANCHEZ**

PERIODICO SEMANAL  
LITERATURA, CIENCIAS, ARTES, TEATRO, MODAS

REPRESENTANTE EN ARGENTINA  
**ALFREDO GODEL**  
ABONOS Y SUSCRIPCIONES  
**FRANCISCO I. BLAZQUEZ**

no II Montevideo, Noviembre 5 de 1885 Num. 75

En la Capital: Por un año, \$ 12; por seis meses, \$ 7; por tres meses, \$ 4. En el Extranjero: Por un año, \$ 18; por seis meses, \$ 10; por tres meses, \$ 6. No se cobra portes. Del día 30 hasta 40 centos. Anuncios 40 centos.



EL INDISCRETO

*a América e Ignacio*

## PROLOGO

JOSEFINA PEGUY

(1833-1912)

En los escritos que dejó Josefina Péguy y que he podido leer (cartas, novelas, poemas, curiosos ensayos semidomésticos sobre literatura, historia y política) no siempre se advierte el acierto sostenido que caracteriza a los trabajos pacientemente pensados. Pero sí puede constatarse la insistencia en seis o siete preocupaciones primordiales, bastante ajenas a las convenciones de su tiempo, que, a la par que vertebran su obra, le confieren el encanto de la originalidad y la pasión de la rebeldía.

Distó de ser, en los diversos medios en los que actuó, una personalidad descollante; puede decirse que también a ella le tocó vivir el destino de toda mujer de su tiempo: primero, fue la hija de Máximo Péguy y, luego, la esposa, o la viuda, de Juan Pedro Narbondo. En los cerrados círculos en los que vivió se la solía estimar, pero no puede decirse que se la comprendiera. Según palabras de su tío Gustavo, tres años menor que ella, Josefina Péguy fue una mujer en permanente búsqueda de un centro que, al menos, afirmase sus ideas. Por ello, sus amistades coincidieron en calificarla como excéntrica. No creo que el juicio sea justo y acertado.

Nació en un hogar peculiar: el conformado, con envidiable armonía, por un liberal enérgico, más práctico que brillante, don Máximo Péguy, y una católica mansa y tenaz, doña Regina O'Dogherty. Su padre llegó a la cuenca del Plata en 1816, pero recién prosperó cuando, bajo la protección generosa pero no desinteresada de Samuel Lafone, se dedicó a negocios de exportación e

importación. Su fortuna se hizo definitivamente sólida cuando formó parte de la Sociedad de Compradores de los Derechos de Aduana del Gobierno de la Defensa. A partir de allí, su actividad no cesó de ramificarse: adquirió estancias e infinidad de casas, y se asoció permanentemente a inversiones comerciales y financieras que, hasta que llegaron los años sesenta, fueron exitosas. El descalabro de esas incursiones por las finanzas, no afectó sus bienes raíces. Por otra parte, esas relativas penurias económicas que amargaron los últimos años de don Máximo, casi no rozaron a Josefina, quien en 1853 había contraído matrimonio con Juan Pedro Narbono, un abogado hábil y estudioso, que prefirió el cuantioso lucro que le deparaba el ejercicio privado de su profesión, a la notoriedad de la cátedra, la magistratura o la carrera política.

Por cuna y por matrimonio, Josefina Péguy de Narbono dispuso durante su vida de inmensas posibilidades económicas. Pero, con la única excepción de los viajes y de los libros, en las casas de las que Josefina fue ama y señora nunca hubo ostentación de riqueza. "Era común que se dijera —recordó su tío Gustavo— que había heredado el gusto sobrio y austero de mi cuñada Regina". Muebles y espejos, marfiles y porcelanas, cuadros, gobelinos y alfombras jamás se atiborraron en los vastos aposentos, siempre blancos, de sus casas. Infinidad de carísimos obsequios, a los que no les reconoció una posible ubicación, constituyeron una de las causas más frecuentes de los no escasos resentimientos que se fue granjeando a lo largo de su vida.

Llamaba la atención la exuberante presencia de plantas pendiendo de las paredes o convirtiendo a rincones, rellanos y balcones en pequeñas florestas. Lo que se advertía en el interior de la casa, constituía una mera anticipación de lo que deslumbraba apenas se llegaba al jardín posterior. A su juicio, la más humilde materia viva era incomparablemente más valiosa que la más cara materia inerte.

Las plantas, más que los libros, constituyeron la máxima afición de Josefina, no solo por el placer que le suscitaban y el tiempo que les dispensaba, sino porque con ellas alcanzó sus únicos lo-

gros realmente espléndidos. Los barrocos conjuntos florales que componía en cada maceta (sus "naturalezas vivas") constituían pequeños universos que, a la par que demandaban cotidianamente un sutil ejercicio de la escultura y de la pintura, le demostraban, según decía, la superioridad del reino vegetal sobre el animal, porque el esplendor de cada una de las partes del conjunto, no suponía la depredación de las otras. Su padrino, el célebre Amado Bonpland, que se alojaba en casa de su padre cada vez que bajaba a Montevideo para cobrar la pensión que le concediera Napoleón, no le legó sólo el nombre, escogido por él en homenaje a su querida emperatriz, sino que le contagió, además, una entrañable pasión por las plantas.

En ese mundo, colmado de seguridades económicas, perenne y desmesurado jardín, nació, creció, maduró y envejeció Josefina Péguy. He leído un extraño soneto suyo, a imitación de Petrarca, dedicado a la "hermana Pampinea". La vida, ese arroyo o torrente pardo en el que fluyen, con locura o mansedumbre, los gozos o dolores de los hombres, le fue, en definitiva, tan ajena como la peste de Florencia le resultó a la risueña dama del Decamerón. Se confinó tras las verjas del jardín, a las que ella nunca quiso reconocerles la condición de rejas.

Lo que escribió, extrañamente, casi nunca guarda relación con ese entorno edénico pero inactivo. Sus historias evocan un mundo de acero, barro, sangre y moscas; más propio de su admirado Maquiavelo, que de una dama de hábitos tan apacibles. Pero, pensándolo bien, así debía de ser en esta ineludible balconeadora de la vida. Todo en ella es contradicción y paradoja.

Sus hogares le ofrecieron, de mil formas, una constante estimulación intelectual. Don Máximo gustaba decir que la clave del éxito en todo oficio o profesión, "si bien estriba bastante en las condiciones personales, en el esfuerzo propio y en la capacidad para organizar el trabajo de los subordinados, depende aún más de la red de relaciones que se consiga entamar y consolidar". Los que lo conocieron bien, nunca pudieron concordar si su generosidad y jovialidad indiscutidas eran dones naturales o frutos de

gros realmente espléndidos. Los barrocos conjuntos florales que componía en cada maceta (sus "naturalezas vivas") constituían pequeños universos que, a la par que demandaban cotidianamente un sutil ejercicio de la escultura y de la pintura, le demostraban, según decía, la superioridad del reino vegetal sobre el animal, porque el esplendor de cada una de las partes del conjunto, no suponía la depredación de las otras. Su padrino, el célebre Amado Bonpland, que se alojaba en casa de su padre cada vez que bajaba a Montevideo para cobrar la pensión que le concediera Napoleón, no le legó sólo el nombre, escogido por él en homenaje a su querida emperatriz, sino que le contagió, además, una entrañable pasión por las plantas.

En ese mundo, colmado de seguridades económicas, perenne y desmesurado jardín, nació, creció, maduró y envejeció Josefina Péguay. He leído un extraño soneto suyo, a imitación de Petrarca, dedicado a la "hermana Pampinea". La vida, ese arroyo o torrente pardo en el que fluyen, con locura o mansedumbre, los gozos o dolores de los hombres, le fue, en definitiva, tan ajena como la peste de Florencia le resultó a la risueña dama del Decamerón. Se confinó tras las verjas del jardín, a las que ella nunca quiso reconocerles la condición de rejas.

Lo que escribió, extrañamente, casi nunca guarda relación con ese entorno edénico pero inactivo. Sus historias evocan un mundo de acero, barro, sangre y moscas; más propio de su admirado Maquiavelo, que de una dama de hábitos tan apacibles. Pero, pensándolo bien, así debía de ser en esta ineludible balnearia de la vida. Todo en ella es contradicción y paradoja.

Sus hogares le ofrecieron, de mil formas, una constante estimulación intelectual. Don Máximo gustaba decir que la clave del éxito en todo oficio o profesión, "si bien estriba bastante en las condiciones personales, en el esfuerzo propio y en la capacidad para organizar el trabajo de los subordinados, depende aún más de la red de relaciones que se consiga entamar y consolidar". Los que lo conocieron bien, nunca pudieron concordar si su generosidad y jovialidad indiscutidas eran dones naturales o frutos de

un hábito adquirido por una larga práctica de conveniencia comercial. "Todo el que fue ayudado por mi hermano —me dijo don Gustavo Péguy—, terminó retribuyéndole sus servicios, de buen grado y con creces. Yo, incluido". Tenía amistades influyentes en toda la Cuenca del Plata, en Río de Janeiro, en París y en los principales puertos del Mediterráneo y del Mar del Norte y, por supuesto, en Londres. Su correspondencia diaria era frondosa y muy ilustres sus frecuentes huéspedes. No era tan adicto a los libros como a los periódicos y revistas. Le interesaba saber lo que estaba ocurriendo en el mundo y, sobre todo, poder preverlo.

Josefina no solo creció tuteándose con los que luego serían las lumbreras de su generación, sino que también visitó o, a su vez, rindió los deberes de la hospitalidad a gran parte de los prohombres que, en las diversas actividades se destacaban en el Plata. Si llegó a sentarse en la falda, aún no demasiado célebre, de Justo José de Urquiza, si sus conocimientos históricos desconcertaron a Bartolomé Mitre, si siempre saludaba con la familiaridad de un beso a don Frutos Rivera, si cabalgó en los hombros de Melchor Pacheco y Obes, fue su padrino el gran mentor de su infancia y adolescencia. Ella siempre dijo que Bonpland le empequeñeció el mundo, haciéndole estar en cualquier punto que se le antojase rememorar y, al mismo tiempo, le desmesuró el más pequeño objeto del universo: "Fomentó mi curiosidad hasta condenarme a la dispersión. Todo merece ser conocido; nada puede conocerse enteramente".

Toleró aprender latín y griego, de acuerdo a los dictámenes de la educación europea de su tiempo; y luego, su afición a Homero, Sófocles y Cicerón, le conservó el cultivo de las viejas lenguas. Quiso saber y aprendió francés, inglés, italiano, alemán y portugués. Una memoria prodigiosa —sobre la que tendré que volver después— era el cimiento de lo que aparentaba ser un verdadero don de lenguas. Sin embargo, para descubrir su dominio de los idiomas había que examinar su biblioteca.

A diferencia de su padre, Josefina —aunque siempre hojeó las revistas y periódicos de don Máximo y canceló muy pocas de

las suscripciones, cuando éste faltó— abrigaba una nítida predilección por los libros. De Buenos Aires, París, Madrid y Barcelona, más que vestidos y sombreros, le llegaban abultadas remesas de las mejores librerías. Fue ésta la pasión que mejor comparcieron con Juan Pedro Narbono. A pesar de que sus gustos eran diferentes, solían enzarzarse en largas discusiones acerca de los méritos y deméritos de los libros que acababan de leer.

Su tío Gustavo, la fuente más habitual de las precedentes informaciones, me aseguró: “Los libros de Josefina no solo estaban cuidadosamente ordenados en los estantes de sus habitaciones; todos los había leído; todos quedaron en su cabeza, para ser permanentemente vilipendiados o perennemente admirados”. Hubo un tiempo en el que don Gustavo cayó en la tentación de ponerla a prueba. Escogía novelas que, según le constaba, Josefina había leído hacía tiempo, elegía un pasaje poco frecuentado y lo estudiaba minuciosamente. Luego, en el transcurso de la conversación con su sobrina, desviaba el tema hacia ese libro y, en particular, hacia la escena estudiada. Muchas veces, Josefina rescató de su memoria algún detalle esencial que al tío le había pasado inadvertido: la importancia de la gota de nieve recién licuada que cae sobre un parasol rosado; la significación de la ambivalencia de los rasgos de un locuaz compañero de viaje. “Aquellos ojos enormes que tenía, que engañaban al incauto porque parecían tan mansos como los de un cordero, se arrebatában por la hermosura que contemplaban y, luego, al constatar mi derrota, se cargaban de malicia”. La misma memoria le asistía —y este dato nos resultará importante— respecto a conversaciones y hechos, públicos o domésticos, perdidos en el pasado. Le complacía en grado sumo recordar vergüenzas que sus interlocutores creían haber sepultado para siempre o desempolvar opiniones o actitudes que servían para denunciar flagrantes contradicciones con manifestaciones que se acababan de formular. Sus recuerdos inoportunos constituían la principal arma que utilizaba para que Juan Pedro Narbono, por temor a filosas incursiones en su pasado próximo o remoto, midiese muy bien ante ella sus palabras y dijese

exactamente lo que pensaba. No demasiado paciente, carecía de toda tolerancia con los pedantes y los hipócritas; por lo que su tío Gustavo concluyó esta parte de su evocación, diciéndome: "No se extrañe, entonces, que tuviese muy pocas amistades verdaderas".

Diminuta, muy pálida, el pelo muy negro y los inmensos ojos de un gris cambiante, entre tonalidades verdosas y otras casi celestes, el desvaído sepia de las fotografías que se conservan confirma los dichos de quienes la conocieran personalmente: aunque no alcanzaba a ser hermosa (las caderas eran bajas y gruesas, demasiado rollizos los brazos, muy alta la frente a la que solía mal disimular un cerquillo) Josefina Péguy constituía una presencia atractiva y casi magnética. De todo grupo que la acompañó ante un lento fotógrafo de aquellos tiempos, siempre ha sido ella el componente al cual primero acude la mirada del observador.

Cuentan que era de actitudes imprevisibles. Fogosa o deprimida, según el viento que soprase en su ánimo; locuaz o parca, según las compañías o las circunstancias. La acusan de haber hablado o callado a su antojo, careciendo del don de la oportunidad. Todos sus silencios resultaban vanas cautelas por la irresistible expresividad de su mirada. Por estas y otras descripciones, me animo a afirmar que escribió del mismo modo en que vivió. Espontáneamente, con una franqueza irrestricta y sin ambición de perdurabilidad. "Yo diría —opinó su tío— que escribía para refrenar y encauzar su pensamiento". Coincidentemente, amuralló su intimidad literaria. No tenía mayores problemas en difundir algunos de sus poemas: los satíricos, en los que se nota bastante más de una huella del Siglo de Oro español. En cambio, reservó muy celosamente todos sus otros escritos. Muy pocas personas —las muy suyas— pudieron acceder a su lectura.

La letra, de trazo recto, rápido e impetuoso, donde las tildes y las comas parecen acometer a las palabras con largos y curvos sablazos y donde la tinta evidencia terminarse demasiado pronto para el impaciente afán de la mano, duplica ante ojos observadores su función de signo del contenido de sus ficciones y de sus ensayos. El arrebató pasional generalmente le alborota la inteli-

gencia. Una incesante asociación de ideas le enreda, a veces, el discurso y lo precipita en digresiones arborescentes y en conceptos no siempre compartibles. Aunque, a modo de compensación, al alejarlo de estereotipos y prejuicios, nos ubica, en más de una ocasión, en estratos fermentales de la realidad.

En el acierto o en el error, Josefina Péguy me ha parecido evidiablemente auténtica.

Todas sus novelas fueron escritas en el último período de su vida (1885-1912) y tienen como temática común, una lucha cruenta por cambios o permanencias. En la vida de Josefina, esos veintisiete años asumen características que los separan nítidamente del largo medio siglo que los precedió.

Son años en los que se acentúa el repliegue. Su matrimonio había desembocado en una estancada instancia, en la que conversaciones cada vez más incidentales, invariablemente afables, que solían apelar a un recóndito humor cuyas claves últimas solo compartían los cónyuges, barnizaban y disimulaban las grietas del distanciamiento y la recíproca indiferencia. Ya en aquel entonces dormían en alcobas separadas y Juan Pedro Narbondo solía regresar en altas horas de la madrugada o pernoctaba, con siempre renovadas compañías, en la apartada casa que no demasiado secretamente alquilaba en los Pocitos. Fallecido Juan Pedro, a fines de 1884, la viudez de Josefina no fue desconsolada, ni se registró ninguna otra alteración sustancial en su vida cotidiana, a no ser que, con la llegada del nuevo siglo, tendió a residir más aquí, en Tacuarembó, en la vieja casona paterna, cercana al Paseo de la Primavera, reservando la quinta de Capurro para no muy prolongadas estadías durante el verano. Sin hijos propios, sólo los sobrinos y su tío Gustavo llenaron sus días.

Aquellos años parecían, para sus amistades, un plácido y desencantado período final. Sin embargo, enmarcaron una creación tardía pero constante que se desencadenó definitivamente en setiembre de 1885 cuando un amigo, Federico J. Silva, el director y redactor del semanario "El Indiscreto", le escribió requiriéndole todo el material que dispusiera, en el Archivo Narbondo,

sobre Bernabé Rivera. Como se verá, el encargo fue atendido con exceso, porque reavivó el interés que siempre habían suscitado en Josefina las figuras del coronel Rivera y del cacique Sepé.

El grueso cuaderno que se encontró entre los papeles dejados por el matrimonio, con un esbozo de la biografía de Bernabé y con una relación circunstanciada de su muerte, guarda ostensible relación con el encargo de Silva, pero no sé si es su borrador, una copia ulterior o el propio texto que se le enviara y que luego éste devolviera. De las tres posibilidades, apuesto por la última, porque un retrato de Bernabé, al que se describe en la carta, incluyéndolo en la encomienda, fue inventariado entre las pertenencias que dejó a su muerte.

Quienes han estudiado la época de don Frutos y ya conocían los detalles del confuso episodio de Yacaré-Cururú, me han informado que el manuscrito de Josefina aporta algunos datos hasta ahora desconocidos y que, por lo menos, ninguna de sus informaciones añade nuevas contradicciones a las ya establecidas entre las fuentes preexistentes. Incluso el episodio de Durazno, en donde el pueblo festeja una absurda "resurrección" de Bernabé, a muy escasos días de la noticia de lo acaecido en Yacaré Cururú, se encuentra corroborado por un suelto incluido en "El Universal", el 3 de julio de 1832, cuyo texto me fuera exhibido por el vecino de esta zona, don Ramón P. González, y que luego publicara en su libro "Tacquarembó".

La principal revelación del manuscrito (la identidad del matador de Bernabé) puede aceptarse con la misma prudencia con la que la narra Josefina: es una posibilidad que merece el rango de hipótesis, tendida hacia el futuro, en espera de eventuales corroboraciones.

Pese a este perceptible respeto por la verdad histórica, juzgo conveniente subrayar que, a mi juicio, sus afanes fueron bastante más allá que los de un mero cronista. Trascendiendo, para bien o para mal, la relación de los hechos y la indagación de sus causas, hay una tendencia constante a revivir los episodios como si hubieran sido percibidos, aun a costa de la introducción, a ve-

ces no confesa, de elementos ficticios: la emoción de un indiecito aturrido por los primeros festejos de la victoria de Sarandí, la imaginada apariencia del vaquero Lorenzo González y las últimas y antagónicas visiones con las que la vida acaso despidió o expulsó a Sepé y Bernabé, son tres ejemplos que valoro como pertinentes, pero no únicos.

No obstante, es el abordaje de la figura de Bernabé, el signo más claro de que la memoria de Josefina no estaba orientada por un propósito primordialmente biográfico. De lo contrario, habría en su narración más de un vacío imperdonable. En efecto, de la vida de su malogrado Coronel escoge tan solo dos tramos.

El primero, desde 1811 a 1826, abarca la gesta artiguista, la sucesiva sujeción de la Banda Oriental a los imperios lusitano y brasileiro y la Cruzada Libertadora encabezada por Juan Antonio Lavalleja. En esos dieciséis años, que fueron la fragua de nuestro destino, Josefina Péguy realiza apenas cinco calas, de muy diferente extensión y profundidad: la incorporación de Bernabé, siendo aún un niño, a las fuerzas revolucionarias; su cautiverio en Río de Janeiro; su maduración militar, al influjo de los oficiales portugueses con destino en Montevideo; su decisiva participación en la batalla de Sarandí; y, finalmente, su retiro del ejército emancipador, ya al mando del porteño Alvear, solidarizándose con su tío. Más que como una historiadora, procede como si fuera una novelista, seleccionando, entre los antecedentes de su protagonista, aquellos episodios que considera imprescindibles para delinear el carácter que afrontará las circunstancias que conforman el núcleo central de su narración.

Este es, sin duda, el segundo tramo escogido, y que está conformado por tan solo dos años: 1831 que, entre abril y agosto, traigo consigo la campaña contra los charrúas, con las matanzas verificadas en la Boca del Tigre (Potrero de Salsipuedes), en la estancia de Bonifacio Benítez y en Mataojó; y el nefasto 1832, que hizo culminar la fulminante represión de la sublevación de los misioneros de Bella Unión con la muerte del coronel en Yacaré Cururú, a

manos de los indios charrúas, que nada habían tenido que ver con la insurrección.

Es significativo que desde 1826 se salte, sin más, a 1831. Quedan por el camino no solo cinco años capitales en la vida de la República, porque en ellos se procesó la doble frustración de su separación de las Provincias Unidas y de la mutilación del territorio que debió asignársele, sino también los días más gloriosos de los Rivera, quienes en una campaña que antes que una sucesión de éxitos militares fue un relámpago incontenible de adhesiones, liberaron y reincorporaron las Misiones Orientales a las Provincias Unidas, a la cabeza del Ejército del Norte, informal y heterodoxo, pero incuestionablemente legitimado por la voluntad popular. Fueron precisamente esos días, los que depositaron sobre los Rivera su mayor responsabilidad histórica: estipulada la devolución de las Misiones Orientales al Brasil, el retiro del Ejército del Norte se colmó de gloria con la espontánea compañía de ocho mil civiles, que prefirieron el abandono masivo de sus hogares y de sus propiedades, para cobijarse en la republicana libertad de nuestro Estado, en cuya frontera se fundó un poblado: Santa Rosa del Cuareim, al cual el uso le dio el nombre, más simbólico y mucho más irónico, de Bella Unión. Vamos a ver que don Máximo Péguy, entre los dones de don Frutos que más admiraba, incluía el de "no defraudar". Seguramente, cuando emitía tal juicio, no mentaba ni a los charrúas, ni a los misioneros, quienes apenas pasaron el Cuareim fueron despojados de sus bienes más valiosos, en concepto de "botín de guerra".

Yo quisiera que Josefina se hubiera ocupado de este período, pero comprendo las razones de su omisión. Su manuscrito, aunque pueda valer como novela, nunca respondió, al menos conscientemente, a tal propósito; en parte, es una carta; en parte, es una crónica. Pues bien, ni a su concreto interlocutor, Federico Silva, ni a ella les interesaba demorarse en estos tiempos. Al primero, porque son los más conocidos —aunque no suficientemente— de Bernabé. A la segunda, porque probablemente ya se había ocupado de ellos, o se reservaría para hacerlo, en un relato más breve,

“Las siete palabras”, centrado en un duelo criollo que dos indios misioneros, revestidos con ornamentos sagrados, protagonizaran el viernes santo de 1834, en San Francisco Borja del Yí, un poblado que fuera fundado el año anterior, a escasas dos leguas de Durazno, por desesperados emigrantes de la sometida Bella Unión.

Novela histórica o historia novelada, este primer paso de Josefina Péguy en la narrativa plantea nítidamente el intrincado entrecruzamiento de lo real y de lo ficticio que, con diversas facetas, se reencuentra en cada uno de sus cuentos o novelas. El texto que mejor sirve de bisagra a ambos planos es una extraña carta suya, remitida verdaderamente a Herman Melville, para suministrarle una versión antagónica, oída por Humboldt y Bonpland en Lima, del motín acaecido en la fragata “Santo Domingo”, a mediados de 1799, que inspirara al gran maestro americano una de sus mejores novelas: “Benito Cereno”. Pero en sus demás narraciones, largas o breves, se alternan personajes legendarios —Mardoqueo, Creonte, Jonás— o históricos —Andresito, Venancio Flores, el coronel Escayola, Maquiavelo, Jack el Destripador— sin que la atmósfera experimente variaciones sustanciales o la temática se desplace de su centro.

He escogido a “¡Bernabé! ¡Bernabé!” como punta de lanza (ojalá que no resulte hecha con un sable roto) de la publicación del Archivo Narbondo-Péguy, no porque lo prefiera a los demás escritos, o porque juzgue conveniente seguir un azaroso orden cronológico, sino porque me parece un texto muy cercano a estos tiempos todavía signados por las revelaciones de Nüremberg.

Soy de la poco escuchada opinión de que nosotros, los complacidos ciudadanos de un país chiquito pero pacífico, no gozamos del amparo de un abismo tan vasto como un océano, para separarnos y distinguirnos de los perpetradores de los crímenes que hoy repudiamos y cuyo castigo tanto nos congratula. En todas las latitudes, si no los asisten las inflexiones que solo puede proporcionar la duda, hay caminos que desembocan rectamente en la atrocidad.

Josefina Péguy y Federico Silva coincidirán muy pronto, en las primeras líneas de la carta a la que ya dejó lugar, y categorizarán a Bernabé Rivera como un héroe de estirpe homérica. Permítaseme despedirme con una acotación: yo optaría por convocar el espíritu más compasivo de Sófocles. La culpa del sobrino de don Frutos me parece tan intelectual como la de Edipo, aunque su delito, como tantos del presente, no sea un parricidio, sino un fratricidio. Creo que su transgresión de los límites del orden último del mundo tiende a centrarse, como en el atribulado y fugitivo rey de Tebas, en el cultivo exacerbado de unas pocas virtudes que el implacable y disciplinado coronel persiguió con saña.

M.M.R.

Tacuarembó, 12 de octubre de 1946

## "¡BERNABE, BERNABE!"

San Fructuoso, Setiembre 5 de 1885

Estimado Federico:

No he querido demorarme en discernir qué propósitos trajeron hasta mí, después de un intervalo de tantos años, una carta tuya, sorpresivamente tan concisa y circunscrita a pedirme algún material sobre Bernabé Rivera.

Si me atuviera a mis recelos estaría recibiendo de mí la tercera negativa de tu vida; y me duele suponer que acaso la lamentarías más que las precedentes. Pero ocurre que también a mí, por encima de todo escrúpulo y de toda objeción, la figura de Bernabé me atrae aunque mis razones difieran de las tuyas.

Un pasaje de tu carta, aquel que dice "el homérico hermano de don Frutos", bien puede servir de nudo a unas disquisiciones que no me parecen tan previas. Paradojalmente, de tu frase hay que desechar el sustantivo y retener el adjetivo.

Admito en tu descargo que hoy somos cada vez menos los que recordamos que Bernabé era sobrino y no hermano de don Frutos. Ambos son culpables de la difusión del error porque siempre se trataban de "hermanos y compadres".

En realidad, Bernabé —"Bernabelito"— era hijo natural de María Luisa, una hermana también ilegítima de Fructuoso que, recién salida de la adolescencia, vivió un romance de novela con un aventurero, de padre francés, cuyo nombre no puedo informarte con exactitud porque no lo conservo escrito. Creo que se llamaba Alejandro Duval. Lo mataron allá por 1820, en un episodio que

no mejoró su prestigio. Por entonces, ya estaba casado con una Bauzá. La María Luisa, callada sobreviviente de su hijo, que llegó a conocer a mi tía Emilia, ya estaba muy lejos del ardor de aquellas medianoches apuradas entre gallos y ratas, al cobijo de galpones o parrales, y nadie apostarí a que su consumido vientre había parido un héroe. Era fea, enteca, mal vestida y melancólica; mujer que solo habría servido para leer poemas de amor y estásimas de tragedia, si tuviera más letras. Toda la viril belleza de Bernabé, con su ondulada melena castaña y sus ojazos bretones, se le atribuía, con fácil unanimidad, a su poco recomendable padre. Que te quede claro, pues: pifiaste en el parentesco. Supongo que cubrirás con discreto manto los detalles que te he suministrado pero confío que, por lo menos, en homenaje a la verdad histórica, informarás a los lectores de "El Indiscreto" que Bernabé era sobrino de don Frutos.

Tu adjetivo, en cambio, aunque enfático, es boleadora que termina enredándose en la estaca. Dudo que fundemos nuestra coincidencia en los mismos motivos. Te veo reo de un afán de superlativización que a mí, por cierto, no me anima. Si bien estimo que ni Agamenón, ni Menelao, ni Aquiles fueron más dignos de paladear dulces vinos y engullir pingües carnes, proferir aladas palabras, blandir espadas y lanzas y jinetear resignadas doncellas que el malogrado Bernabé, tal equiparación no me sabe a exaltación. El esplendor de los versos de Homero nunca me ha enceguecido. No olvido quiénes eran, en realidad, los aqueos: bestias depredadoras. Siempre los ví con los ojos de Andrómaca. Pero es ley que la poesía nazca, como la vida, de polvo de muertos y de humores cuya acritud solo el instinto soslaya. También la espada sabe escribir historias de cruenta hermosura.

Lamento que ni tú, ni yo, ni ninguno de tus colaboradores seamos dignos de atarle las sandalias al ciego: estoy segura que sus sueños no los labró con marfiles o cuernos que fueran mejores. Aquí estoy, sin embargo, desvelada, cooperando contigo, excediéndome a tus pedidos, como si estuvieses embarcado en un capricho de ocioso caballero o en una desinteresada evocación pa-

ra escapar de las mezquindades del presente. ¿Por qué lo hago? No puedo explicarlo y me irrita; ni yo misma me entiendo. Estoy segura de que no está en nosotros la causa; tampoco en Bernabé o en Sepé. Tan solo sé que me asedia un impulso idéntico al que una tarde me ató a un charco de sangre, en cuyo copioso espejo, sobrevolado por las moscas, entreveía confusamente el reflejo de mi cara y del cielo.

\* \* \*

El material que puedo alcanzarte es fragmentario y heterogéneo, con la única excepción, si el sargento Gabiano y yo merecemos tu confianza, del que concierne a los hechos de Salsipuedes y Yacaré-Cururú, de los que puedo proporcionarte, además de los vericuetos de la historia oficial, una versión inédita, mucho más feroz y veraz, que barrunto no te agradecerá demasiado.

He hurgado entre los papeles dejados por Narbondo. No es mucho lo que conseguí porque a mi marido no era Bernabé sino don Frutos quien lo atraía como objeto de biografía. Pero gracias a esa búsqueda, van con ésta, en copias rigurosamente cotejadas, los últimos partes de Bernabé y los que, luego de su desaparición, remitieran a Durazno y Montevideo, Bernabé Magariños y José María Navajas. También he considerado oportuno enviarte testimonio de órdenes de Lavalleja e informes de Garzón, dos o tres recortes de "El Universal", un poema que bien podría atribuirse al alcahuete de Acuña de Figueroa y, tras alguna vacilación, un retrato al carbón de Bernabé que nunca me animé a firmar.

De antemano sé que solo eso es lo que valorarás, por lo que, si me sintiera exclusivamente a tu servicio, aquí debería terminar mi carta para ganarme sin ningún reproche tu gratitud. Pero, disponiendo de todo mi tiempo, he resuelto convertir esta circunstancia en pretexto para recopilar de una vez por todas ciertas informaciones de mis mayores que he conservado en la memoria. Después de todo, Federico, esto que voy escribiendo se transformará con los años en quebradizo documento y, entonces sí, quizás exista

alguien que, por tocar papel venerable como Tomás la llaga, le otorgue el debido valor de fuente.

Es imposible describir a Bernabé, sin compararlo con don Frutos. Están ligados como un cuerpo con su sombra. Hay quienes asignan a las sugerencias y a los consejos de Bernabé una significativa incidencia en la trayectoria militar de su tío. Dirás que dependiendo excesivamente de algunos círculos frecuentados por mi familia y tendrás razón. Pero eso no me inhibe para repetirte dos preguntas que he oído más de una vez: ¿Rincón e Ibicuy no se presentan con la misma impronta de coraje, riesgo y desparpajo que exhibió Bernabé en las postrimerías de Sarandí? ¿Es seguro que don Frutos habría incurrido igualmente en las desidias y descuidos que precedieron a Arroyo Grande, si aún estuviera el sobriño a su lado?

Mucho más obvia es, por supuesto, la dependencia de Bernabé respecto a don Frutos: nadie le fue más leal, ni le profesó mayor admiración.

Sin embargo, pese a esa recíproca influencia y al estrecho parentesco, hay entre tío y sobrino profundas y significativas disimilitudes.

Empezando por las respectivas apariencias, te recuerdo que en voz no muy baja se insinuaba que su manifiesto contraste no se debía tan solo a los veinte años que los separaban, sino a flagrantes diferencias de sangre.

Don Frutos, al que ahora todos retratan de pelo lacio, por influjo del engominado daguerrotipo de Río de Janeiro, cargaba con una pelambre alambicada y alada y lo tiznaba una piel a la que acaso no solo había ensombrecido la intemperie. ¡No se me asuste, amigo! No osaré descender hasta las más profundas interioridades del Africa. Simplemente, me voy a limitar a recordarte que los Perafán y Ribera eran oriundos de la Córdoba española, desde la legendaria época del Emirato.

En más de una oportunidad, el General almorzó en casa y siempre me cayó simpática la naturalidad con la que nos emancipaba de los complicados rituales con los que mi madre procuraba

encauzar la larga comida. Pausado y sin prisa en el vino, casi frugal en lo sólido, bebía agua con la misma avidez con la que platicaba.

Tras ese aire moro, tan suyo, que le caía tan bien, dejaba traslucir un temperamento paciente y recio, apenas mellado por los años. Tendía más a escuchar que a hablar. Preguntaba mucho y no despreciaba ninguna información. Sus dichos no tenían desperdicio. Escuchándolo, aprendí cuánto puede exceder la sorna al sarcasmo en el servicio de la sutileza: sin duda, consideraba que toda frase explícitamente ofensiva menoscababa su propia dignidad. También era generoso y persuasivo en el halago y no mezquinaba el reconocimiento de las virtudes de los ausentes, incluidos sus adversarios, pero yo siempre intuí, tras esos juicios sinceros, una sobrada conciencia de su propio valor. Creo haber corroborado involuntariamente mis sospechas, cuando en una sobremesa no quise refrenar un tercer elogio casi consecutivo de don José Artigas. Al oírlo, don Frutos se sonrió pero veló su rostro con una expresión de pena y nostalgia y deslizó este comentario: "Verdaderamente... ¡lo que podrían ser todas estas Provincias si Don José hubiera sido un poquito menos obcecado!"

Creo que mi padre no exageraba cuando porfiaba que desde que Artigas se fue al Paraguay no quedó nadie en el país que conociera mejor que don Frutos a nuestra campaña y a sus paisanos. No había zanja o sangrador que no fuera capaz de describir; no había gaucho, matrero o indio con el que, si las circunstancias cuadraban, no se diera un gran abrazo. La catanga, el sudor o el hedor del unto de carpincho nunca fueron barreras para sus saludos. Tenía, según él mismo lo festejaba, más compadres que queridas y más ahijados que hijos, "lo que, en mi caso, va siendo bastante decir". Perro fiero que se le cruzaba, terminaba tumbado a sus pies, ofrendándole pecho y cuello.

Así como las patricias todavía se desviven desmenuzando las dieciseis sangres de todo prójimo de nuestra clase, don Frutos retenía las laberínticas y a menudo incestuosas vicisitudes de los linajes de la gente del campo. Ese pormenorizado dominio de las

genealogías rurales le brindaba un eficaz recurso para captar nuevas voluntades. Era un camaleón: gaucho en los fogones y en las campereadas; memorioso oyente entre los viejos y alocado gurí grande que le gustaba mezclarse con la gurisada; hombre de mando, al frente de la tropa y caballero entre los hacendados y los notables de los poblados. Ante una pollera, nunca pecó por tímido o por atrevido. Mi padre decía que "parecía asistido del don de no defraudar". Siendo portador de una personalidad complejísima, de muy entreveradas entretelas, siempre se dio el lujo de presumir con éxito que era un "oriental liso y llano".

De Bernabé, en cambio, que muriera un año antes de que yo naciera, solo puedo hablarte por mentas. En casa siempre dijeron que hubiera merecido no nacer bastardo. Sus cuidados parecieron transitar por rumbos algo distintos a los del tío: así, me parece evidente que se desveló por ser un militar inobjetable y que no cedió a la tentación, o al deber, de transformarse en caudillo.

Gustaba rodearse de sus oficiales y soldados; con los civiles adoptaba una actitud cortés pero distante. Tía Emilia lo describía como un hombre amable, tímido y reservado; propenso a la sonrisa, pero de pocas palabras —siempre muy calmas— y muchos silencios.

A mi padre lo exasperaba su modestia. Muchos lo consideraban, en los primeros meses de ese 1832 que le fue repentinamente nefasto, el natural sucesor de su tío en la Presidencia, pero cualquier alusión que se hiciera ante él de tal posibilidad lo ofuscaba: "Por favor —replicó una vez— la patria no es objeto de herencia".

Su personalidad solía desvanecerse en el diálogo. Salvo que se tocaran los muy contados temas de su interés permanecía callado y se advertía que prestaba muy poca atención. Carecía, al parecer, de sentido del humor; aunque este rasgo siempre me fue vehementemente desmentido por quienes integraron su círculo de confianza.

En cambio, todo lo que implicase movilización del cuerpo, fuese contradanza o cabalgata, combate o partida de caza, lo trans-

formaba. Tía Emilia, generalmente tan casta en sus pensamientos, lo imaginaba como un espléndido amante y un mal esposo: es probable que no estuviera equivocada. Todo indica que era un hermoso Calibán.

Desde las primeras escaramuzas hasta la última fue fiel a un único estilo de combatir. Siempre precedió a los suyos en la lucha, ordenándolos en pocas y amplias líneas de carga tan cerrada como resuelta a convertirse, ante cualquier atisbo de resistencia enemiga, en una azarosa frontera entre la vida y la muerte. "No hay mejor arenga que el ejemplo" decía sin ocultar su desprecio por algunos de sus superiores o camaradas. Ese coraje reiteradamente probado le ganó la veneración de gauchos y charrúas que no ocultaban su preferencia por combatir bajo sus órdenes. Incluso puedo aportarte un detalle concreto, que me contara Rodolfo, un hijo —también natural— de don José María Raña, el primer Jefe Político de Paysandú, y que me ratificara el sargento Gabiano. Bernabé detestaba que sus hombres gritaran en el combate. A su juicio, el griterío solo servía para confundir, porque cubría las órdenes y los avisos, y era, sobre todo, un vergonzante signo de debilidad: "El que necesita asustar, tiene miedo de que se le resistan". Solo en ese detalle —que tanto contrariaba sus costumbres— los indios que peleaban bajo sus órdenes no se le sometieron.

El dibujo que te mando no está tomado del natural; pero tampoco es pura imaginación. Veinte años atrás, siguiendo paso a paso las indicaciones de tía Emilia, Secundino hizo una miniatura (que ahora debe estar en casa de algunas de sus hijas) y yo este dibujo al carbón. El trabajo de mi primo nunca conformó a tía Emilia; lo acusaba de haberle escurrido demasiado el rostro y de haberle cambiado la mirada. En cambio, mi retrato terminó satisfaciéndola, al cuarto intento. Lo encuadró y lo colgó en una pared de su dormitorio. La razón de la preferencia no estaba, por cierto, en la técnica sino en la presunta fidelidad al modelo.

Acabo de mirarlo detenidamente, intentando liberar a Bernabé de esas patillas y de esa barba y bigotes que, según dicen, cui-

daba con maniático esmero, atesorando su espejo de campaña, y afilando y aceitando sus tijeras y navajas casi tanto como su daga y su espada. Como resultado, no sé si deseado o no, solo puedo entrever un rostro añorado e insulso, que no alcanza a ser redimido por la voluntad que podría trasuntar el mentón si fuera un poco más prominente. No creas que es pifia de la dibujante el detalle de que el ojo derecho sea más grande y esté levemente caído en relación al izquierdo. En tía Emilia, que sostenía que los ojos son ventanas del alma, esa minucia indujo insistencias y disquisiciones que, careciendo yo de la independencia de Secundino, llegaron a agobiarme. La condecoración que me hizo ponerle en el pecho representa la que, según ella, ganó al ser jefe divisionario del Ejército del Norte en la Campaña de las Misiones. No teniendo a mi vista el original, inventé su diseño: no creo haber sido irónica cuando opté por un trébol cuya cuarta hoja está insinuada pero truncada. Entre sus contemporáneos, hasta Yacaré Cururú, la buena suerte de Bernabé era tan proverbial como su audacia.

Apenas enterramos a mi tía, casi tan rica como mi padre, se desató entre sus sobrinos una bochornosa puja. Incluí el dibujo que ella tanto apreciaba en mi parte del botín. Fue el único objeto que nadie me disputó. Por el contrario, me lo concedieron de muy buen grado porque no era cotizable y les servía como argumento en mi contra cuando se discutiese la adjudicación de algún otro bien del copioso acervo. Así, perdí el camafeo que Josefina Bonaparte le había regalado a Bonpland —padrino mío pero también de mi prima Carola— y que éste, considerando que le había llegado el tiempo de aligerar su equipaje, le había obsequiado inesperadamente a tía Emilia.

Hoy ya me siento como mi padrino: más que perder el apego por las cosas que quiero, temo por ellas; no deseo que caigan en manos que no las aprecien. Por eso no vacilo en enviarte el retrato, aunque encareciéndote celosa custodia y pronta devolución. Se asemeje o no a la traza real de Bernabé, juzgo que lo necesitas más que yo; por lo tanto, a ti te corresponde tenerlo hasta que lo uses. Si estuviera en tu caso no vacilaría en publicarlo sin desper-

diciar explicaciones, dando por supuesta su autenticidad.

Si así procedieras, perpetraríamos en grado de coautoría un valioso y perenne apoyo a la magra iconografía nacional. No te olvides que en estas sociedades, privadas del amparo de Alá, es imposible evocar a un héroe o a un mártir si no se le asigna un rostro.

\*\*\*

Bernabé se entreveró en la Revolución antes de terminar 1811, cuando apenas había cumplido trece años. Hay quienes, exagerando, sostienen que solo tenía diez años, porfiando que les consta que nació a principios de este siglo. Se escapó de la casa de su abuelo don Pablo, donde no era muy bien tratado, y se fue tras su único tío varón. Don Frutos caviló y resolvió no devolverlo a las polleras de María Luisa. Previno que se fugaría nuevamente y que, en ese segundo intento, Bernabé no vacilaría en plegarse a otro grupo. Pero, por lo que le oí rememorar en casa, sospecho que todas esas elucubraciones fueron mero adorno del verdadero motivo: "a quien demostraba ser todo un hombre, no se lo podía tratar como un niño".

Lo retuvo consigo durante los primeros meses y lo protegió a su modo. Es decir, le enseñó a no depender de nadie más que de sí mismo. No le escatimó los riesgos de los entreveros y lo preparó concienzudamente en el manejo de la carabina, la pistola, la daga, el sable y la lanza: "Montar, ya lo hacía mejor que yo".

A los diecinueve años, siendo ya teniente, sirvió por primera vez bajo las órdenes del capitán Julián Laguna. Desde el Cebollatí habían venido hostilizando, con esporádicas guerrillas, el parsimonioso avance de la poderosa división que al mando del Teniente General Pintos, alias Porto Alegre, y del General Silveira, se dirigía a Montevideo a reforzar las huestes del Barón de la Laguna. Cerca de Pando, don Julián, descontando que ya no le llegarían refuerzos, tentó un encuentro frontal con los portugueses que, tal como lo había previsto, tuvo consecuencias desastrosas. En esa ac-

ción descolló Bernabé, ganando el respeto de sus vencedores. Herido en la cabeza, fue hecho prisionero y llevado en compañía de otros orientales, entre los que estaba Lavalleja, a Río de Janeiro, donde fueron reclusos, como se sabe, en la Ilha das Cobras. "Con la mujer que se consiguió —comentó un día don Frutos— al compadre no le costó nada aclimatarse a la isleta".

Por su parte, Bernabé no tuvo necesidad de adaptarse al confinamiento. Todas las versiones, le sean o no hostiles, aseguran que no tardó en granjearse el afecto del propio príncipe, don Pedro, a quien habría deslumbrado en unas jornadas hípias desarrolladas en la Corte. No me pidas que te explique cómo Bernabé llegó a participar en ellas, porque ignoro todo otro detalle.

Paradojalmente, el cautiverio fue la fase más regalada de la vida de Bernabé. El Príncipe no tardó en integrarlo a su séquito de selectos y ociosos acompañantes, con los que paseaba a caballo por las escarpadas inmediaciones de la ciudad o se bañaba en las siempre tibias y transparentes aguas del Atlántico en las solitarias islas próximas a la bahía. Del día a la noche hay unas horas: quien era apto para compartir un escogido refrigerio sobre la arena, podía también participar en las veladas y banquetes del Palacio.

Según cierta tradición, que proviene de doña Ana Monterroso, la consolidación de tan privilegiado acogimiento se debería a que "Bernabelinho" habría cautivado a una damita de Oporto, recién salida de la adolescencia, hermana menor de la favorita de don Pedro. Retengo con gusto tan romántica versión pero me reservo el derecho de poner en duda la afirmación de que Bernabé prostituyó su afecto con el único móvil de escapar a las penurias del cautiverio. Quien gusta de la silvestre y recia pechuga de la pava de monte ¿por qué no ha de deleitarse con las aderezadas ternuras de un recién crecido faisán?

"Fíjate, Josefina —decía también doña Anita— que en plena Corte siempre se vestía a la usanza de nuestra campaña". Y agregaba que las "ridículas de las cariocas" se derretían viéndolo empilchado, entre oros y mármoles, para los rigores del campo de la

Cisplatina. Según ella, se veían a sí mismas como si estuviesen en Buckingham obsequiando, con la magnanimidad de las damas de un gran Imperio, a un exótico y hermoso rajá de la Malasia.

Cuando apunta a las cortesanas, comparto la malevolencia del juicio. Un paisano emponchado bajo la canícula de Capricornio, con cara y bigotes de oficial napoleónico, les resultaría un signo insustituible del incontenido crecimiento de un Imperio destinado a ser "o mais grande do Mundo".

En cambio, sin aplaudir la actitud de Bernabé, tiendo a eximirlo del ácido y rencoroso rigor de la Monterroso. No veo en esa vestimenta un signo inequívoco del propósito de adular a la nación opresora, ni acepto imaginar un obsecuente acatamiento de un designio del Emperador. Sin animarme a descartar la posibilidad de que estuviera satisfaciendo un capricho erótico de su damita, me limito a decir que, más acá de los motivos que lo hayan llevado a vestirse como criollo, queda como ilevantable evidencia un nunca superado apego a la propia imagen, igualito al de Narciso. Mito que siempre me desagradó, por lo que deduzco que me afecta. Creo que no es fácil discernir cuál fue el mayor exceso del hijo de Liriopea. Quizás no se pueda fundar el principal cargo en su egolátrico autoembeleso; tampoco sé si reprobarle un culto exacerbado del mundo de las apariencias o compadecerlo por una perpetua y fatal búsqueda de su propia imagen.

\* \* \*

Pero dejemos de una vez los espejos de Río y saltemos a los días de la capitulación de don Frutos y del siempre muy revolucionario Cabildo de Montevideo. Apenas le subió la noticia, Bernabé no se entretuvo en sus amoríos y no demoró en unirse a su reencumbrado tío. En escasas semanas, el que fuera teniente del desharrapado ejército artiguista era acicalado capitán del Imperio. Con don José confinado en el recóndito Paraguay se habían terminado, para la privada felicidad de unos cuantos mandamás, los obcecados tiempos de los perros cimarrones.

Lentos, transcurrieron cinco años grises, de burocrática hipocresía, que sin embargo decantaron la personalidad de Bernabé. Los portugueses, si bien sometieron a los Rivera a una discreta pero permanente vigilancia, no les mezquinaron honores. Mientras su tío no perdía oportunidad de liberarse campaña adentro, Bernabé frecuentó el trato de oficiales con una avanzada formación, enriquecida por la preciosa experiencia de las guerras napoleónicas. Escuchó, preguntó, leyó, emuló y sobre todo, asimiló. Después del episodio que no sé si llamar Abraso del Monzón, varios de los emigrados que regresaron con la Cruzada Libertadora, persistiendo muy poco afectos a don Frutos, coincidieron en percibir en Bernabé una transformación que uno de ellos, don Atanasio Sierra, llegó a calificar como "pasmosa".

En sus "Memorias", que todavía permanecen inéditas y que Narbondo leyó en los Archivos de su Logia en Montevideo, don Atanasio no vacila en afirmar que el oficial superior que más se destacó en Sarandí fue Bernabé. Articula el fundamento de sus dichos en dos episodios que, más allá de alguna exageración, son realmente persuasivos.

Vayamos, entonces, a la primera historia. Por la composición de los dos ejércitos, se descartaba de antemano que la batalla de Sarandí se reduciría a una confrontación de caballerías. "Igual que Junín", había dicho Oribe. Valga este recuerdo para no sobrevalorar los méritos de Bernabé. Cuenta don Atanasio que los dos estaban juntos, entre otros oficiales del Estado Mayor, presenciando el combate. Destruído el único cañoncito de los nuestros, el tiroteo se estaba haciendo cada vez más favorable a los brasileños.

A medida que se prolongaba sin variantes esta situación, Bernabé se tornaba cada vez más impaciente. Estaba más excitado que su rosillo, al que nunca terminaba de sofrenar. De pronto, no se contuvo más y le dijo a Sierra: "A balazos no venceremos a los brasileños. Para triunfar no hay otro medio que echar carabina a la espalda y sable en mano. ¿Hasta cuándo vamos a esperar?"

Don Atanasio atinó a apoyarlo. Un instante después, logrando apenas una actitud de debido respeto, Bernabé encaró a Lavalleja. El General tuvo la hidalguía de soslayar todo sesgo de impertinencia e hizo suya esa consigna que no se limitó a cambiar el giro de la batalla. Si en verdad fue Bernabé quien inspiró ese glorioso grito, solo con ello justificó haber nacido.

“Combatir no es tirar una moneda al aire, señorita Josefina”, me dijo un día el sargento Gabiano.

Era una de las tantas frases de Bernabé que conservaba en la memoria. De ese dicho, su jefe extraía una infinidad de corolarios. El que quiero evocar solía desarrollarlo más o menos así: “Los combates no se definen a cara o cruz. Como las pencas, se pueden ganar por un campo. Si toca perder, hay que perder apenas; si se gana, hay que ganar por aniquilación. Por eso, ninguna batalla termina cuando el enemigo se retira. Toda baja que todavía le causemos, todo hombre que se rinda, toda arma o caballo que le quitemos, es un hombre, un caballo o un arma que mañana o pasado no tendremos enfrente”.

La adhesión de Bernabé a este principio, le reportó varios éxitos, le granjeó parte de su fama y también lo precipitó en la muerte. El segundo episodio de su participación en Sarandí que narra don Atanasio, demuestra que en 1825 ya lo tenía grabado a fuego en su conciencia.

Cuando la carga de nuestra caballería definió la batalla, el general brasileiro Allen Castro comprendió que carecía de razón entrar tardíamente en combate y que convenía conservar íntegra su columna. Ordenó, pues, la retirada, cuidando que se hiciera al trote y en perfecta formación. Mandaba quinientos hombres.

Casi llevaban media hora de marcha, cuando en la cima de la colina cuya falda comenzaban a ascender, se estiró de pronto una desperdigada hilera de jinetes descamisados y descalzos, una mezcla de indios, negros y gauchos, muchos de ellos montados en pelo, armados con carabina, lanza y sable.

Al mismo tiempo que Castro ordenaba a sus hombres que se detuvieran, el jefe de los jinetes, que era un oficial espléndida-

mente uniformado, hizo lo mismo con los suyos. Pero el brasileño advirtió una diferencia: mientras su orden se limitó a convalidar la decisión que, instintivamente, imitándolo, habían asumido sus subordinados, el seco y audible grito del oficial oriental frenó apenas el estallido de una cerrada carga.

Castro no necesitó la señal que le hiciera Bernabé —a quien ya había reconocido— para comprender que estaban rodeados. Como la lentitud suele trasuntar serenidad, demoró en voltear los ojos hacia la colina que acababan de descender. En ese trayecto de la mirada, descubrió que uno de sus cabos apuntaba hacia Bernabé. Ante semejante torpeza, apenas se consideró con tiempo para atinar un ademán. Viéndolo, el cabo dudó un instante. A Castro, algo más que la rabia le enturbió la orden. El cabo, sonriendo, bajó el arma. “Tuvo suerte —me contó Gabiano— Un instante más y lo bajábamos por indisciplinado. Pero le aseguro que el pobre don Allen, aunque esté en el infierno, no olvidará jamás el desprecio de esa sonrisa”.

Mientras encaraba al cabo, Castro vio tal como lo había anticipado, que una segunda línea de facinerosos se tendía por detrás de sus hombres. No razonó más. Avanzó lo suficiente para separarse notoriamente de su gente; se apeó; desenfundó la espada y tomándola por la hoja sobre la palma de sus manos, se la ofreció, muy tieso, al adversario. “Nunca me costó más —me dijo Gabiano— contener el festejo. Pero, después, ¡si nos habremos desquitado!”

Otra seña de Bernabé le requirió a Castro que sus soldados adoptasen idéntica actitud. Sin mirarlos, don Allen dio la orden.

Los nuestros, según don Atanasio oyó quejarse a los jefes adversarios, si bien respetaron la vida e integridad de los rendidos, no vacilaron en ofender el decoro y los usos marciales. Se precipitaron sobre los brasileiros; los encerraron en un círculo utilizando las lanzas como degradantes picanas; y, no conformes con despojarlos de todas las armas y de más de la mitad de los caballos, los obligaron a apretujarse de a dos y hasta de a tres en las montas que les dejaron.

Gabiano, que por entonces era cabo, me confirmó, como ya te habrás dado cuenta, la versión de Sierra respecto a este segundo episodio. Solo varió los números asentados por don Atanasio. No planteó mayor reparo en el hecho de que los brasileros se estimasen en más de quinientos, a pesar de que para él apenas llegarían, a lo sumo, a los trescientos cincuenta. Protestó, en cambio, cuando le hablé de los veinte hombres de Bernabé: "Le aseguro que, al bulto, éramos más de cien".

Si el propio don Atanasio no se ahorró, pues, algunos aderezos al episodio, pese a que su destinataria era una Venerable Logia, me permitiré aflojar tan solo una trenza de este bastante sofocante corsé del rigor histórico: la primera que, suelta, en casi nada engorda a la silueta de la verdad, la que tan solo atañe a la fidelidad a las meras circunstancias.

Por poco más de una página, necesito ser un humilde soldado de Sarandí, uno de los primeros que regresamos al campamento y que aquí estamos, recobrando el aliento y empezando a arder en las alegrías de la sobrevivencia y de la victoria. Sin quererlo, estoy entreverado en un nuevo tumulto.

Mis ojos van y vienen siguiendo las partidas que regresan y las que vuelven a salir en busca de armas y heridos. A mi derecha ensayan una obligada fila más de seiscientos soldados brasileros ya desarmados. Los custodian tres escuadrones de "maragatos". Del mismo lado, más al fondo, ya han hecho alto cuatro carros cargados de armas y municiones arrebatados al enemigo. A mi frente, porque estoy de espaldas a lo que fue el campo de batalla, cinco mujeres y dos viejos curan a los heridos. A mi izquierda, un negro inmenso asoma su cabeza al carretón de Jacinta, nuestra más querida soldadera.

A lo lejos, desde cualquier punto, resuenan de tanto en tanto los estampidos de las guerrillas que, a mi juicio, estiran inútilmente el combate ya decidido. Por todos lados, me aturden polvo y quejidos, vítores y humo, órdenes y chanzas, cuerpos tendidos, caballos sin jinetes, el mugido lúgubre del ganado ante la sangre

encharcada de las reses recién faenadas y los gruñidos y tarascos de la perrada que se disputa el festín de las achuras.

Estoy cansado y tengo mucha hambre, pero no atino a moverme de mi lugar.

Acaba de llegar hasta mí un clamor que naciendo bastante lejos, ha crecido hasta oírse aquí, en el centro del campamento. Muchos hombres se arraciman tras un grupo que se acerca al trote, buscando al general Lavalleja, que está tan próximo que casi puedo tocarlo.

Con la pechera desabotonada —parece un descuido, pero después sabré que no lo es— y con manchas de sangre empapándole la manga derecha y ambos muslos del pantalón blanco, viene acercándose y lo veo cada vez mejor, más nítido y más grande, Bernabé cabalgando feliz en su rosillo.

Lo acompaña un general brasileiro. “Castro”, le ha dicho alguien a Lavalleja.

Pero solo tengo oídos para lo que grita la gente: “¡Bernabé! ¡Bernabé! ¡Bernabé!”. Ya lo admiro aunque todavía no tenga idea cierta de lo que está pasando. Lavalleja aplaude. Yo también comienzo a gritar, como los que están a mi lado: “¡Bernabé, Bernabé! ¡Bernabé!”

Me voy, pero te aseguro que vuelvo. No te hablaré más, pero me verás cuando revolee la boleadora: me he ganado un lugar en esta historia. Hoy tengo dieciseis años. Soy un indio de los que llaman charrúas. No tengo padres ni hermanos. Yo necesito un jefe. Me gusta este hombre que lucha con los suyos y se ensucia de sangre. Me están por bautizar y me quieren llamar Tadeo. Pero voy a pedir otro nombre. Este que sigo gritando:

“¡Bernabé, Bernabé, Bernabé!”

\* \* \*

Al año siguiente, Bernabé protagonizó otros dos hechos que terminaron por conformar en torno a su figura esa aura mítica de arrojo, astucia e invulnerabilidad que lo acompañó hasta su mis-

ma muerte. Los dos sucesos parecen extraídos de un folletín, pero te aseguro que acudo como siempre a la verdad histórica respaldándome en dos fuentes: don Melchor Pacheco y Obes y —otra vez— el sargento Gabiano. La versión del primero podría resultarte, a priori, sospechosa, ya que nunca hizo buenas migas con Rivera, pero te anticipo que sorteará todas tus prevenciones y que conmigo le reconocerás el mérito de no haber soslayado varios detalles que lo desfavorecen, aunque se haya cuidado de atribuirlos a una "superada inexperiencia".

Vayamos, pues, a los días en los que Rivadavia había asumido la Presidencia y nombrado sucesivamente a dos porteños como Jefe del Ejército de la Banda Oriental. Bajo la jefatura de Alvear, la desunión cundía entre los nuestros. Los riveristas comenzaron a expresar a viva voz su disconformidad con las decisiones de Lavalleja, a las que calificaban como débiles e inconsultas. Del otro lado, entre porteños y lavallejistas, comenzó a rumorearse que don Frutos estaba tendiendo conexiones con caudillos riograndenses. Tenían razón, pero mal interpretaban los hechos: Rivera andaba en intrigas con los separatistas de Río Grande, desde antes de 1825. Esas conversaciones, pues, en nada favorecían al Imperio.

Don Frutos no tardó en ser llamado a Buenos Aires. Experto en emboscadas, desacató la orden y, recordando los trillos de otros años, se refugió en Santa Fe de la Vera Cruz, donde se lo asiló con todos los honores.

Bernabé no solo por el apellido era hombre de Rivera. Los que respondían a don Frutos se congregaron en su torno, lo que fue haciendo paulatinamente insostenible su situación dentro del ejército argentino.

No se sabe si la decisión fue propia, si le llegó desde el Paraná o si, incluso, había sido previamente acordada con su tío antes de que éste huyese hacia Santa Fe, pero lo cierto es que su retiro no fue sigiloso ni casi individual. A plena luz del día, ante el estupear del resto del campamento, se fue acompañado por un contingente que don Ramón de Cáceres, el primer vecino de nuestra

Villa, siempre definía como "una división perfectamente montada".

Sus jefes no aceptaron el desafío —si lo hubo— y lo dejaron ir, sin atinar siquiera a negociar su permanencia. Bernabé vadeó entonces el Río Negro y deambuló por el Desierto, cuidándose de no aproximarse demasiado a la frontera con el Brasil.

Nunca se sabrá cuáles fueron sus verdaderos propósitos. Melchor, cuando contó en casa de mi padre este episodio, puso en la mesa, tal cual era su montevideana costumbre, un denso acopio de premisas. Entre ellas, recuerdo: el entrañable apego de Bernabé a don Frutos ("Los Rivera siempre fueron incapaces de deslindar lo personal y lo político, lo privado y lo público"); su muy oriental adhesión a los porteños; la indefinición de la situación general de la Nación, con todas las provincias, a no ser la nuestra, desconociendo al gobierno impuesto por Buenos Aires; la necesidad de evitar que los brasileros usufructuasen la desunión de nuestras fuerzas; y el notorio afán por mantenerse en armas, trasuntado por el hecho de que, al aceptar ser seguido por una división, corrió el riesgo de desencadenar un cruento enfrentamiento. Esas y otras piezas del rompecabezas fueron discernidas y analizadas por Melchor, acicateado por el champagne y nuestro silencio, con espléndida elocuencia.

Cuando terminó lo que creíamos la primera fase de sus disquisiciones, nos sorprendió confesándonos abruptamente: "Hasta aquí llego".

Recuerdo que Narbono, que nunca se privaba del placer de subestimar toda inteligencia que no fuera la propia, lo acusó groseramente de estarle buscando no cinco sino diez patas al gato. A su juicio, Bernabé solo había procurado mantener unida a la gente de don Frutos: "Estoy seguro que quiso evitar el desbande y nada más; porque el que siempre talló los naipes fue el tío".

Melchor casi consiguió ser humilde y hay que reconocer que recogió y guardó el guante con exquisita cortesía: "Siempre tendí a ser del mismo parecer, pero pienso que necesitamos pulir

nuestra idea. Hay varias decisiones posteriores de Bernabé que nuestra perspectiva no alcanzaría a explicar”.

Por ejemplo, lo desconcertaba el hecho de que cuando Alvear se desplazó hacia el Norte y se detuvo en costas del Río Negro, Bernabé en vez de recuperar una prudente distancia, descendió hacia el Sur hasta acampar en el Paso de los Toros, casi enfrente del ejército argentino.

Había otra actitud de Bernabé que le parecía “aún más descabellada”. Cuando el coronel Brandzen cruzó el río y se le presentó, como comisionado de Alvear, para invitarlo a trasladarse al Cuartel General, con el fin de sostener una entrevista de conciliación, dándole enfáticamente las máximas seguridades de respeto de su vida y libertad, Bernabé aceptó sin permitirse la menor duda, ni procurarse otra garantía que el mero honor del militar alemán.

Yo, en esa cena, guardé silencio, acatando, en homenaje a la ilustre visita, el tácito consenso de que una mujer no entiende de hechos de armas; pero aquí, ausente Melchor, debo expresar que creo haber advertido la lógica tan a corto plazo que, desde el principio, presidió a todas las decisiones de Bernabé.

Mucho más tarde, el sargento Gabiano coincidió con mis suposiciones. Algo hubo, ya en el mismo retiro de Bernabé o muy poco después, que no se ajustó a sus previsiones. Desde entonces, estuvo condenado a improvisar. No me siento capaz de determinar de modo inequívoco cuál fue la concreta frustración que sufrieron los planes iniciales de Bernabé, pero no son muchas las alternativas: quizás, él aguardaba una mayor respuesta de los nuestros (algo así como una segunda y pequeña “redota”); acaso previó que los porteños, debilitados por el nulo apoyo de las demás provincias, se abrirían de inmediato a una negociación, temiendo que su separación comprometiese la suerte de la Cruzada; a lo mejor, esperaba a don Frutos y éste, por alguna razón, permaneció en Santa Fe.

“Lo único que yo sé, señora —me contestó Gabiano— es que el ánimo de la gente mejoró mucho cuando rumbeamos hacia el

Sur y eso que no sabíamos qué era lo que iba a pasar''. Cuando llegó al río ¿qué podía hacer Bernabé? No creo que quisiera plantear combate. Al venir el coronel Brandzen, debe haberlo recibido como una providencial salida para su atolladero; y a caballo regalado, no se le mira los dientes. La oportunidad solo tiene un mechón en la frente.

Alvear no se molestó en disimular, aunque fuera por un instante, sus verdaderas intenciones. Ante la indignada estupefacción de Brandzen, trató a Bernabé con inusitada violencia. Tuvo una virtud, se desembarazó de toda forma de hipocresía. Prescindió de la farsa de un Consejo de Guerra y ordenó que se engriellara al reo y que, previa confesión, se lo fusilara al amanecer del día siguiente, en presencia de toda la tropa.

Creo que lo cegó el designio de escarmentar. Vistas retrospectivamente, las escasas horas de dilación que concedió, salvaron la vida de Bernabé. No se sabe si por mero azar o por una acertada previsión de Brandzen, como siempre lo sospechó Melchor, la jefatura de la guardia de esa noche fue confiada a un mulato colosal, que después se hizo célebre en las guerras civiles, combatiendo siempre al lado de don Frutos. Me refiero al "Negro Yuca'', el futuro coronel José María Luna. Simpatizaba vivamente con los Rivera y se remordía por no haber acompañado a Bernabé cuando se retiró. Los restantes hombres de la guardia, en su mayoría orientales y entrerrianos, no consideraron que su jefe les ordenara una traición o, conociéndolo, cuidaron su propia vida no planteándole resistencia. Limaron los grillos, apartaron los caballos y se fugaron, se presume que apenas pasada la medianoche. "Faltaban dos horas para amanecer, cuando nos gritaron el santo y seña'', me contó Gabiano; y, en aquella cena, Melchor nos confió que le oyó a Brandzen comentarle a Alvear que, si hubieran querido, les podrían haber dispersado toda la caballada.

La decisión que tomó Bernabé apenas se unió a los suyos, confirma mi idea. Descartada toda posibilidad de negociación, el mantenimiento de la tropa carecía de objetivos inmediatos y se tornaba difícil y peligroso de concretar prácticamente. No compar-

to, entonces, el tercer desconcierto de Melchor y Juan Pedro, que se asombran de que Bernabé, después de tantas idas y vueltas, dispersase a su gente, ordenándoles que se fueran en grupos pequeños. Hombres de libros, veían la guerra con esquemas de ajedrecistas; Bernabé, en cambio, la vivía montado en su rosillo y mirando los ojos de su gente.

Se llevó consigo a tres hombres: Fortunato Silva, el mulato Luna y el indio Bernabé, su ahijado. "No era lo mejor, era lo único que se podía hacer —me comentó Gabiano— Nadie protestó. Aunque hubimos unos cuantos que nos quedamos sentidos y mucho, porque el Jefe no nos eligió para acompañarlo".

Alvear armó tres partidas para perseguir a Bernabé, con orden de fusilamiento inmediato a su captura. Una de ellas, la que enfiló hacia el Noroeste, fue confiada a Melchor, que nos confesó que no quería ese rumbo, porque sabía que sería el elegido por Bernabé: al Norte, para alejarse; al Oeste, para acercarse al tío: "No tenía el menor interés en alcanzarlo; deseaba que se apurara en cruzar el Uruguay. No lo temía, pero no me hacía gracia fusilar a un compatriota, por más que estuviese en ese entonces bastante envenenado contra los Rivera. Hasta que se mandaron la conquista de las Misiones en veinte días, yo no entendía qué querían ellos. Los creía abrasilados, servidores del Imperio, factores de desunión, un peligro viviente para la causa de las Provincias".

Cuando llegó al Cuareim sin encontrar rastros de Bernabé, Melchor casi se entregó a una sensación de definitivo alivio. Las posibilidades de que su perseguido estuviese muy adentrado en el Entre Ríos habían crecido enormemente. En el fogón de la noche, estaba pensando si vadeaban el Cuareim o si ya desistía y regresaban; en ese preciso momento, uno de sus acompañantes, Efraín Gómez, tuvo la mala suerte de decirle que a unas pocas leguas del lugar donde estaban acampados, quedaba la estancia de don Gerónimo Jacinto, un mestizo de origen misionero y de armas tomar, hacendado en vías de hacerse acaudalado; y compadre de don Fru-

tos. No se podía, entonces, descartar sin más que Bernabé no hubiera optado por refugiarse en la estancia.

“Sí, a pesar de lo que acababa de oír, hubiera dado la orden de regresar —comentó, con tristeza, Melchor— nadie habría quedado descontento. Para todos, aun para el mismo Efraín, lo único que importaba era el regreso”. Pero, años después aún no sabía por qué, le contestó al baqueano: “Mañana nos llevás hasta allá”. Carraspeó, se sirvió champagne hasta el borde. Bebió dos largos sorbos y dijo con la sonrisa del que sabe enfrentar todas las vicisitudes de la vida: “¿Se dan cuenta? Fue como decirle: «Entonces mañana morirás»”.

Nadie como la vid para enredar el espíritu de los hombres. Vitalizado por ella, Melchor perdió toda inhibición. No vaciló en decir que, al otro día, la inexperiencia y el descuido —porque descontaba que Bernabé había cruzado el Uruguay— se unieron para que cometiera “una sarta de chapetonadas”.

Por ejemplo, nunca podrían haberse aproximado por el descampado y a plena luz del día. Recién cuando ya estaban él y sus veinte hombres a tiro de carabina, se le ocurrió pensar que si Bernabé estuviera en la estancia, en ese instante solo estaría esperando que mejorara la distancia para asegurar el blanco. Como nada ocurrió, la intranquilidad de Melchor recién terminó de disiparse cuando sus hombres coparon toda la extensión del patio. “No está; seguro que no está el hombre”, se dijo, aliviado: si algo caracterizaba ya a Bernabé era el implacable aprovechamiento de toda ventaja que le concediera el adversario.

Melchor empezó a pensar que habían vadeado el Cuareim sin razón alguna. Se sintió ridículo: “Solo estábamos alborotando a los perros y a las gallinas. Puro ladrido y cacareo”. Napoleón tomando posesión de una venta de la Mancha. Faltaba la asturiana, mirando al piso.

El sentimiento de bochorno le impidió a Melchor contemplar su entorno con la debida atención. Vio a dos peones, “un negro grande y un indiecito anifiado”, que se quedaron quietos, sentados bajo la sombra de un paraíso. Mateaban antes del almuerzo

y no les vio armas. Su depresión también le quitó las ganas de escrutarles el rostro. "Si alguno de mis hombres vio algo raro o reconoció a alguien, no quiso advertirme".

El patrón, que era un hombrecito enteco y compadrón, pura nariz y ojos, los esperaba parado bajo la baranda de quinchas del rancho principal, también con el cimarrón en la mano. Tenía, a su lado, a una negrita de diez años, sosteniéndole una pavita.

Melchor se apuró, tal vez demasiado, en identificarse. Molesto consigo mismo, siguió atropellándose en sus dichos. Informó que iba en persecución de Bernabé Rivera, "traidor y desertor", con orden de fusilarlo a él y a todo quien lo acompañase, y preguntó si no había sido visto en la zona.

Alguien que se hubiera criado aquí en el Norte, donde abunda más la sangre riograndense que la oriental y donde por cierto se habla más en portugués que en español, apenas hubiera oído las respuestas del mestizo, se hubiera dado por definitivamente perdido. Nadie se habría permitido ser tan irónico, con tanta serenidad, si no estuviese convencido de controlar por completo la situación, a pesar de los veinte hombres que le ocupaban el patio.

Pero Melchor no pudo traducir la mayoría de las frases y lo que dudosamente entendió, lo malinterpretó: "a mais absoluta seguridade"/ "Bernabelinho"/ "istos arredores"/ "chegar até ista sua casa"/ "não somente a fim de procurar refugio"/ "grande abraço"/ "já que nao é somente um amigo, senao, sobretudo, um irmão e compadre".

Melchor estaba seguro de que el misionero, en la primera parte de su parlamento, le dio la más absoluta certeza de que Bernabé no podía haber sido visto en todos esos alrededores y que, de inmediato, desentendiéndose del perseguido, se había entretenido en dispensarle a él, muy lusitanamente, la más obsequiosa bienvenida, ofreciéndole la casa, prometiéndole refugio, y reclamándole —apenas se apease, sin duda— un gran abrazo, porque más que un amigo lo consideraba, sobre todo, un hermano y compadre.

Al apearse y comprobar la fría recepción del mestizo Gerónimo, que apenas le tendió la mano derecha, recién le pasó a Melchor por la cabeza que las grandes protestas de amistad y fraternidad estuviesen referidas a Bernabé.

Comprendiendo que resultara lo que resultase, muy poco podría hacer para mejorar su situación, quiso darse tiempo para recuperar su dominio de sí, escrutando lentamente, por última vez, su entorno. No vio nada anormal. En el galpón que estaba a sus espaldas, las puertas entornadas poco dejaban ver. De la ventana de la cocina salían, de tanto en tanto, perezosas volutas de vapor, pero "me extrañó no oír ningún ruido, ninguna voz de mujer". Receloso, volvió a escrutar al galpón. Le pareció que una de las hojas había sido corrida un poco más hacia afuera, pero la oscuridad del interior era total. Miró a los peones: no se habían movido del lugar. Sus hombres estaban quietos, esperando sus órdenes, dominando sus caballos. Sólo un perro gemía en un rincón. De pronto, a Melchor le recorrió un escalofrío desde las sienes hasta la rabadilla. En ese preciso instante, acababa de dejarse reconocer el negro Yuca. "Me miraba con una sonrisita cachadora".

Don Gerónimo, luego de saludarlo con la humildad de un palafrenero, había tomado las riendas de su caballo para atarlo al palenque. Luego, ordenó a la negrita que llevara el mate a la cocina, y con la mano izquierda aferró muy fuertemente el brazo derecho de Melchor, que "asustado y desconcertado", sintiéndose "responsable de la vida de sus hombres", no atinaba a hacer nada. "Casi agradecido, me dejé conducir por el mestizo".

Al entrar a la casa, desembocaron en una salita muy reducida, en la que Melchor se sorprendió al ver a su frente tan solo a dos mujeres, austeramente vestidas, que lo saludaron con timidez. Una era cincuentona y fea; la otra, su hija, apenas habría alcanzado los veinte años y era hermosísima. Quietas, imperturbables, parecían dos estatuas. "Una alegoría que me pareció obvia: la Vida o la Muerte", apuntó Melchor, que siempre tuvo el vicio de perseguir el sesgo artístico de cualquier escena. "No puedo explicarlo pero en aquel instante yo ya tenía la certeza de

que, si bien estaba irremediablemente vencido, se me iba a respetar la vida; y no solo la mía, sino también la de mis hombres". Sereno y desafiante, Melchor sonrió largamente a las dos "damas mestizas".

Apenas don Gerónimo cerró tras de sí la puerta, Melchor oyó desde la pieza que estaba a su izquierda una voz inconfundible: "Dejá la espada y la pistola sobre la mesa". Fingió vacilar. El mestizo incurrió en la descortesía de no permitirle dudar como un caballero de honor. Le arrimó la punta de su facón contra su riñón derecho. Desde la otra pieza, otra voz le habló, con firmeza pero con respeto: "Teniente, a diferencia de usted, no deseamos que corra una gota de sangre oriental. Ríndase". A sus espaldas, don Gerónimo cambió de mano el facón y el riñón amenazado. Con la diestra libre comenzó a desenvainarle la espada a Melchor que, casi agradecido, lo dejó hacer. Levantó las manos. Fue el propio Bernabé el que le retiró la pistola. Cuando estuvo enteramente desarmado, una mujer ("La Vida") apartó una silla de la mesa y, "con una sonrisa medio chúcara", lo invitó a sentarse. Aceptado el ofrecimiento, Melchor pudo ver quién era el hombre de su derecha: "Debía habérmelo imaginado. Era Fortunato Silva".

El mayor oprobio que sufrió Melchor en ese mediodía, ocurrió de inmediato. Con estupor, vio que Bernabé tomaba su espada como trofeo y que, sin vacilar, a pecho descubierto, salía a encarar a sus hombres.

"¡Orientales!", oyó que los saludaba. Un silencio, el pasivo silencio de toda tropa ante un superior, acababa de recibirlo. En ese instante, retumbó un estampido. Melchor creyó que se iniciaba un tiroteo, pero solo sintió el ruido sordo de un cuerpo que se desplomó sobre la tierra, el relincho del caballo que quedó sin jinete y el ladrido asustado de los perros. "Después me enteré de que el que cayó fue Efraín Gómez, el único que quiso hacer algo en mi defensa: el pobre echó mano al trabuco. ¡Qué torpeza! Supongo que se sintió responsable por haberme llevado hasta la estancia del mestizo Jacinto".

No alcanzó a apuntar a Bernabé. El tiro se lo descerrajó el mulato Luna, aún sentado a la sombra del paraíso. Le perforó la nuca. Ante nosotros, rozagante, Melchor sacudió la cabeza con fugaz melancolía: “¡Infeliz! ¿Por qué se sintió obligado? ¿Qué le podía reprochar yo en aquellas circunstancias? Y, ahora ¿en qué puedo quedarle realmente agradecido?”.

El resto de los hombres, ante la muerte de Efraín y al verse rodeados y apuntados desde la cocina, el galpón, el paraíso y los costados de la casa, se rindieron de inmediato. Entonces, Bernabé no demoró una arenga que Melchor calificó como “puramente intuitiva” y “algo desaliñada pero muy vibrante”.

Comenzó diciéndoles que se respetaría la vida y libertad de todos y que incluso el teniente Pacheco y Obes sería liberado de inmediato, porque él no fusilaba compatriotas. Les manifestó que no consentía que su retiro del ejército fuese calificado como desertión y traición. “No necesito recordarles que fui de los primeros en cargar carabina a la espalda y sable en mano en Sarandí. Ustedes son los que pueden y deben juzgarme ¿quién de ustedes me acusará de no haber estado dispuesto, aunque fuera un solo instante, a dar mi vida por la Patria?”.

No tardó en preguntar:

“¿A quién prefieren obedecer? ¿A los brasileros o a los porteños?”

Nadie le contestó; e insistió:

“¿Qué libertad quieren? ¿La que les regale Buenos Aires o la que han tenido con el Imperio?”

Se respondió a sí mismo:

“¡Yo no quiero ninguna de las dos! Porque ninguna es la libertad por la que estoy dispuesto a dar la vida. Yo solo creo, como mi hermano Frutos, en la libertad que podamos conseguirnos nosotros mismos, los orientales. ¡Es la única libertad por la que vale la pena luchar y dar la vida!”.

A esa altura de la arenga, Melchor estaba “ligeramente sorprendido”: “Siempre he presumido de mi capacidad de discernir los propósitos de todo orador y de anticipar cuál será el

remate de su discurso". Sin embargo, en esa circunstancia, no podía prever dónde desembocaría Bernabé. Su actitud le seguía pareciendo absurda y totalmente desaconsejada por una realidad que apenas requería el presto aprovechamiento de la sorpresa y el férreo mantenimiento de la amenaza de las armas.

Así, Bernabé lo sorprendió diciendo: "Yo, que bien sé qué libertad tengo que elegir, confío en ustedes, porque son en su inmensa mayoría compatriotas míos. Por eso quiero que elijan, con la mayor libertad, con la libertad que existe en cada palmo de tierra en el que mandan los orientales, el jefe al que quieran seguir. Sé que el Teniente Pacheco y Obes, que acaba de rendir ante mí ésta, su espada, es hombre de honor. Por eso les aseguro que hoy no habrá aquí más derramamiento de sangre y que cada uno de ustedes se irá en paz con el Jefe que haya escogido. ¿A quién quieren obedecer? ¿Al General Alvear o a don Fructuoso Rivera? ¿Junto a quién quieren luchar? ¿Junto a Melchor Pacheco y Obes o junto a Bernabé Rivera?".

Esta parte de la historia termina, Federico, de la misma manera que la anterior. Ya vuelven a estar confundidas más de veinte gargantas en un solo grito:

"¡Bernabé! ¡Bernabé! ¡Bernabé!"

\* \* \*

A mi padre, riverista contumaz, si se le hablaba de los "Cinco Hermanos" se le erizaba mucho más el lomo que si le mencionaba a Salsipuedes o Mataojo. No le gustaba hablar de esa campaña; admitía que "tuvo aspectos horrorosos", pero no se le enturbiaba la conciencia. Enseguida agregaba que si otro hubiera sido el jefe que la organizara, la masacre habría sido incalculablemente mayor. Más de una vez me recomendó: "Andá y revolvé los papeles de tu marido y te vas a encontrar con copias de órdenes de Lavalleja, con informes de Garzón y con una carta de un maestro de Paysandú que te van a demostrar que, en

aquellos días, no había nadie influyente que no considerase imprescindible acabar con los charrúas”.

A mí aún me abochorna darme cuenta de que nuestro Estado, tan liberal y republicano, tardó menos de dos años en perpetrar una masacre que los godos no osaron cometer en más de tres siglos. Me hiere, además, que el instrumento haya sido la traición más páfida y premeditada.

Narbondó se atrincheró, como siempre, en el bando de mi padre. “No me caben dudas que don Frutos debe haber sufrido mucho en la Boca del Tigre; no en vano le falló tanto el pulso, a él que siempre tuvo tan buena puntería”, me dijo un día; y enseguida agregó: “Lo que hizo, por más duro que haya sido, fue necesario, y nadie lo habría planeado y realizado mejor: las bajas fueron, verdaderamente, en uno y otro bando, las indispensables. De los nuestros, murieron muy pocos, y de los indios, aparte de que se salvó toda la chusma, sobrevivieron varios caciques y unos cuantos hombres de pelea”.

Según él, se dispersó y se disolvió, tal como se debía, a la nación charrúa, pero se respetó, en el mayor grado posible, la vida de los individuos. Más de una vez he oído esa afirmación. Y siempre la he puesto en duda.

No suelo hacer hincapié en el sórdido final de Ramón Mataojo, Senaqué, Vaymaca Perú, Laureano Tacuabé y Micaela Guyunusa que, merced a las nunca muy aclaradas influencias del francés Curel, terminaron sus días, más allá del Atlántico, como atracción, supongo que bastante secundaria, de las ferias vecinales de la Francia. Cuando los menciono, estos tiempos modernos me enfrentan siempre a esclarecidos positivistas, que presumen manejarse con estadísticas, aunque padecen peores encandilamientos que los que nos adjudican. Por eso, no me asombró oír en el festejo de una boda: “Eran tan solo cinco pobres indios que tuvieron la envidiable fortuna de pisar París”.

A quién tenga oídos, le insisto que París o Montevideo (su avergonzado reflejo) habrá significado para todo charrúa, congénitamente enamorado de la inmensidad del campo, un laberinto

de piedra y gente, sin pasto y sin cielo; una tumba precoz. Asimismo, me parece un cargo ilevantable el cruel reparto de la chusma: las chinas, chinitos y chinitas por las que se desvelaron las mejores familias de Montevideo, apenas llegaron los cautivos al Cuartel de Dragones. No, Federico; no se dispersó tan solo a la nación charrúa, disgregando sus tribus. También se destruyeron sus familias: se mató o se espantó al hombre y se separó a la madre de sus hijos y a los hermanos entre sí. Se los dejó a cada uno, sin que importara la edad, solo ante un mundo hostil a cada una de sus costumbres.

En esas discusiones, ni siquiera conté con el habitual apoyo de tía Emilia: “¡Ah, Josefina! —se quejó una vez— ¡Si tú hubieras visto cómo llegaron esos desgraciados a Montevideo! Yo me enteré que ya estaban en la ciudad, por el asqueroso hedor que entró por la ventana y que fue inundando cada vez más mi dormitorio; recién después oí los cascos de los caballos, los pasos y el alboroto de la gente. ¡Seis meses después a muchos de ellos no los hubieras reconocido! ¡Lavaditos, con el pelo bien cortado, vestidos con toda decencia, casi gorditos! Arrodillados con toda devoción y comulgando, apenas se diferenciaban de nuestros niños”.

En este tema, me he sentido siempre sola y ante una muralla infranqueable. El argumento principal de mi padre consistía en la afirmación de que Salsipuedes y Matajojo fueron “el inexorable desenlace de una guerra de más de tres siglos”.

Solía acusarme de incurrir en un grueso error de perspectiva. Un día me dijo: “Para ti, utilizamos a los charrúas en nuestra guerra de Independencia y, después, cuando la obtuvimos, no solo no la compartimos con ellos sino que los atacamos, derrotamos y dispersamos. ¿No es verdad?”

Cuando yo, agradecida por el regalo de una muy acertada síntesis, asentí sin dudar, mi padre sacudió la cabeza y se sonrió con tristeza, casi desahuciando a mi entendimiento: “Menos mal —comentó— que no sos de mis hijos varones: no sabrías hacerte un lugar en la vida”.

“Josefina —casi me imploró esa vez— sacatelo de la cabeza, los charrúas no nos dieron la Patria”. Para él, la guerra de ellos precedió en casi tres siglos a la nuestra. La Revolución fue, para charrúas y minuanos, una imprevista división de los godos que podía o no favorecerlos. Cuando se enteraron de que Artigas, al que conocieran mucho en sus años de contrabandista, era el jefe de los criollos que se habían alzado en esta Banda, consideraron factible la alianza. “Pero no te olvides que siempre pelearon separados y que nunca quisieron acampar mezclados con nosotros”.

Mi padre insistía que la alianza con los indios, fue “muy circunstancial y azarosa”. Los objetivos de ambos pueblos no solo eran distintos, sino incompatibles. Para los charrúas, la libertad era la perduración del Desierto: tierra sin cultivar, ganado sin cuidar, barbarie compartida. Para nosotros, la libertad era la posibilidad irrestricta de que cada ciudadano volcase el mayor esfuerzo para el progreso de su familia, amparado por las máximas seguridades de que serían solo suyos los legítimos frutos de su esfuerzo. “Civilización, Josefina; civilización repartida entre todos, según sus talentos”.

Me recordó varias veces que todo indio que aceptó nuestros valores, “fue respetado y tratado como uno más de nosotros”. El que no los comprendió, corrió la suerte que siempre correrá todo malevo que no respete la propiedad ajena, sea cual fuere su raza.

Coincidiendo íntegramente con mi padre, la ofensiva de Juan Pedro siempre cuidó otro objetivo adicional: absolver a don Frutos de la responsabilidad que yo le imputaba.

No utilizó la oposición “civilización-barbarie”, ni acudió a la “lógica de la guerra”: preveía que, si adoptaba tales perspectivas, nos enzarzaríamos en discusiones interminables. Prefirió apelar a la “necesidad histórica”.

Sostuvo que, a su juicio, nadie —se llamase Rivera, Oribe, Lavalleja o Garzón— podía ser responsabilizado. La misma conclusión era aplicable si se analizaba a los diversos grupos:

el gobierno, el ejército, los hacendados o los propios indios. Todos estaban atrapados en un único camino sin salida. "La suerte de los charrúas estaba echada".

Una tarde me abrumó con copias de muchos documentos que estaba recopilando. Ahora, los tengo conmigo, sobre este escritorio, a mi izquierda, cosidos en legajos de distinto espesor. Acabo de releer un expedientillo, que él tituló "el clamor de los hacendados". Son oficios, partes, editoriales o cartas que casi nunca están firmadas por estancieros: más bien encuentro maestros, párrocos, jefes políticos y hasta receptores de Aduana. Todas tienen un tema común: alguna tropelía cometida por los charrúas.

Ayer —supongamos— fueron las estancias de Bravo, Quinteros y del portugués Antonio, tan próximas al Salto, las que perdieron toda la caballada y varias puntas de ganado; hoy es acá, en Puntas del Tacuarembó, donde acaban de quitarle al Rubio Chiquito y a Manuel Silva, seiscientos cincuenta reses y todos los caballos. Mañana, la víctima será José Cantos, otro hacendado del Salto; y, pasado mañana, en Caraguatá, Dionisio Gómez Porto escapará de los "infieles" únicamente "*com a ropa do corpo*" y José Jazinto lamentará la pérdida de toda "*a sua boiada mança*".

Pero detengámonos tan solo en el caso de José Cantos. "Aquí te puedo asegurar —me concedió Narbondo— que no fueron los charrúas los que robaron el ganado". Dos peoncitos habían sido enviados, a media tarde, a constatar si las reses que faltaban se habían ido hacia la costa del Queguay. Llegó la noche sin que regresaran. Al otro día, solo se encontró el cadáver del más chico: un muchachito de once años, había sido degollado de oreja a oreja. "El otro, que tenía catorce, no se debe haber ido con los cuatreros. Pienso que lo mataron y que el cuerpo cayó o lo tiraron al río". Nunca fue costumbre de los charrúas asesinar sin motivo: ¿qué podían intentar contra ellos dos muchachitos casi desarmados? "Supongo —concluyó Juan Pedro— que vieron a los ladrones y reconocieron a algún vecino, que juzgó conveniente matarlos.

No descartes, Josefina, que hayamos leído u oído muchas veces el honorable nombre del asesino. Bien pudo ser alguno de los vecinos que denunciaron robo de ganado”.

Juan Pedro enumeraba otros signos de disconformidad. Recuerdo que le concedía particular importancia a un episodio que conmovió y alarmó a Lucas Obes; me refiero a la visita, a fines de 1830, de una delegación de hacendados del Desierto, encabezada por un inglés, Diego Noble, cuya estancia abarcaba casi enteramente la patria chica de los charrúas. El inglés fue expeditivo; dijo que ellos eran de los ciudadanos que no se limitaban a quejarse de sus males, sino que gustaban acudir ante las autoridades proponiendo las soluciones y ofreciendo su aporte concreto para obtenerlas. Por lo que sugerían que se armase una expedición contra los charrúas con el objeto de capturar a todos los indios y trasladarlos, en barco especialmente fletado con tales fines, al más recóndito desembarcadero de la Patagonia. Don Lucas se sorprendió cuando Diego Noble ofreció la entrega al contado de treinta mil pesos, apenas el Gobierno les comunicase la aceptación del proyecto. “Ofrecemos, además —prosiguió el inglés— ciento ochenta hombres y toda la caballada y consumo que necesite la tropa”.

Coincido con Narbondo en valorar como decisiva a esta entrevista, porque don Lucas se la contó a mis padres, en ocasión de la visita de duelo que ellos cumplieron ante la muerte de su hijo Maximiliano, única baja que sufrió el Gobierno en Salsipuedes. Dijo el Ministro que Rivera, cuando lo recibió en Durazno, lo escuchó con irreprochable y desascostumbrada atención, pero con creciente desasosiego. Antes de que culminara la exposición, don Frutos hurgó entre sus papeles hasta separar dos pliegos a los que tenía atados con una cinta. Cuando Obes terminó, el Presidente comentó: “Verdaderamente, compadre, con esos patacones hay quien se financiaría flor de cruzada” y le alcanzó la carta que había separado. Había sido escrita por el maestro Catalá a Gabriel Pereira, y éste la había hecho llegar a Durazno, acompañándola con una esquila en la que explicitaba su confor-

midad con el proyecto propuesto. Antes de que don Lucas comenzara a leerla, oyó que don Frutos le expresaba: "Es la segunda vez que Gabriel me dice que no tengo otra salida".

José Catalá era un maestro valenciano, muy respetado por su ciencia y por sus ideas. Narbondo nunca entendió qué fines persiguió Rivera cuando le confió la receptoría de Aduanas de Paysandú. No le constaba si había sido o no un administrador honesto y eficiente, pero le asombraba el torrencial caudal de las cartas que desde Paysandú remitiera a las más diversas personalidades. O sus tareas no eran complejas o no les prestaba todo el interés debido. Sus preocupaciones casi obsesivas eran el fomento de la zona, el poblamiento del Desierto, el establecimiento de internados rurales y la erradicación de los indios, no solo por sus propios desmanes, sino por los que perpetraba el malevaje que se refugiaba en sus tolдерías. Narbondo nunca consiguió formarse un juicio cabal del enérgico educador. Le impresionaba "un tanto pedante y un sí es no alcahuetón" pero debía reconocerle la seguridad y el entusiasmo de sus convicciones y, sobre todo, el habilísimo olfato para discernir el grado de influencias de sus distintos corresponsales.

Tengo aquí, a mi izquierda, copia de la misiva de Catalá a la que se refirió don Lucas. En esa carta, el maestro le encarece a Pereira que el Gobierno, con o sin autorización de las Cámaras, se aboque a organizar de inmediato, "*una marcha secreta contra los charrúas*".

"Allí, en Durazno —se lamentó don Lucas ante mis padres— entre don Frutos y yo, le sellamos la suerte a los indios y a mi Máximo".

A menudo, me dijo Narbondo: "No podés negarlo, Josefina. Al atacar a los charrúas, don Frutos acató la voluntad del pueblo". Alguna vez le pregunté a qué pueblo se refería, porque juzgo que, en cualquier país, hay tantos pueblos como bandos o fracciones. Se sonrió: "¿Qué te contó tu padre que pasó en Paysandú apenas llegó la noticia de la Boca del Tigre? ¿Qué sucedió? ¿Se juntaron siete señorones en una esquina de la Plaza, agitaron unas ban-

deras y tiraron unos cohetes? ¿O todo el pueblo salió a la calle? ¿A qué hora terminaron los bailes? ¿Cómo recibió Montevideo a la tropa que regresó con los cautivos?"

Juan Pedro sostuvo siempre que si Rivera no encabezaba la campaña, no tardarían otros en asumir la tarea. Por algo clamaba Catalá desde Paysandú como si fuese un nuevo Catón: "¡Hay que acabar con la cantinela de la oposición!". "Lee esto", me dijo mi marido y me arrojó displicente la copia de un informe de "tu admirado e intachable Garzón". Está datado en costas del Daymán, a 1° de febrero de 1831, es decir, a pocas semanas de la acción en la Boca del Tigre. Fue elevado, por supuesto, a Rivera, dándole cuenta del exitoso cumplimiento de la primera fase de su plan: la localización de las curtiembres clandestinas y la captura de todos sus responsables, que cuando menos eran los reducidos de los cueros que vendían los charrúas y demás cuatrerros. Te envío el texto íntegro, pero aquí me limitaré a transcribirte este pasaje petulante, que debe haber irritado a don Frutos: "*Ya no nos queda otra cosa que hacer que dar el paso sobre los salvajes. Este creo que es más fácil pues ya tengo tomadas algunas medidas, y las que tomaré, tan luego como me incorpore a usted. Los salvajes están como avispadados, han sido avisados de que el Gobierno los mandaba destruir, yo los he persuadido de lo contrario, y han quedado algo satisfechos; y, a su tiempo, tendrán su merecido*".

Hoy, con más años vividos, más páginas leídas y muchas más claudicaciones inventariadas, no concentro mis críticas en don Frutos. Admito que Salsipuedes y Matajojo no lesionaron la sensibilidad social de la época y tampoco rechazó la idea de que, para muchos notables de entonces, Rivera fue en esta materia un Presidente excesivamente parsimonioso y dubitativo en tomar las medidas que se reclamaban. "¡Qué va a hacer algo contra ellos! —recuerdo que mi padre decía haber oído más de una vez— ¡Si toda la indiada es gente suya! Cuando los precise, les pega un grito y se van todos con él".

No voy nunca a ser su juez: detesto a los que emiten dictámenes, sentados en sus escritorios, liberados de las incontables

presiones que conlleva toda situación. Pero sí puedo decir que esas matanzas me avergüenzan y que, en última instancia, a él le son atribuibles, porque las decidió, planificó y dirigió. No es poca carga para una conciencia.

¿Era ése, en verdad, Federico, el único camino? ¿La modernización de nuestros campos pasaba necesariamente por el exterminio y la disolución de los charrúas? Y, aun admitiendo que fuera la única opción, ¿es lícito proseguir la marcha cuando la salida que se vislumbra es notoriamente injusta e inhumana? Me parece oírlo a Narbondo: “¡Ay! ¡Ya se me viene encima el mito!”. Y le contesto: “Tenés razón, Narbondo, ya te estoy mencionando al General!”. Y él, hablando por tí me replica: “¡Dejá a ese fanático que, porque las cosas no salieron como él quería, se quedó para siempre en el Paraguay. Así es muy fácil conservar las manos limpias”.

\* \* \*

Con la gente de abajo, no creas que me fue mejor. Un día, a media mañana, mientras vigilaba el asado de cumpleaños de mi madre, sorprendí a Gabiano con un comentario que, reconozco, fue casi a quemarropa: “Lo que yo no entiendo es cómo ustedes pudieron atacar a traición, de buenas a primeras, a indios a muchos de los cuales conocían y que habían peleado junto a ustedes en muchas ocasiones...”.

El capataz tiró al piso el cigarro que recién había encendido: “Está bien que usted sea la hija del patrón pero ni él, ni nadie jamás me habló así”. Pedí disculpas, pero no me escuchó. La furia excedía al desconcierto: “Como siempre, se corta el hilo por la parte más fina. Yo... Nosotros no atacamos a traición. Hicimos lo que nos mandaron y lo que nos mandaron fue una emboscada y una emboscada es muy común que se haga en una guerra”.

De a poco, él hablando y yo asintiendo, se fue tranquilizando. Con prudencia, procuré que mis disculpas evitasen que la conver-

sación se desviase. La difícil humildad fue la clave de mi éxito. Cuando prendió otro cigarro, se arrimó al asado, desparramó unas brasas y me dijo: "Usted, señora Josefina, no entiende estas cosas porque es mujer y nuestras mujeres, las cristianas, nunca entendieron nada de la guerra y está bien que sea así", me dí cuenta que, si no nos interrumpían, la charla estaba definitivamente encauzada.

No sé cuál era la causa principal de la afinidad, si el sexo, la experiencia, la compañía o el vínculo de trabajo, pero las ideas de Gabiano eran llamativamente semejantes a las de mi padre.

De pronto, calló. No sé si recordó algo, pensó o vaciló. Al final, me dijo: "Usted no sabe lo que es la vida del hombre; yo lo supe de chiquito". Intuí —correctamente— que la frase final aspiraba a ser la introducción a un "sucedido". Te puede parecer una digresión. Si lees con ese prejuicio, terminarás dándote la razón; si conservo algo de tu confianza, es probable que coincidas conmigo en que el sargento, con un cuento cortito, me explicó algo más que papá y Juan Pedro en nuestras interminables discusiones.

Cuando Gabiano tenía nueve años, el padre era agregado en una gran estancia que un godo, recién llegado de las Canarias, acababa de comprar en lo que hoy llaman el Carmen, entre el Río Negro y el Yí. Con el dueño, vino un capataz, oriundo de Tenerife, pero que ya estaba en la Banda hacía más de treinta años. No permaneció mucho tiempo en el establecimiento porque añoraba las costas de Maldonado. Era un viejo muy locuaz, que no tardó en fascinar al gurí: "Sabía todo y le gustaba enseñar, si se quería aprender. Fue la primera persona que me habló del mar".

En la estancia había una perra ovejera que también se pegó a los talones de don Laudelino: "por eso, la Suerte y yo siempre andábamos juntos".

Una tardecita, la perra parió seis cachorros. Al mes, el capataz examinó a los machos uno por uno —eran tres— y apartó al más lindo.

"Manuel —le dijo al gurí— tomá a los otros bichos y enterra-

los en una bolsa”.

Hasta ese momento, el gurí no se había imaginado capaz de desobedecer una orden del viejo: “No, señor”, se oyó decir.

Don Laudelino carraspeó, escupió el suelo, secó la tierra con la punta de su alta bota y dijo: “Andá ahora mismo a buscar una bolsa y una pala”.

Cuando Manuel volvió con ellas, la Suerte estaba atada a un árbol y los cinco cachorros mordisqueaban un trozo de achura que les había tirado el capataz. El machito escogido gemía y lloriqueaba en una mano del viejo, desesperado porque se lo estaba privando de participar en el festín. La Suerte, mansa como siempre, todavía no ladraba; estaba inquieta, no sabía lo que ocurría.

Don Laudelino ordenó: “Meté los bichos en la bolsa”.

Manuel obedeció; los últimos dos cachorros, avispados por lo que les sucedió a los primeros, dieron bastante trabajo. Uno de ellos rumbeó hacia la madre, que ya ladraba desesperada, pero el capataz lo atajó de un puntapie que lo atontó. El gurí, más que atraparlo, lo recogió del pasto.

Cuando los cinco cachorros estuvieron adentro de la bolsa, el viejo soltó al que tenía en la mano y lo dejó que se prendiera, rabioso, al pedazo de bofe todavía inmenso que ahora quedaba para él solo.

Armó pausadamente un cigarro y, cuando lo encendió, comenzó a caminar hacia el campo abierto.

“Seguime”, le dijo al gurí.

A Manuel le resultó inútil olvidarse de la pala. Sin mirar hacia atrás, don Laudelino le dijo: “Alcanzame la pala que te la llevo yo”.

Caminaron más de cinco cuadras y el viejo no daba señales de querer detenerse. Durante ese trayecto, a Manuel no le fue fácil mantener en el mismo lugar de su espalda a la bolsa que, poco a poco, se iba poniendo más inquieta.

De pronto, don Laudelino se detuvo y con la punta de la bota señaló un lugar: “Hacé el pozo aquí”. Con un ademán, le reclamó la bolsa y le tendió la pala. Al desprenderse de los cachorros, el

gurí sintió alivio. Tomó la pala y comenzó a cavar. Mientras tanto, el viejo anudó la boca de la bolsa y la tiró al suelo.

También fue inútil que Manuel intentara hacer un pozo de escasa profundidad. "Más hondo" le ordenó el capataz y, al rato, repitió: "Más hondo".

En el piso, enredados entre sí y con los pliegues de la bolsa, los cachorros se entregaban a una creciente desesperación. La arpillera se sacudía convulsa y casi muda, pero era evidente que se estaban mordiendo entre ellos, y con mucho más frenesí que cuando disputaban una teta de la Suerte.

Manuel siguió cavando hasta que se le dijo: "Basta". Le costó bastante recuperar el aliento. Al fin, dijo el capataz: "Tirá la bolsa al pozo". El gurí tuvo apenas un instante de duda pero obedeció.

"Ya me había convencido de que si no lo hacía yo, lo haría él. Además recordé lo que siempre decía mi madre: que hay que obedecer sin preguntarse qué razón tiene el que manda".

La punta de la bota del capataz se levantó del piso y señaló el montón de tierra removida: "Tapá el pozo".

Manuel casi no vaciló. Las paladas se fueron sucediendo cada vez más decididas. "No sé si la tierra los aturdió —me dijo Gabiano, sin mirarme— pero la bolsa se calló mucho antes de lo que yo pensaba".

El gurí creyó que había quedado definitivamente tranquilo. Pero cuando toda la tierra removida fue puesta en su lugar y se alzaba un montículo en lo que ya era la tumba de los perros, se sintió obligado a apisonarla: "para que la Suerte no los encontrara". Comenzó a saltar sobre ese lugar con todas sus fuerzas, hasta que el cansancio le endureció las piernas. Cuando no pudo más y se quedó ahí mismo, quieto, acuclillado, con ganas de caerse sentado, don Laudelino se acercó y le tendió una mano.

El viejo tanteó despacito, como si le importara mucho, el suelo recién apisonado. No expresó ninguna satisfacción. Volvió a escupir y a secar el salivazo con la punta de su bota. Puso una mano sobre el hombro resentido de Manuel. El gurí creyó que lo iba a ver sonreír. Pero se equivocó. Entre serio y triste, el viejo

le dijo: "¿Vio, amigo? Era fácil enterrar a los cachorros".

El tiempo fue lavando la mala memoria que Gabiano tenía del episodio. No tardó en asociar los cachorros que había matado con los perros cimarrones que asolaban los campos. La Suerte siguió siendo su amiga, como si él no le hubiera hecho nada. Pero siempre que el Yandú, el perrito que don Laudelino había apartado de la camada, venía a enredarse entre sus pies, mordiéndole la ropa, volvía a punzarle adentro ese remordimiento que él ya iba considerando infundado.

Creo que la historia, por más simple que nos parezca, admite más de una lectura. La que más me afecta es la que me obliga a ver claro lo que en otras ocasiones consigo que me pase desapercibido: el horror total de un hecho no es igual a la suma de los horrores menores, suscitados por cada uno de los actos necesarios para causarlo. Por eso, quien se negaría sin titubeos a ser su autor, puede aceptar —casi sin darse cuenta— ser uno de sus coautores. Cuestión ésta, Federico, que podría llevarnos a otras disquisiciones, lo que sería hartó criticable, ya que las moralejas que infirió el sargento Gabiano fueron otras, algo más sencillas: "¿Me entiende, señora? Desde ahí yo aprendí a obedecer de verdad; y eso era necesario: hay cosas que la autoridad sabe y que la tropa desconoce y a lo mejor nunca sabrá o no podría entenderlas. Para algo están los jefes. Por otra parte, cada vez que tuve que ir contra sus charrúas, siempre me acordé de los cachorros de la Suerte. El perro, si se pone salvaje, hay que matarlo".

Mi padre se había sentado junto a nosotros hacia el final del relato de su capataz y me miraba socarrón. Al fin me dijo: "Es una lástima que solo tengas a Gabiano a tu alcance para preguntarle por qué combatió con charrúas. Si hubieras tenido más suerte, le podrías haber preguntado a los García, que a veces trabajan en lo de Pepe, y que son tan charrúas como Sepé. Me gustaría haber estado presente, para ver tu cara, cuando te enteraras que sirvieron como soldados de Bernabé".

Serio, Gabiano confirmó los dichos de mi padre: "En 1832, señora, no quiero mentirle, pero más de la cuarta parte de la tropa

eran indios. Por supuesto, había mucho más misioneros que charrúas”.

Quedé confundida, casi desconcertada. Pero no tuve necesidad de responder. Me suplió, aún no sé por qué, Juan Pedro, recién integrado al grupo, diciéndole a mi padre: “No se gaste, suegro, que le van a contestar que también aquí, como en la India, hay cipayos”.

En verdad, aunque podría citar varias excepciones y anticiparme en dar los nombres de los charrúas que desertaron para no participar en estas matanzas, no me duele reconocer que papá, Narbondo y Gabiano no mentían ni exageraban, porque son otros los culpables. Muchos sables cristianos fueron blandidos por brazos indios. No fueron solo blancos los que degollaron charrúas o les reventaron la cabeza o el pecho de un balazo. Puedes buscar entre los testimonios que te mando, el del parte que el 5 de junio, dos semanas antes de su muerte, firmara el propio Bernabé. Cuando llega el párrafo de encarecer los servicios de la tropa, destaca los prestados por los indígenas, diciendo: *“Estos virtuosos soldados, posponiendo aquella simpatía que era presumible que existiese entre individuos de un mismo origen a su deber como servidores de la República, han acreditado cuánto puede esperar el país que los protege, de su lealtad y generosa adhesión”*.

A aquella altura de la mañana, Gabiano me miraba como si yo estuviese encaprichada en que se me explicara los cambios del clima: “Todo depende, señora, del viento que le sopla, adentro y afuera, a cada uno. Ayer estábamos lejos; hoy estamos juntos. Hoy cargamos hombro con hombro; mañana tendré que matarlo antes de que me gane de mano. ¿No pasa eso con los jefes? ¿Por qué se asombra que suceda eso con la tropa? Ahí tiene usted al coronel Bernabé. Le puedo asegurar, porque yo anduve todos esos meses junto a él, que nadie hablaba mejor de los indios y se desvelaba más por mejorar su suerte, sobre todo los de Santa Rosa del Cuareim, pero apenas don Frutos se convenció de la

necesidad de la campaña, el Coronel pasó a ser el peor enemigo que tenían los charrúas y yo sé por qué lo digo”.

\* \* \*

La campaña fue planificada en reuniones secretas que don Frutos tuvo en Durazno con muy pocos jefes. Según Gabiano, solo habrán sido tres las personas que siempre estuvieron presentes: “los hermanos Rivera y el general Laguna”. Todos los demás apenas sabían partes recortadas del plan o, incluso, se habían hecho una idea incorrecta de lo que estaba tramando el Presidente. “Apenas empezaron a concentrarse las tropas, el negro Yuca Luna, que nunca largó prenda de nada, se prestó para decir, cuando se emborrachaba, que en cuestión de semanas, marchábamos contra el continente, a recuperar las Misiones o, por lo menos, para subir los límites hasta el Ibicuy”.

Tan grande era el secreto que hasta el hijo de un Ministro lo ignoraba. Narbondo se agenció una copia de la última carta que escribiera Maximiliano, antes de morir en la Boca del Tigre, a su primo Manuel. No te la mando porque no dice gran cosa. Máximo no tenía conciencia de que escribía sus últimas líneas. En ella se quejaba de que el militar es el último en enterarse adónde marchará y se refería, bastante escéptico, a una posible campaña contra Brasil.

Creo que no cuesta demasiado entender que, desde el punto de vista estrictamente militar, el ataque a traición era imprescindible. No solo para aprovechar la ventaja de la sorpresa sino, primordialmente, para soslayar el principal inconveniente que planteaba una campaña contra los charrúas: su dispersión. Era indispensable concentrar, mediante algún ardid, a todas las tribus en un solo punto, reuniendo guerreros y chusma, no tanto para resolver la campaña en una única acción sino, sobre todo, para evitar que, atacado un solo cacique, los demás reaccionaran y tomaran represalias en puntos cercanos a sus respectivos paraderos, anarquizando al Desierto por quién sabe cuántos meses.

“Así que lo que usted llama traición, yo lo llamo precaución —me dijo el sargento— Si don Frutos no hubiera resuelto la emboscada, no se hubiera podido ni trabajar ni vivir aquí por más de un año; al final hubieran muerto casi todos los indios y nosotros hubiéramos tenido muchísimas más bajas”.

Como pretexto para justificar la reunión de todas las tribus, don Frutos escogió la conveniencia de discutir y acordar el asentamiento de los charrúas en una sola región, la provisión de una vaquería suficiente para satisfacer holgadamente sus consumos y la necesidad de que, a cambio de esas regalías, los indios cooperasen en una invasión fulminante al Brasil. Por ese ataque, el Estado recuperaría territorio arrebatado por los brasileiros y, quizás si tomaba fuerza el partido de los republicanos, se fomentaría la independencia de Río Grande do Sul, con lo que se separaría a nuestra República del siempre peligroso Imperio. Habría, además, un gran botín de guerra que incluiría la recuperación del ganado que los brasileiros nos habían venido robando desde hacía siglos. De parte de ese botín, saldría la vaquería para los charrúas. Por lo demás, el Estado, si recuperaba total o parcialmente su verdadero territorio, no tendría inconveniente en asignarles una considerable suerte de tierras fiscales, cuya extensión estaba dispuesto a convenir en consejo con todos los caciques.

Para que los charrúas creyesen en la seriedad de los propósitos del Gobierno, el encargado de entrevistarse con los distintos caciques fue un general y un notorio amigo de Rivera: Julián Laguna. Su objetivo principal era discernir la actitud de los indios, ponderando su real disposición a encontrarse con el Presidente en un campamento que se establecería hacia el sur del Desierto. Se le había instruído para que sugiriera la campaña contra el Brasil, prometiera la concesión de tierra y ganado y advirtiera que también el Presidente tenía enemigos, a quienes interesaba malquistarlo con sus amigos, los charrúas, diciéndoles que el Gobierno se preparaba a destruirlos. Se le encargó que no diese demasiados detalles, de manera que suscitase entre los salvajes una gran expectativa respecto al encuentro con don Frutos.

Este último requerimiento motivó que la misión del general Laguna tuviera un éxito muy relativo. Algún cacique, Polidoro, se mostró particularmente suspicaz y no retaceó muchas preguntas. Fue evidente que las respuestas demasiado genéricas de don Julián no lo satisficieron: “¿Tanto valemos doscientos indios, de lanza y bola, para que el Gobierno tanto nos precise?” fue, en suma, la idea con la que cerró la conversación con el emisario del Presidente.

La mayoría de los otros jefes, como Vaymaca Perú, Brown, Senanqué, Juan Pedro y Rondó, escucharon con mayor interés y credulidad, pero en todos se trasuntó la insatisfacción generada por la reticencia de Laguna a proporcionarles los detalles y garantías que solicitaban. A todos les extrañaba, en grado sumo, el requerimiento de que también llevaran a la reunión a sus mujeres y niños.

Hubo uno, El Adivino, que se negó a recibir al emisario del Gobierno.

Regresado don Julián a Durazno, tuvo —según recordaba Gabiano— una prolongada reunión con el Presidente y Bernabé. Allí se resolvió que, al día siguiente, acompañado por una muy reducida comitiva, Bernabé partiese a repetir el mismo itinerario de Laguna. Debía dar todos los detalles que se le preguntasen, aunque tuviera que improvisar; concretaría el ofrecimiento de los campos fiscales, ubicándolos entre el Arapey grande y el chico; y requeriría, a cambio, que se le contestase si se estaba o no dispuesto a participar en la campaña contra Brasil, expresando que todo cacique que aceptara el convite debía estar, indefectiblemente, con toda su gente, en el transcurso del viernes 8 de abril de 1831, en las Puntas del Queguay, en la Boca del Tigre o Potrero de Salsipuedes, donde el Presidente les esperaría para acordar los últimos detalles que quedaran pendientes y para proveerlos de armas, vestimentas, víveres y caballada.

“Esa tarde, cosa que nunca, habían mandado al indio Bernabé de chasque a Montevideo —nos dijo Gabiano— Yo noté después, cuando salió el Coronel, que estaba muy raro, como si

se sintiera mal y no encontrara acomodo. Atardecía y no quiso ni matear ni churrasquear con nosotros. Más aún, él, que siempre fue tan considerado, no esperó que Fortunato, Pedro, el Yuca y Roque terminasen de comer. Les dijo que los esperaba enseguida en el rancho".

Apenas entraron, juramentándolos a que guardasen estricto secreto hasta que acaecieran los hechos, les informó del proyecto del Presidente, de la gira que acababa de cumplir Laguna y de la que realizaría él, al día siguiente, en compañía de Yuca Luna y del Rubio Márquez, un baqueano al que no había que soltarle una palabra.

Habló pausadamente, pero con firmeza; no anduvo con vueltas. No les ahorró detalle de lo que se preparaba en la Boca del Tigre y, al final, terminó diciéndoles algo así: "Lamentablemente, se habrán dado cuenta, que no los llamo para pedirles opinión. Tampoco crean que lo hago para desahogarme. Quiero que ustedes estén prevenidos; que tengan tiempo para madurar su parecer. Sinceramente, esto es algo que parece una canallada y cuesta mucho prestarse a hacerlo. He tardado hasta hoy en darme cuenta de que no hay otra salida. Para serles sincero, no estoy enteramente convencido. Pero quienes deben estar resueltos, lo están, y tenemos que obedecer todos. Si a mí me duele, descarto que a ustedes les va a ocurrir lo mismo y peor, porque se están enterando de golpe y no se les dio el derecho a discutirlo. Camaradas: ésta es la vida del militar. No solo descuento vuestra obediencia, sino que descarto que me ayudarán a que no nos falle, en el momento necesario, ninguno de nuestros hombres".

Los miró uno a uno, escrutándoles el semblante. Al fin, se sonrió con tristeza: "Veo que ninguno me abandonará, a pesar de que a todos les pasa lo mismo que a mí". Los abrazó, también uno por uno. Al fin, parado en medio de los cuatro, crispó los puños y dijo: "Creánme, muchachos, que el Presidente también siente lo mismo que nosotros".

La versión de ese encuentro proviene de Gabiano, quien

mucho más tarde la oyó, durante una noche interminable, de labios de Fortunato Silva. Sin verse los rostros, entre los chistidos de una lechuga y los quejidos de un compañero malherido, Silva remató su relato del episodio, diciendo: "De todos nosotros, el que tenía más claras las cosas era Bazán. El me había cantado lo que íbamos a hacer como si tuviera que decidirlo. Y me había dicho que se iba para Montevideo, porque no postergaría su casamiento para participar en semejante campaña. Sin embargo, después que el Coronel habló, el único que lagrimeaba era el gallego. Fue ahí que le dijo que lo seguiría hasta la muerte.

He puesto en duda que Bernabé sinceramente haya cuestionado lo que, en un parte de fines de abril de 1831, no le duele llamar la "jarana contra los charrúas". He llegado a decir que la imagen que él había suscitado esa noche, poco o nada se compadecía con el exterminador que actuara, con solapado dolo, días después. He sugerido que, más que nada, creía advertir una sutil y mañosa manipulación de los ánimos de sus principales subordinados.

En honor a la ecuanimidad, debo consignar la indignación de Juan Pedro ante mis juicios, y sus críticas. Primero, el disgusto de Bernabé puede hoy conocerse a través de otras dos fuentes, de muy superior jerarquía y que, en esos días, tuvieron un acceso directo y cotidiano a su intimidad: don Frutos y don Julián. Segundo: para manejar el ánimo de la tropa, hay que anticipar sus reacciones y, si no se quiere errar, es preciso sentir igual que la gente, por lo que si Bernabé previno el asco y el remordimiento, es porque primero le retorcieron sus propias entrañas.

Repito ahora, Federico, la pregunta que en esa ocasión le hice a Juan Pedro y que él no quiso contestarme: ¿qué es peor? ¿qué es más censurable? ¿La ejecución de una aberración, sin previa mensura de su real alcance? ¿O su consumación, a pesar del constante asedio de la propia conciencia?

¿Las decisiones de la guerra sólo requieren a la lógica? ¿Es recomendable, en aras de una mayor eficacia, aislarlas de

toda consideración de justicia? ¿La disciplina es siempre la máxima virtud marcial?

\* \* \*

Pero dejémosnos de femeniles disquisiciones; vayamos de una vez a los hechos: embosquemos a los charrúas. ¡Que empiece la jarana! ¡Dame, Venado, tu cuchillo, que solo lo quiero para picar tabaco!

Los partes mienten y callan con descaro; los periódicos de esos días, son más obsecuentes que los de hoy. No hay base documental alguna para acceder a la verdad. Además, casi todos los que participaron en la Boca del Tigre, han sido reacios a dar detalles.

Para peor, las versiones circulantes son contradictorias en aspectos esenciales. Es posible que me equivoque, pero tiendo a someter a una duda mucho más severa al relato del general Antonio Díaz, a quien no le cuestiono, por supuesto, su veracidad, pero sí la exactitud de las informaciones que pudo obtener, al no ser ni partícipe, ni testigo presencial de los hechos. Doy más crédito, sin abandonar una actitud sanamente crítica, a los recuerdos de Manuel Lavalleja, quien, si bien tampoco estuvo en Salsipuedes, convivió con los charrúas sobrevivientes durante diez meses en 1833 y ha afirmado que la conversación dominante entre ellos siempre era el ataque de don Frutos y la ejecución de Bernabé.

Pero, sobre todo, dispongo de lo que ha narrado Gabiano en nuestra casa: para creerle, me bastaría su sola palabra, porque fue un hombre bueno y sin mucha imaginación, que —por añadidura— tenía pocas vergüenzas que ocultar. Es sumamente alentador que muchos de los detalles aportados por él, encuentran corroboración explícita o implícita en las memorias de Lavalleja o los Díaz.

El juicio inicial de Gabiano respecto al episodio de la Boca del Tigre me sorprendió bastante: "Del modo que empezó, pudo

terminar pasando cualquier cosa. Por ejemplo, si el Yuca hubiese también fallado y no les arrebató las armas, a lo mejor los masacrados éramos nosotros. Al principio, nos desordenamos mucho y dejamos escapar unos cuantos indios. Todavía no estábamos bien alineados. Yo a ustedes se los digo: el que tuvo la mayor parte de la culpa fue don Frutos, porque antes le dio demasiado al aguardiente, no sé si para disimular, para mamar a los caciques o para darse ánimo, y cuando comenzó la cosa, apenas se tenía en pie”.

El combate fue a las cinco y cuarto de la tarde del lunes 11 de abril. Hacía sesenta horas que el general Rivera estaba modificando constantemente sus planes, porque no se concretaban la mayoría de sus previsiones. El sábado 9, solo se presentó un cacique: Vaymaca Perú. El domingo fueron llegando unos cuantos, pero a distinta hora, y se negaron no solo a levantar sus tolderías en el potrero que se les había reservado, sino que se dispersaron por distintos lugares. Por la noche, se hizo evidente que dos jefes faltarían a la cita. Y uno de ellos, era el segundo en poderío y prestigio después de Venado. Los bomberos llegaron con el anuncio de que Polidoro y El Adivino habían acampado con sus tribus, una casi junto a la otra, a cuatro leguas de distancia.

El lunes partió Bernabé en su búsqueda, regresando sin ellos, cerca del mediodía. “Nos agregamos a ustedes, cuando comiencen a marchar hacia el Brasil —le contestaron—. Lo que decida Venado, está bien para nosotros”.

En el almuerzo, don Frutos pidió a los caciques para que intercedieran ante sus congéneres remisos. Receloso, Rondó le preguntó por qué le importaba tanto que no faltara ninguna tribu. Bernabé fue el que encontró respuesta: “El trato tiene que ser con todos. Los Arapey serán o no la tierra charrúa, según lo que se acuerde. Pero después no aceptaremos a ninguna tribu acampada fuera de ese territorio”. La contestación, aunque casi explicó la insistencia del Presidente, causó en algunos caciques una disconformidad que se fue contagiando de unos a otros.

Vaymaca Perú, que consideraba que debía su vida a don

Frutos y que le profesaba un entrañable afecto, intervino rápidamente y evitó que allí mismo se desencadenase una discusión de curso imprevisible. Ordenó a dos guerreros suyos que partiesen en búsqueda de Polidoro. Y en ese mismo instante, para consolidar la distensión, retornó al grupo el Yuca Luna, con un barrilito de caña de La Habana y una bolsa de tabaco. "¡Negro grande!", lo saludó Bernabé.

Pero, al promediar la tarde, dos hombres que Bernabé había enviado para que siguieran discretamente a los emisarios de Perú, regresaron con una noticia sorprendente. Polidoro y El Adivino habían levantado sus campamentos y se alejaban. Los dos mensajeros charrúas se habían ido con ellos.

La novedad perturbó a don Frutos, quien ya en ese momento le exigió a su sobrino: "Compadre, esto lo resolvemos esta misma noche".

Tales fueron la improvisación y el desorden con los que luego transcurrió el combate, que Gabiano solo pudo enumerar tres disposiciones previas, que los mensajeros del general Laguna fueron susurrando en uno y otro punto del campamento. La división de Bernabé fue confiada al mando de Bazán y debía quedar en retaguardia, entre el monte y el río, montada y armada para guerra, por lo que a las cuatro y media de la tarde debía simular maniobras de entrenamiento, lo más lejos que fuera posible de los indios. La milicia de Paysandú, de paisano, visiblemente desarmada y sin formar, pero pendiente de las órdenes del Yuca Luna, estaría en las inmediaciones de los lugares donde los indios dejaran sus lanzas. Y el Escuadrón de Durazno se desperdigaría en pequeños grupos, a lo largo de la costa del Queguay, al mando del Teniente Coronel Gregorio Salado.

El ataque se desencadenaría cuando el propio don Frutos disparase su pistola, preferentemente, si las circunstancias lo permitían, sobre el cacique Venado. La gente de Luna tenía la misión de lanzarse sobre las armas dejadas por los charrúas apenas sonase la señal de la matanza. La división de Bernabé se dividiría en dos alas: cuando lo decidiera el capitán Pedro

Bazán. Fortunato Silva se adelantaría por la derecha y costearía el monte para impedir que los guerreros o la chusma ganasen la espesura. Con el otro contingente, Bazán se extendería desde el monte al río y avanzaría en doble o triple fila, cargando a lanza y sable.

Los grupos de Salado correrían hacia los lugares donde estaban previamente acondicionadas sus carabinas y, desde allí, harían fuego medido sobre los indios que se dirigiesen en esa dirección, en busca del río.

A don Frutos, Bernabé y Laguna, que estarían junto a los caciques, los acompañaban treinta hombres, con daga y pistola, elegidos entre los mejores para la lucha cuerpo a cuerpo. "Yo —dijo Gabiano al pasar— iba a la espalda de mi Coronel".

Aunque en el fogón ya habían comenzado a asar espléndidos pedazos de carne y a pesar de que don Frutos había sido excesivamente pródigo en el alcohol, la convivencia entre cristianos y charrúas era cada vez más tensa. Extrañamente, el principal responsable del enrarecimiento de la situación fue el propio Presidente, quien, pese a su baquía, trasuntaba esa tarde un ánimo crispado y alerta. Atinó a fingirse irritado por el desaire de Polidoro y El Adivino, pero varios charrúas lo escrutaban suspicaces. Quienes mantuvieron a los indios en el campamento fueron el Yuca Luna, que mandaba como si fuera el Presidente, don Julián Laguna y Bernabé. Este farreó en el dialecto de los indios, mascó yerba mate, fumó tapándose la cara con un quillapi e hizo correr su cuerno de aguardiente, casi sin besarlo. Don Julián, que por más que quisiera no podía acortar la distancia, sonreía bonachón y brindaba por la República de una manera que hacía reír a los charrúas.

Al fin, llegó la hora.

Se había convenido que el combate, por más fulminante que se preveía que iba a ser, no podía transcurrir entre dos luces. Don Frutos buscó los ojos de Bernabé quien le evitó la mirada, dándose vuelta y ofreciéndole aguardiente a Gabiano. El General vaciló un instante, pero invitó a todos a acercarse a los fogones:

“No podemos seguir chupando así; hay que poner algo en el buche. Vamos a pedirle a los asadores que nos apuren unas costillas para antes de la cena”.

Un cortejo de casi setenta personas, recorrió entonces trescientos metros hasta los fogones. Para Gabiano, fue un error importante haber separado con tanta distancia ambos lugares: “Estaba visto. Los charrúas quisieron ir a caballo”.

Algunos quisieron recoger sus lanzas, pero Vaymaca Perú no se los permitió. Rondó estuvo a punto de decirle algo, pero en ese instante el Yuca Luna se le enredó pegajoso. Brown que estaba detrás de ellos, y que había permanecido excesivamente silencioso durante toda la tarde, tomó su lanza y ordenó a algunos de los suyos, a los que estaban próximos, que lo imitaran. No todos lo obedecieron. Rondó, en cambio, se liberó del Yuca y, volviendo sobre sus pasos, también llevó consigo su lanza.

A medida que Rivera y los caciques, con sus principales guerreros, se trasladaban hacia los fogones, la gente de Yuca se distribuía por donde habían quedado las lanzas, la división de Bazán, recién llegada del campo, se dividía despaciosamente en dos alas, y los grupos de Salado, en vez de permanecer todavía quietos, se movían simultáneamente, en aparente desorden, hacia diversos puntos, como chispas brotadas al golpear con fuerza una leña.

“Saber lo que iba a pasar —nos comentó Gabiano— me tenía mal. Me parecía que la indiada se daría cuenta de un momento a otro o que ya nos tenían calados”.

El día anterior, Bernabé les había dado a ellos instrucciones muy precisas: “Al llegar a los fogones, no vacilen. Hagan nomás como en baile de campaña. Ustedes, de un lado; y los indios, del otro. El omiso responde con su vida: es probable que quede entre dos fuegos”.

Desensillaron; a una señal de Bernabé, intentaron apartarse bastante de los caballos. Pero no tuvieron tiempo de separarse a un lado, como se les había ordenado. “Si lo hacíamos demasiado de golpe, se darían cuenta”. Don Frutos se apuró demasiado.

Tal como le había encomendado Bernabé, venía caminando hacia el fuego, con Venado a su derecha. En eso, le dice al indio: "Prestame tu cuchillo, para picar tabaco". Y le palmea el hombro. Gabiano cuando lo oyó, no lo podía creer. Era la contraseña, y todavía estaban todos mezclados.

A partir de ahí, todo sucedió en un instante. Gabiano, por detrás de don Frutos y de Bernabé, no vio al General desenfundar su pistola. Pero oyó el temido estampido, vio la indeseada humareda y todavía olió la pólvora. En ese instante —"o antes"— se juntaron el alarido del indio y un desesperado grito de Bernabé: "¡Nooo, mi compadre!". Gabiano creyó que el salto hacia atrás de Venado culminaría con el indio abatido en el suelo, pero lo vio girar sobre sí en el aire, golpear a dos cristianos y echar a correr, revoleando los puños como boleadoras, hacia su caballo.

El desorden fue total. Entre los gritos, los estampidos, los relinchos y los alaridos de guerra la tierra parecía temblar. Gabiano buscó la derecha de Bernabé. Viera y Arias se habían puesto a su izquierda. Rodearon así a don Frutos, que había desenvainado su espada. Pero en los primeros instantes quedaron inmóviles y estupefactos, porque nadie los atacaba, aunque estaban en el mismo vórtice del combate.

Se diría que el espanto y el instinto de sobrevivencia operaban como fuerzas violentamente centrífugas. Los indios querían huir hacia el monte, el río, sus caballos o sus amigos. En ese momento inicial, "los nuestros tampoco se lanzaban tras ellos sino que, retrocediendo, buscaron agruparse".

Vaymaca Perú que, antes del ataque a Venado, venía caminando bastante cerca de don Frutos, y que luego había comenzado a retroceder hacia su caballo, fue alcanzado por una bala que penetró en su pecho desnudo por debajo y por dentro de su tetilla derecha. Dos de sus indios lo sostuvieron, sin dejarlo desplomarse. "El tiro partió de los soldados que estaban frente a nosotros y que, enseguida, cargaron daga en mano". Huyendo de ellos, los indios que traían a Vaymaca pasaron junto al grupo de don Fru-

tos. Al pasar, con el rostro desencajado, el cacique le dijo al General: "Mira, Frutos matando los amigos".

Esa frase le salvó la vida a él y a sus compañeros; o, para ser precisa, al pobre Perú, apenas le postergó el día y le empeoró el lugar de su muerte (recordarás que fue uno de los cinco que Currel llevó consigo a Francia). Afectado por la queja, don Frutos le pidió a sus perseguidores que les respetasen la vida.

Venado tenía fama de ser el mejor guerrero charrúa y en ese prestigio basaba su influencia que trascendía su tribu y se ejercía sobre toda la nación. Se decía, además, que fue el cacique más amigo de José Artigas quien, envuelto por una situación repentinamente apremiante en el combate de Arerunguá, pudiendo sin embargo escoger sobre qué flanco protegerse, acudió sin demora al amparo de Venado. Gabiano tuvo oportunidad de verlo de cerca durante largo rato esa misma tarde, y no había quedado particularmente impresionado por la apariencia del indio: "para ser charrúa, me pareció bajo, casi tanto como un misionero. Lo ví entrado en años; no le tuve miedo ¡Suerte que no me tocó toparlo!"

Tumbando o sorteando cuanto obstáculo encontró, sin otra arma que sus brazos, Venado no tardó en saltar ileso a su caballo. Es inexplicable cómo don Frutos erró un disparo que efectuó a tan corta distancia. El cacique montó su zaino a la usanza charrúa, cargó su cuerpo a lo largo del costado opuesto a donde estaba la mayor parte de nuestra gente y lo enfiló al monte. Tras él galoparon unos siete u ocho indios. Nadie los detuvo; llegaron a la espesura antes que la caballería de Bazán. Esta proeza me ha importado consignarla por otro motivo mucho más secundario: me consta que el general Antonio Díaz reporta como dos de las bajas más importantes del combate de la Boca del Tigre a Venado y Polidoro. Por lo que venimos de ver no fue así.

Rondó, engeguedado por la cólera o cercado por sus adversarios, no huyó. Dióse por perdido desde el primer momento y, superado el estupor inicial, arremetió tan solitario como el Quijote al grupo más cercano de soldados que encontró. Estos le dispararon sus pistolas y lo hirieron, pero no lo detuvieron. A los dos pri-

meros, la lanza de Rondó, avanzando y retrocediendo, les punzó a uno un muslo y al otro el vientre. El charrúa pisaba el cuerpo de uno de ellos cuando quedó enteramente rodeado. Según Gabiano, las heridas que lo mataron fueron las que le causaron por la espalda.

Un disparo de Bernabé le destrozó a Brown el codo izquierdo, imposibilitándole el manejo de una lanza que ya tenía la sangre del capitán Verdún. Un grito de don Frutos, también le salvó la vida.

No digo que la lucha haya sido pareja, sino confusa, en los primeros tres o cuatro minutos: el tiempo que demoró en llegar el ala izquierda de la caballería de Fortunato. Los indios que se escaparon fueron los que aprovecharon la indecisión del comienzo. “Tuvimos suerte —comentó Gabiano— que en el desconcierto casi todos solo atinaron a fugarse y que el único que le dio por atacar a mansalva, que fue Rondó, estaba lejos de don Frutos, bien pudimos haber perdido al general esa tarde”.

Después, con la caballería dispersando y persiguiendo indios, con el sol todavía bastante por encima del horizonte, mientras los hombres de Salado casi jugaban al blanco con los fugitivos que se apartaban del entrevero, la escaramuza comenzó por fin a ser la fácil matanza que se había planificado.

“Nunca me olvidaré de los alaridos de la chusma —nos dijo Gabiano—. Cuando los ví, las mujeres y los niños parecían ganado de cría, encajonados por los jinetes de Bazán del lado del monte, y por los lanceros del lado del potrero”.

Fue en esa circunstancia, en la que la victoria estaba más asegurada que nunca, que se produjo la única baja que lamentó el Ejército esa tarde: el teniente Obes.

Gabiano lo vio morir. “Fue una de las muertes más extrañas que yo haya presenciado y, en mi vida, he visto unas cuantas”. A unos treinta o cuarenta metros del sargento, apareció de pronto un charrúa muy aniñado. Bajito, esmirriado, pero “peleaba como un leoncito”. Gabiano le adivinó la intención: “Estaba buscando un caballo para intentar huir”. En ese momento, revoleó su

honda y le acertó una pedrada en plena frente a un soldado, dejándolo tendido en el suelo. Ya iba a treparse al caballo cuando, de atrás, un jinete de los nuestros, lo abrazó por las axilas y lo levantó hacia sí, como queriendo reducirlo sin lastimarlo. "Si no, no se explica lo que quiso hacer". Pero el indiecito, levantando sus pies, giró invertido sobre sí mismo, se soltó, se alzó y, sin que Gabiano pudiera captar todos sus movimientos, lo vio de pronto a espaldas de su agresor, montado en la grupa de su caballo y afeerrándole con el brazo izquierdo el cuello, mientras que la mano derecha le extraía de la cintura la daga, y se la hundía una y otra vez, reiteradamente, en los riñones.

Así, se desembarazó de inmediato del jinete y se precipitó al monte en la misma dirección que había elegido Venado. Pero allí se le terminó la suerte que hasta entonces había tenido. Otros jinetes nuestros lo persiguieron y no tardaron en apresarlos. Como les pareció un niño y, en ese momento, no sabían que acababa de matar al hijo de un Ministro, le perdonaron la vida.

"Se llamaba Cordua —nos dijo Gabiano—. Por ser el matador del joven Maximiliano, por unos días fue la atracción de Montevideo. Todos lo querían ver en su celda del Cuartel de Dragones". Por su peligrosidad, no fue dado a ninguna familia. Murió enseguida, de unos vómitos y unos cólicos.

Según estima Gabiano, el combate no debe haber demorado siquiera quince minutos. En ese tiempo no quedó en la Boca del Tigre indio que se resistiera: o estaba muerto o gravemente herido —"con los que rematamos, debemos haber llegado casi a cien"—; o había sido capturado —"los cautivos eran más de trescientos"—; o se había fugado: "No me obligue a hacer ese cálculo, capaz que le miento; por descarte, deben de haber sido más de cuarenta. A lo mejor, cincuenta".

Objetivamente, era un triunfo pero "nadie festejó; nunca ví sobrar más asado que esa noche. Usted no se imagina lo que era el llanto de la chusma". No se los pudo hacer callar. Un coro de trescientos mujeres y niños cantaron, sin descanso, una endecha lúgubre y monótona. "A mí me caía muy mal; me daba cuenta

que no era solo una queja". Al lado del dolor, se percibía, nítido y tangible, un odio suscitado en siglos. "Yo oía clarito una amenaza... una maldición. Y no estaba borracho como el General, que lo único que hacía era sollozar y gritar a cada rato: ¡Bernabelito! ¡Bernabelito, Bernabelitooo!"

\*\*\*

En la misma noche del 11 de abril, Bernabé y el general Laguna planificaron la persecución de las tribus de Polidoro y El Adivino y de los charrúas que habían escapado de la "jarana". Para los dos jefes, el principal objetivo de la persecución era Venado. Al día siguiente, mateando con los suyos, con cara de haber dormido poco, Bernabé les comentaba: "Ese indio viejo nos puede complicar demasiado. Es el único capaz de unirlos y de arrimarse a los misioneros. No hay que darle afloje".

Don Frutos volvió a ser el de siempre recién al mediodía del martes. Fue a esa hora que firmó el parte y dispuso el licenciamiento de las Milicias de Paysandú y el envío de la "*muchedumbre salvaje*" a Montevideo, para convertirla en una "*porción útil de la sociedad y en especial de las familias menesterosas de esa ciudad*". La comitiva salió el miércoles 13, encabezada por el general Julián Laguna, al mando de dos compañías del Escuadrón No. 2 de Caballería.

Ese día, apenas se habían alejado los cautivos, don Frutos comenzó a hurgar en el montón de objetos charrúas que se había juntado, como basural, en la proximidad de una gran roca que simula la cara y el busto de una negra. "Ya estábamos a punto de quemar esa porquería", nos contó Gabiano. El General se puso a elegir con la minuciosidad y la afición de una mujer en una mesa de telas. Separó para sí una lanza, un arco y un carcajo al que llenó de las flechas más prolijas que halló. También seleccionó un buen mazo de hondas de distinto tamaño y un conjunto de boleadoras para avestruces y para caballos. No desestimó un quillapi, bien di-

bujado, pero que estaba ensangrentado, y terminó su inspección, recogiendo una estera de junco.

Miró a su alrededor y encontró a Gabiano. Pensó un instante y le preguntó sonriente: "Sargento ¿cómo anda de ánimo para hacerse un viajecito medio largo?"

Gabiano le contestó: "Siempre estoy para lo que usted me mande, mi General".

Rivera parecía abstraído, como saliendo de una gran fatiga, y sin haberse acomodado —digo yo— a la proporción de las cosas. Como si fuese una idea muy profunda, le dijo a Gabiano: "Para nosotros, los paisanos, estos tarecos jediondos son una porquería, pero para la gente de la ciudad, tienen su valor".

Esa insólita comisión eximió al sargento de participar en el hecho que, por lejos, fue la mayor infamia de la campaña: la matanza de Venado y el resto de sus guerreros. Narbondo siempre valoró entre toda la documentación de Rivera, las cartas que el caudillo le remitiera a Julián Espinosa. Y copió todas las que consiguió. Hubo una esquila que le llamó la atención no por la información histórica que aportaba, sino por sus peculiaridades psicológicas. ¿Qué recias emociones y qué fuertes nostalgias habrá experimentado don Frutos —se preguntaba— para ocurrírsele, a escasas horas de la masacre, pautar su amistad con el envío de unos despojos de la horda exterminada? También te mando copia, en la que no he podido dejar de subrayar ese pedido: "*conserva esas memorias de esa tribu salvaje que ya no existe*". Está datada en el Río Negro, el 15 de abril y el "dador" que se alude, jinete de un tordillo, con una bolsa en la grupa, que trotó despacio, "para reposar la pensadora", no era otro que nuestro sargento Gabiano.

El mismo día que Gabiano partió hacia el Sur, Bernabé salió al mando de una compañía. Unos baqueanos habían regresado y le informaron que habían avistado una docena de charrúas en el arroyo Cañitas; el día anterior, otros le habían traído la noticia dada por dos comerciantes ambulantes, que aseguraban haber

visto a toda una tribu, con sus mujeres y sus niños, muy en lo alto del Cerro Pintado.

Bernabé no vaciló y rumbeó hacia Cañas. Al día siguiente, le descubrieron dónde se escondía Venado. Era un lugar escarpado y sucio que, sin ser inexpugnable, causaría muchas bajas a su gente el pretender atacarlo. Resolvió enviar un tape como emisario ante el cacique y le instruyó plantearle tres preguntas. Primera, si Venado había oído y visto cómo Bernabé intentó evitar el sorpresivo ataque de don Frutos. Segunda, si creía o no que el general Rivera estaba o no borracho cuando echó mano a su pistola. Tercera, si quería o no una paz con el Gobierno que le permitiera reunirse con las mujeres y los niños de su tribu, antes de que fueran llevados y repartidos en Montevideo.

El tape tenía la orden de hablar pausado y tranquilo, serio y sin sonrisas. Cuando terminase de repetir las preguntas, haría una pausa y le expresaría a Venado que si contestaba que no a las tres interrogantes, Bernabé lo exhortaba, en nombre del Gobierno, y le rogaba, en atención a la amistad que habían tenido, que para evitar nuevas efusiones de sangre, vadease el Uruguay o el Cuareim y no pisara más nuestra Patria y que sí, en cambio, respondía afirmativamente, debía también expedirse si estaba o no dispuesto a que Bernabé, solo y desarmado, lo visitase en su campamento, para negociar de inmediato la paz definitiva.

Cuando Fortunato Silva, que oficiaba de segundo, escuchó la última parte de las instrucciones, se opuso vivamente al plan que acababa de improvisar su jefe. Bernabé le contestó con sequedad "No es hora de discutir" y despachó al tape Ignacio diciéndole: "Vamos a ver cuán sobada tiene esa lengua hoy, Sacristán".

Cuando el tape ya había vadeado el arroyo y comenzaba a hablar con los charrúas, algún gesto vislumbró Bernabé que lo esperanzó. Se golpeó la rodilla, apretó satisfecho su puño, sonrió y le dijo a Fortunato: "¡Lo sabía! El Sacristán se defendería hasta en París y Venado no es Polidoro".

Permaneció como estaba: acucillado, con la mano izquierda apoyándose en el tronco de un ceibo y con la derecha garabatean-

do dibujos en la tierra. Volvió a mirar a Fortunato y diciéndole: "Vení", se lo llevó cuidadosamente aparte.

Estuvieron hablando unos diez minutos. Nuevamente irritado, Bernabé se negó a escuchar las objeciones que quiso plantearle Silva. Cerró la conversación, diciéndole: "Estas son órdenes, Teniente".

Alejado Silva, Bernabé no se movió de su lugar, como si ya estuviese desinteresado de lo que estaba ocurriendo del otro lado del arroyo. De pronto, llamó al teniente Labandera, lo que acrecentó el nerviosismo de Silva. La conversación fue mucho más breve y no hubo el menor asomo de discrepancia.

Desde entonces, habrán transcurrido tres o cuatro minutos hasta que regresó el tape Ignacio. "Todo salió como usted quería, Coronel —le dijo—. Venado lo espera. Pero me dijo que le avisara que no confía en usted; que lo va a recibir porque lo necesita para soltar a las mujeres y a los hijos de la tribu. Me dijo que nunca se va a olvidar que don Frutos estaba mamado y usted no. Y terminó diciendo que usted sepa hacer y ordenar como un jefe sabio y prudente, porque al primer movimiento raro que hagamos, a usted lo matan".

Apenas habló el tape, Silva no supo callar: "Bernabé... Coronel... Piénselo bien... Lo van a secuestrar. A cualquiera se le ocurriría eso, para presionar al Presidente. ¡Gran servicio le está usted por hacer a don Frutos!"

"Si me llamo Bernabé, eso no puede suceder; pero si ocurre, el Teniente Silva sabe lo que tiene que hacer: atacar a mansalva; que no quede un indio vivo". Esa fue la respuesta.

Para contarte este episodio, hasta aquí he acudido a lo que el sargento Gabiano le oyera a Fortunato en la noche hace poco aludida. Pero hay toda una tradición que, siendo más confusa e inverosímil en los anteriores detalles que la versión de nuestro capataz, la he oído dos veces: una, en casa de los Valdés; otra, en la de Raña. Aquí, a diferencia de Gabiano, la discusión se prolonga en dos parlamentos que casi seguramente no fueron dichos, pero

que, como suele suceder con las imaginaciones del hombre, merecieron ocurrir.

“¿Quién vale más? —habría preguntado Silva— ¿Un cacique viejo, al que solo le queda una docena de indios para mandar, o un Coronel de la República, que tiene toda una vida y quién sabe qué honores por delante?”

“Si hoy algo valgo —habría sido la respuesta de Bernabé— fue porque nunca me pregunté si mi persona valía más que el deber que cada día me ha tocado cumplir”. Ponerle a mi padre en duda la autenticidad de esa frase, casi sería como negarle a mi madre la resurrección de Cristo.

Media hora después, regresó Bernabé. Aparentemente, su gestión fue exitosa. Todas sus propuestas fueron juzgadas razonables y aceptadas por Venado. Su tribu se sometería a la autoridad del Gobierno y no saldría del territorio que, entre las dos ramas del Arapey, se le asignase; recibiría de inmediato una carta dirigida a don Frutos, donde luego de dejarse constancia de que habían celebrado tal compromiso, se le requería la devolución de todos los viejos, las mujeres y los muchachos cautivos; y, en prueba de la buena fe que se acababa de restablecer entre las partes, Bernabé no solo los acompañaría en los dos primeros días de marcha, para preservarlos de eventuales ataques de las otras partidas que habían sido destacadas por las inmediaciones, hasta tanto éstas fuesen debidamente avisadas, sino que luego, cuando se despidiera, le entregaría a uno de sus mejores Oficiales, el teniente Labandera, para que les sirviera de rehén en el camino y de guía y gestor en Durazno, ante el Presidente. Pero, por añadidura, para que Venado en nada dudase de su amistad, de inmediato quedaría en igualdad numérica, porque despacharía hacia el Sur a su segundo, el teniente Silva, con los cincuenta hombres que representaban la cantidad en la que su tropa excedía a los indios.

Venado lagrimeó al oír las disposiciones de Bernabé. Se levantó y le tendió los brazos, Bernabé recibió en los suyos al viejo cacique. Ambas orillas festejaron con vítores. Cuando le terminó de contar a Gabiano este episodio, Silva le comentó admirado:

“Con un Jefe así, adónde habría llegado la República! ¡El Coronel era un genio!”

Desde ese momento, cerrado el ajuste con un apretado y largo abrazo, Venado se entregó a la confianza de Bernabé y éste a la del charrúa. Durante dos días, indios y blancos cabalgaron juntos, doce y doce, cada uno con sus armas. Interrogado por Bernabé, el indio pasó las horas contando los hechos de su vida.

Al amanecer del tercer día, Bernabé se acercó a Venado, en compañía del teniente Labandera, le entregó la carta y se despidió. Les explicó también que les dejaba víveres en cantidad suficiente como para las comidas de ese día, porque esa noche descansarían en la estancia del viejo Bonifacio Benítez y allí encontrarían charque, yerba y tabaco en cantidad suficiente, “porque con ese amigo nunca nos negamos auxilio”.

Los indios y Labandera sometieron a una angustiosa espera al viejo Benítez, a Fortunato y a los veinte hombres que éste había retenido. Los soldados desde la media tarde estaban encerrados en el galpón de la estancia. El viejo Bonifacio, que se había quedado solo con su capataz, y había enviado a toda su familia, con varios peones, hacia una estancia lindera, se paseaba por el patio, sin ocultar su enojo: “Bernabelito está abusando de mí”.

Los indios llegaron pasada la medianoche. El capataz los recibió como si acabaran de levantarlo. Labandera le pidió que los dejara entrar a la cocina a prepararse algo, porque desde el mediodía no comían. Al entrar, dejó su espada al costado de la puerta, y todos los indios, con la única excepción de un arquero, lo imitaron y dejaron sus armas en el mismo lugar. Apenas se encendió el fuego en el fogón de la cocina, el teniente, quejándose de que no se recuperaba del frío, cerró puertas y ventanas. “Ahora tenemos que calentarnos por dentro”, les dijo y la indiada se refregó las manos cuando vio que comenzaba el reparto de aguardiente y tabaco. Apenas encendido el cigarro, Labandera frunció un instante el ceño y les dijo “Me disculpan un momento”. Al salir, pisó el cigarro —que era la señal— y apuró silencioso el paso, en dirección al retrete.

Fortunato y sus hombres rodearon por entero la cocina. Se arrimaron a las aberturas y con las carabinas hicieron una primera descarga. Después repitieron la maniobra con las pistolas. La puerta, a la que habían puesto una tranca, parecía que se iba a deshacer. Efectuaron una tercera descarga y el clamor que era lo único que escapaba de adentro menguó muy considerablemente. Ya no parecía que la tierra temblaba. Pero el olor a pólvora seguía sofocando. “Era —dijo Fortunato— como si estuviéramos en la boca del mismo infierno y debiéramos contener a una legión de demonios”. Recargaron las armas y efectuaron sucesivas descargas. Ya se veía que las huestes celestiales conseguirían preservar la seguridad de la tierra. A los alaridos no tardaron en sucederlos débiles quejidos y hasta se podía escuchar los estertores. Las maderas de las aberturas no recibieron más golpes. Los soldados forzaron con precaución una hoja de una ventaja. “El pobre indio me ganó muy bien el cuero —se quejó Fortunato—. No lo ví moverse a él, que estaba caído cubierto por uno o dos cuerpos. Lo que ví fue el bulto de la flecha que venía hacia mí. Como no tuve tiempo de calcular la velocidad, me dí por muerto. Pero no sé si porque el indio que tenía encima lo entorpeció o porque ya no tenía fuerzas, la flecha apenas alcanzó la pared, bastante por debajo de la ventana, a juzgar por la marca que dejó”. De inmediato, sonaron como seis disparos. “Igual no había peligro, ya no tenía flechas a su alcance”. Cuando abrieron la otra hoja, las contaron. Había cinco flechas incrustadas en las maderas. Pocas o ninguna escena encontraremos, Federico, que nos visualicen mejor que ésta la encrucijada en que se hallaban los charrúas. Apretados entre muros, apuntados por enemigos impunes, encerrados sin salida, carentes de más recurso que arcos y flechas.

Desde las aberturas, Fortunato vio que dos o tres cuerpos se movían convulsos. Les tuvo lástima, sacó su daga y enfiló hacia la puerta, asiendo de un brazo, al más joven de sus soldados, para que “se hiciera a las cosas de la guerra”. Los despenaron.

“Hay que ser civilizados —les decía Bernabé— Nunca hay que estirar sin razón el sufrimiento de los otros”.

Entre las copias que te envió, te recomiendo una carta, sin datar, que Bernabé le remitió a don Frutos. Yo la había leído hace unos cuantos años y la recordaba en casi todos sus detalles. No es un parte, no consigna ningún hecho importante. Si no fuera por su afirmación final, te apostaría que jamás será referida en un texto de historia.

Sin embargo, la destaco entre todos los otros escritos de Bernabé porque, en varios detalles, deja escapar aspectos poco advertidos de esa interioridad que tan celosamente escondía.

Es una de las varias misivas dirigidas al Presidente, en la que lo saluda o se despide tratándolo de "*hermano, compadre y amigo*"; sin embargo, dentro de las que ha recopilado Narbono, es la única en la que alude a María Luisa y lo hace con una fórmula que, por el diminutivo, parece muy tierna pero que termina impresionándome como morbosa y aniñada: "*madre hermanita*".

La referencia inicial ("*hace diez días que me hallo en la costa del Arerungú*") y la queja de que los vicheadores enviados a tantos puntos siempre han vuelto sin hallar "*ni rastros de los salvajes*", le han permitido a Narbono sostener que la carta fue escrita a mediados de agosto de 1831, días antes de la acción de Matajo, que, aunque poco nombrada, fue tan cruenta como la de la Boca del Tigre. Su primogénito, Antonio Fructuoso, tendría por entonces menos de tres meses. Y al padre, el gobierno de su tío abuelo y padrino, lo había sacado del Durazno en los últimos días de junio.

Este habrá sido, sin duda, uno de los factores que mellaron el ánimo de Bernabé cuando escribió la carta. Lamento no haber tenido acceso a la correspondencia que mantuvo con su esposa: la brasilera Manuela Belmonte, que según tía Emilia era bellísima. Creo que ante ella, en el mismo correo, Bernabé debe haber desnudado mucho más su ánimo.

Durante todo julio y los días que hubieran corrido de agosto, había vivido semanas que alternaron movilizaciones, búsquedas

y esperas vanas. Para colmo, una lluvia incesante y ventosa, hacía cruel la vida en descampado, dando una pequeña e insignificante ventaja a las acosadas hordas de Polidoro, Juan Pedro y El Adivino. *"Los arroyos están por acá como mares y usted sabe lo malísimos que son en este tiempo; así es que nos hacen un mal grandísimo porque ni podemos estar muy ocultos, ni los vicheadores pueden andar con tanta seguridad desde que no tienen más abrigo que el campo raso. Antes de ayer hemos corrido un riesgo regular, porque en un paraje que por su altura parecía imposible que llegara el agua, fue tanto lo que llovió que por una cañadita seca, en pocos minutos se nos presentó un río de más de cuatro cuadras. Costa le pintará mejor que yo los apuros en que nos vimos, pues yo no puedo hacerlo, porque hasta ahora me dura el susto"*.

Sé que es mucho decir, pero Bernabé excedía a don Frutos en el afecto por los caballos. Los cuidaba obsesivamente, casi más que a sus hombres. Es raro encontrar un parte o un informe suyo en el que no se refiera al estado y cantidad de su caballada. Cuentan en casa que no ocultaba su desdén por las otras armas: "En nuestro país —decía— no es muy necesaria la infantería y, casi siempre, los cañones solo sirven para entorpecer la marcha. La patria la hicimos a caballo".

Por eso, le escribe a su tío: *"Mucho le recomiendo que cuando escriba al general Laguna le ordene que no deje de proporcionarnos los caballos que se puedan reunir, porque es lo que más necesito; hoy me han mandado cuarenta y uno, y están peores que los que traje del Durazno"*.

En otra carta, escrita a don Julián, enviada pocos días antes, cuando todavía estaba en Cañas, puntualizaba: "Repito al señor general que estoy muy falto de caballos". Y de inmediato, hablando del mismo tema, dejaba suelta la punta de otro de los cabos que, sin duda, le estaban maniatando su habitual entusiasmo. Se quejaba del escaso apoyo de los vecinos, de los que aguardando que *"para un objeto que les (era) de tanto interés, no se excusarían de auxiliarnos del mejor modo"* apenas pudo obtener *"trein-*

*ta y cuatro caballos''. Se encarnizó especialmente con ''el socio o encargado de la Estancia de don F. Fiallo, porque teniendo más de trescientos caballos, según voz general, solo ha dado cinco que para nada sirven''.*

Sabés bien que Narbondo solía cultivar de tanto en tanto un cinismo entre frívolo y dolorido, muy a lo Maquiavelo, con el que mantenía a raya a su lúcida mala conciencia. Recuerdo que cuando me leyó este pasaje, me comentó: "Al pobre Bernabé le faltaron, sin duda, unos años para darse cuenta de que los señores, cuando se acercan los sirvientes con la escoba, sólo acostumbramos a levantar los pies. Don Frutos no hubiera gastado tinta en esas quejas de retobado. Nos conocía bien y, aunque nos quería bastante poco, era suficientemente bicho como para pensar dos veces antes de patear contra el clavo".

Recapitulo: lluvia, cansancio, incertidumbre, frustraciones, soledad, falta de apoyo. Comienzo a preguntarte: ¿Qué podría estar pensando ese hombre, cuando escribía la carta a su tío y Presidente? No te olvides que antes de desatarse la campaña contra los charrúas había abogado, casi hasta último momento, a su favor.

Ten en cuenta, también, que en esa misma carta se compadece de otros indios, los misioneros, y los llama los "*infelices*" de Bella Unión. ¿Qué sentido podría encontrarle, cansado, solo y desencantado a una persecución interminable y bajo agua, yendo y viniendo por lugares cuyos nombres no parecen elegidos por el azar: Mataojos, Mata Perros, Sierra del Infiernillo, Cerro de la Sepultura? Ya nadie clama porque se mate o capture a los indios: en los hechos, los hacendados han denotado que valoran más los caballos que tendrían que dar que los cueros de vaca que pudieran perder. Solo queda pendiente una orden del Gobierno, pero los jefes están lejos y su apoyo no es suficiente. ¿Qué estará por escribir Bernabé?

Me hubiera gustado dejar libre tu imaginación. Pero lo más cruel de la realidad es que mutila todas las posibilidades y escoge una sola. Pues bien, amigo Federico, no te demores que no creo

que aciertes con lo que pasó por la cabeza de tu héroe un segundo antes de las ternuras postreras de los saludos a sus seres queridos:

*“Creo innecesario pintarle el gran interés que tomo en la conclusión de los infieles. Sé el gran bien que resulta al país exterminándolos y esta sola idea me hará no omitir sacrificio alguno hasta ver si lo consigo”.*

Lluvia, arroyos como mares, viento, frío, soledad, cansancio; una mujer hermosa y el primer hijo recién nacido en el Durazno: “¡Vamos, muchachos!... ¡No aflojar! ...¡Ya los tendremos a esos perros! ¡Ya los tendremos!”.

Desde cierta perspectiva, muy extendida, la vida le recompensó su tenacidad. Hoy, los que el cura de Bella Unión dio por reconocidos como sus restos, reposan en el Panteón de los héroes. En cambio, el socio del señor Fiallo, muerto probablemente unas cuantas décadas después, jamás tendrá un mausoleo que llame al interés de los visitantes del Cementerio Central. Es obvio que sus hijos conservarán el recuerdo de su rostro y lo habrán sucedido, con o sin conflicto, en las seguridades que solo aporta un satisfactorio acervo. Pero también es sabido que esas ventajas resisten menos que los huesos y el mármol el paso de los años. De ese habilitado de nombre desconocido, nunca se ocuparán las ilustres y esclarecidas páginas de “El Indiscreto”.

¡Dele, Bernabé! ¡No afloje, Coronel! ¡Persígalos, por el bien de la patria! ¡Deles paz a nuestros hacendados! ¡No afloje que ya los tiene! Ya los tiene... Ya los tiene a esos perros. ¿Quién ha podido con usted, Bernabé?

\*\*\*

Siete días después de esa carta de agosto de 1831, la nación charrúa sufrió su segundo y definitivo golpe, al que juzgo como mucho mas demoledor que el de Salsipuedes, que tanto le aventaja en celebridad. Las bajas podrán parecerle bastante menores a las que hubo en abril, pero desde Mataojo solo quedó una peque-

ña tribu sin posibilidades de crecimiento y sin otra alternativa que la fuga perpetua. Fue recién allí que los charrúas perdieron todo futuro como grupo étnico. Perdieron quince hombres, entre ellos dos de sus tres caciques, y se les capturaron más de ochenta. Supongo que, como siempre hizo, Bernabé, antes de contar los cadáveres y los presos, dispersó partidas y mandó interrogar sobre el número de fugitivos. Por lo menos, lo asentó en el parte: *"han escapado dieciocho hombres, ocho muchachos de siete a doce años, y cinco chinas de bastante edad"*.

En la barra del Mataojo con el Arapey grande, el 17 de agosto de 1831, los charrúas se quedaron casi sin brazos, prácticamente sin relevo inmediato y sin vientres. Mejor hubiera sido que entre esos sobrevivientes no hubiera figurado un cacique y más aún que éste no se llamara Polidoro, pero casi nunca se puede desatar por entero los nudos que enredan la vida y la muerte.

Los detalles del episodio son aún más escurridizos que los de Salsipuedes. Los documentos son parcos. El parte, demorado hasta el 23 de agosto, fue redactado por Bernabé y se limita a resumir los hechos: su ubicación geográfica, el resultado de las operaciones y los ocho oficiales que se destacaron en esa encarnizada persecución *"por lo más espeso de la montaña"*.

La prensa no le dio al combate demasiada resonancia. La oposición no tenía interés en destacar lo que no dejaba de ser un triunfo del gobierno y el oficialismo guardó una muy contenida medida. Así como antes silenció la muerte de Venado, al que ya se había dado por caído en Salsipuedes, no concedió relieve al hecho de que hubieran muerto otros dos caciques de mucho menor significación.

Entre los documentos públicos y privados, hay otra carta del maestro Catalá que merece tu atención. Está fechada en Paysandú el 23 de agosto y vibra de entusiasmo desde las primeras líneas; comienza como una proclama: *"¡Viva la Patria! ¡Viva el coronel Rivera!"*. Agrega un dato capital, soslayado por Bernabé en su parte, y confirmado por la versión de oídas que me repitió

Gabiano: el ataque fue "*por la madrugada*"; magnifica el número de prisioneros, llevándolo a ciento veinte; y culmina con este parabién: "*Sírvase dar de mi parte la enhorabuena a nuestro amigo, el señor Presidente, para quien debe ser esta noticia muy satisfactoria, porque la existencia de ellos era un volcán contra su crédito y persona. Eran estos charrúas un campo de asilo para los malvados y asesinos y ladrones y enemigos personales de su Excelencia. Eran, en fin, una fuerza que, según rumores, se pensaba hacer servir para derribar las autoridades constituidas. Ya se le ha acabado a los enemigos de la actual administración la cantinella de los charrúas. Veremos cuál otra inventan, porque quietos no se han de estar*".

No la he exhumado, sin embargo, del botín de copias que Narbondo obtuvo de sus pacientes incursiones en el archivo personal de don Gabriel Pereira, por lo que vengo de transcribirte sino, fundamentalmente, por un pasaje muy intrigante: "*Seis indios que habían escapado de la refriega los hizo buscar por el cacique Polidoro quien los trajo al instante. Ni uno solo ha escapado del lazo maestro que les armó este experto jefe*".

Despacito, Federico, y por las piedras.

Una mentira del maestro puede advertirse en el examen más superficial. El propio parte de Bernabé cuantifica, como vimos, treinta y un fugitivos, y hasta los discrimina prolijamente por categorías.

¿Pero esta falsedad nos habilita, de por sí, para descartar la primera parte de su testimonio? Narbondo me porfiaba que no. Aducía que era una mera inexactitud en la estimación de cantidades; una exageración en la que el maestro, recién informado, incurría en su arrebatado encomio. A su juicio, nadie podría negar que Catalá se había equivocado, pero tampoco yo podía pretender que ese yerro trasuntaba el afán de mentir. "Una sola mentira —concluía— afecta la credibilidad total de un testimonio, pero una equivocación parcial no permite deducir la falsedad de todas las demás aseveraciones".

Dos preguntas quedan, entonces, pendientes: ¿cuál fue el la-

zo maestro" que tendió Bernabé? ¿Era el cacique Polidoro un traidor?

Lo que le oyó Gabiano a Fortunato Silva, permite contestar la primera pregunta. Más que Bernabé, fue el Vaquero Lorenzo González el autor de la celada.

Bernabé lo había aceptado, superando apenas dudas y recelos que resultaron transparentes. Lo sabía distanciado de don Frutos, por cierto negocio de cueros, pero toleró su presencia en la milicia de cuarenta hombres que llegaron desde Paysandú, porque era uno de sus principales oficiales y porque, yendo contra la corriente de desánimo general, se mostraba excepcionalmente dispuesto. Se jactaba —y nadie se lo podía discutir— de que era el mejor conocedor de la zona. En una carta del 15 de agosto, Bernabé le dice al general Laguna: *"Ayer ha salido el Vaquero, con cuatro hombres, me ha prometido encontrarlos y creo que lo hará. Usted sabe que es alarife para este tipo de correrías"*.

No sabía Bernabé que esa misma noche llegaría el Vaquero armando antes de desmontar, según contaba Silva, "un pamentito bárbaro". Se quejó que acababan de sufrir, con el Rubio Márquez, el mayor riesgo de sus vidas. La partida había llegado al Matajojo grande y se había dividido en dos: Lorenzo y el Rubio se habían dirigido hacia la barra y los otros tres habían marchado en dirección contraria. No entraron en el monte; lo orillaron por el descampado. De pronto, cuando ya estaban muy próximos a la desembocadura, se toparon, a su derecha, con los charrúas. El Vaquero juzgó que si retrocedían o torcían el rumbo eran hombres muertos. Juntó el poco resto de corazón que le quedaba y enfiló recto hacia ellos, al trote, haciéndoles señas no muy ostensibles y mirando hacia los costados para fingir que vigilaba que ningún otro vicheador avistaba sus movimientos. Confiando ciegamente en él y sin entrever ninguna otra alternativa, lo siguió muy callado el Rubio Márquez.

"Si hubiera sido otro el que se topaba con la indiada —comentó— creo que no sale con vida, porque no se anima a encararlos o

porque no los convence o porque no sabe aprovechar la suerte de reconocer a Polidoro”.

Manso, clavó sus ojos —que te pido que imagines bizcos— en Bernabé:

“Polidoro sabe que don Frutos y yo no nos damos y hasta conoce la razón. Le hubiera costado entender por qué yo estoy aquí. Antes de que me lo pregunte se lo voy a decir, Coronel. La gente del Entre Ríos y Corrientes, con la que yo trabajo, está harta de este lío. No volverán los tiempos viejos, pero tendrán que venir otros mejores que éstos. Hay que ayudar a que se termine este alboroto. Es bien desparejo, no se puede dudar del resultado. La indiada nos sirvió pero está frita. Pensamos como usted: desde que se empezó a liquidar a los charrúas no quedó otra salida”.

“No me gustan los hombres demasiado sinceros —dijo Fortunato que contestó Bernabé— porque también los Rivera, a veces, hemos tenido que ser demasiado sinceros”.

El Vaquero refrenó una contestación, pero no apartó los ojos del Coronel. Al final, respondió “Una cosa le voy a decir: los indios están en el monte del Matajojo, casi en la barra, y los dejé creídos de que yo lo voy a llevar para otro lado. Y una cosa le pregunto: ¿me quedo o me voy?”.

Bernabé le respondió:

“Una cosa te digo: te voy a hacer caso. Y otra cosa te contesto: irte, no te vas. Vos elegí”.

El 16 de agosto comenzó con la rutina de todos los días. Bajo lluvia, salieron bomberos hacia diversos puntos. Lorenzo, con el Rubio Márquez, Fortunato, Esteban Colman y otros dos hombres de la confianza de Bernabé, partieron hacia la sierra del Infiernillo. A las dos de la tarde, regresaron al campamento y Bernabé, con la casi totalidad de sus hombres, fingió reemprender con ellos el mismo camino. Al anochecer, enderezaron el rumbo hacia el Matajojo, atacando en la madrugada.

“Tal como lo habían dicho el Vaquero y el Rubio, los indios estaban peor que nosotros”. Agotados, enfermos, mal alimentados, adormilados, la mayoría de ellos sin caballo y entreverados

entre sus mujeres y niños, casi no presentaron resistencia. Confundidos y rodeados por todos lados, no atinaron siquiera a huir. "Los sorprendimos y los arrasamos. No nos causaron ninguna baja".

Esta vez, El Adivino, que la noche antes había delirado de fiebre, no hizo honor al nombre; y a Juan Pedro, lo decapitó de un solo envión del sable, el propio Bernabé. Pero volvió a escapárseles Polidoro que la tarde anterior había deliberado con su tribu y cedido a la insistencia del cabo Joaquín, un charrúa que había desertado del Escuadrón de Bella Unión, días después que se enteró de la masacre de Salsipuedes. Contaban los cautivos que Polidoro, luego de discutir con Juan Pedro y un hijo de El Adivino, vadeó el Mataojo y se fue hacia el Norte.

La segunda pregunta, la atinente a la inocencia de Polidoro, me arriesgo a contestártela con toda convicción: me consta que el cacique no fue un traidor a su raza y que, por el contrario, representó la última esperanza real de supervivencia de los charrúas. Si los demás jefes hubieran emulado su prudencia, habría habido seguramente otras matanzas, pero la Boca del Tigre y Mataojo designarían hoy a dos fracasos totalmente olvidados por la historia.

Narbondo, hombre exacerbadamente desconfiado como todo cínico, no fue de mi parecer y se refugió, durante mucho tiempo, en la frase escrita casi al pasar por Catalá.

"La suerte nunca es tan generosa, Josefina —me advertía— y que te lo diga el pobre y tan meritorio Adivino. Que una vez se haya salvado, vaya y pase, pero que siempre escapase, sin correr siquiera el riesgo de una refriega, no me lo trago. Prefiero creer en tu Providencia, que en la inocencia de Polidoro.

En vano porfié que las actitudes de Polidoro, previas a los dos episodios, jamás coadyuvaron, bajo perspectiva alguna, a los planes de don Frutos. Fue a una tapia a la que le pregunté: "¿O creés que podía convencerlos diciéndoles, en abril, «vayan que yo me quedo» o, en agosto, «quédense que yo me voy»?"

Al rato, se me contestó: “No creo que esas evasiones solo deban ser explicadas desde la perspectiva de su complicidad en la preparación de Salsipuedes y Mataojó. Por ejemplo, a título de hipótesis, yo puedo imaginar una relación singular —de afecto o gratitud— con los Rivera, que los llevaba a estos a preservar la vida del indio y a confiar que, en retribución y como conservación de la seguridad futura, no pondría en sobreaviso al resto de la indiada”.

Se me insistió: ¿Quién te dice que este Polidoro, de nombre tan extraño para un indio, no fuera realmente un buen bicho, que supiera mantener a su tribu al margen de los desmanes del resto?”.

Nada lo complacía más a Narbondo que escucharse razonar: “¿Has pensado, Josefina, que don Frutos era dueño, por esta zona, de grandes extensiones de tierra? ¿Sabemos nosotros cuál era el asentamiento predilecto de Polidoro y su tribu? ¿Qué elementos tenemos para descartar, de plano, la posibilidad de que entre el General y el cacique, se hubiera entablado una relación similar a la que ahora vemos entre don Higinio y Sepé? ¿No se le ha metido en la cabeza a tu padre que Polidoro y Sepé, un indio tan payaso y tan zorro, son la misma persona?”

Encendió su pipa, asintió sonriente a lo que le dictaba su payador interior y me dijo: “A mí me dice mucho ese nombre: Polidoro. ¡Po-li-do-ro! Jamás lo hubiera imaginado en un indio. Entiendo que Brown y Rondó hayan elegido esos nombres de guerreros importantes, aunque es curioso que un indio de tierra adentro admire a un hombre de mar. Por otra parte, no me asombra que gente nacida y criada en estos pagos, aunque nunca haya salido de ellos, se haya dejado cautivar por las resonancias de apellidos irlandeses o franceses. Debe ser algo así como un instinto que se respira en estos aires. El caso de mi tocayo Juan Pedro, es también explicable: quizás fue cristianizado un 24 o un 29 de junio; me inclino más por la primera posibilidad, porque de lo contrario el cura lo hubiera llamado Pedro Pablo. Pero ¡Polidoro! ¿Quién le habrá elegido ese nombre? Dudo que haya sido él. No conozco a

ningún varón de nuestro tiempo que cargue con ese nombre: ni aun los hijos de masones brasileiros. No figura en el Santoral y está enterrado en los más recónditos segundos planos de tan solo dos épocas: la Grecia antigua, casi mitológica, y la Italia del Renacimiento y del Barroco. Polidoro pudo llamarse un rey de Tebas, un escultor de Rodas, un personaje de la *Commedia dell'Arte*, un arquitecto de Cremona, un filósofo de Urbino y hasta serviría como nombre de bautismo, cuidadosamente ignoto, del Caravaggio. Pero un charrúa... ¡un charrúa! la peor especie de indio que parió América, la más hedionda y holgazana, acceder a nombre tan sutil y erudito! ¡Solo en esta República del disparate puede darse un caso así!"

Como siempre sucede en este país, las mil y una bizantinas razones que Narbondo ensayó para demostrarme que no eran perceptibles en la afirmación de Catalá "contradicciones intrínsecas o extrínsecas" que viciasen su testimonio, se vinieron al traste apenas se capturaron otros datos de la realidad.

Hubo un día —cuya evocación no demora— en el que la supuesta connivencia entre Polidoro y los Rivera quedó definitivamente descartada. Narbondo aceptó con su habitual elegancia la derrota, pero cuidó su retirada: "Por lo menos no negarás que dije unas cuantas cosas inteligentes". Y se quedó conforme.

La realidad era mucho más sencilla. Cuando casi al final de nuestra larga conversación, le pregunté a Gabiano si había oído hablar de que Polidoro hubiese sido un traidor, me contestó:

"¡Si lo habré oído! Los propios indios capturados en el Mataojo, no se cansaron de comentarlo mientras estuvieron en el Durazno".

En un fogón, el propio Gabiano le repitió el comentario a Bernabé y éste le respondió:

"Siempre pasa eso. El otro se avivó tarde, pero se avivó y les avisó. Pero ahora el único culpable es él".

Cuando le devolvió el mate, le advirtió:

"Pero dejalo así. ¡Al contrario! ¡Hay que repetir ese comentario! Como es el único gran cacique que les queda, hay que ensu-

ciarlo todo lo que se pueda”.

Por este rumbo mucho más sencillo, se llega a la explicación que tan elocuentemente fingía buscar Narbondo. Solo la incompreensión de los suyos y la malevolencia de los nuestros dieron pie a esa tradición absolutamente infame. Sinceramente, quisiera librar a Polidoro de toda llama, pero me asiste la convicción de que jamás le pudo ser asignado el círculo de los traidores.

La discusión con Narbondo, aunque ociosa, no me fue estéril. Me movió a indagar a Gabiano y, gracias a esas preguntas, me tope con este comentario:

“Mire, señora. Usted sabe que yo conocía bien al Coronel. Le aseguro que si le hubieran dicho: «por la cuchilla de Yacaré-Cururú andan unos charrúas» la historia hubiera sido muy otra. No habría desdefiado el dato, pero no hubiera salido enseguida a perseguirlos. Veníamos muy garreados. Y él cuidaba a su tropa tanto como le exigía. Pero ahí está, señora, la importancia de cómo se dicen las cosas. Al comentarle: «El que anda escondido por Yacaré-Cururú es el cacique Polidoro», lo zumbaron igual que se zumba a un perro. Yo lo miraba y no lo creía. Desde ahí hasta el final, quedó frenético. Yo nunca le había visto perder el tino”.

El militar claudicó. Toda su mente quedó nublada por la pasión del cazador. La presa que se le había escapado por dos veces, estaba a su alcance. No había que concederle la más mínima posibilidad de una tercera fuga. La persecución tenía que iniciarse cuanto antes.

Es el último esfuerzo; después vendrá el descanso en el Durazno, con Manuela y los dos hijos, las felicitaciones de don Frutos y la satisfacción de la misión definitivamente cumplida. Hoy, antes del mediodía, ya no quedarán infieles sin reducir en los campos de la Patria.

“¡Vamos, muchachos! ...¡No me aflojen!... ¡Ya los tenemos a esos perros! ¡Ya los tenemos!”

¡Dele, Bernabé! Exija a sus hombres. ¡No les afloje, Coronel! Ya lo tiene a Polidoro. Ya lo tiene y esta vez no se le escapará. Porque hasta hoy ¿quién ha podido con usted, Bernabé?

\* \* \*

Me has pedido también que te escriba sobre Sepé, el último cacique charrúa, porque te han dicho que fue él quien diera la orden de que se ejecutara a Bernabé.

Yo lo conocí personalmente; lo ví unas cuantas veces cuando mi familia se trasladaba a nuestra estancia, lindera con la de Gauna. También oí muchos cuentos sobre él y su gente. Los hombres de casa frecuentaban la pulpería que Christy y Dutilh tenían muy cerca del casco de "El Duraznal", la estancia que don Higinio Gauna arrendaba a su cuñado José Paz Nadal. En algunas horas del día Sepé era una presencia infaltable en el comercio. A unas ocho cuadras, cuando comenzaba a crecer, entre el monte y las rocas, el cerro que hoy llamamos de los Charrúas, se levantaba su toldería.

Eran seis o siete no sé si llamar ranchitos o carpas: un ramaje arqueado como toldo de carreta sostenía a pieles de yegua cosidas una con otra; el suelo estaba carpido de malezas y apisonado y, por todo el perímetro de cada tienda, habían cavado una zanjita ancha y no muy profunda que sangraba, por tres o cuatro bocas abiertas en su parte inferior, siguiendo la todavía suave pendiente del cerro.

Adentro tenían muy pocos enseres: unos precarios utensilios de cocina, las armas y dos o tres lechos de paja seca, que renovaban cuando se humedecían. También recuerdo que el toldo de Sepé, compartido con dos de sus hijos, Avelino y Santana, estaba bastante separado de todos los otros, a unos quince o veinte metros más arriba.

Sepé siempre andaba semidesnudo, fuese invierno o verano. A diferencia de los otros indios que en ese aspecto se estaban cristianizando cada vez más, odiaba la ropa de blanco. El decía que le

molestaba —“ropa me ata”— pero tengo mis razones, que superan el grado de la mera intuición, para suponer que su adhesión se arraigaba más hondo. Una camisa, unas botas o un sombrero le parecerían una apostasía a su pueblo. Lo que importa es que en toda la zona ha quedado el recuerdo de Sepé caminando descalzo en la helada sin otro abrigo que una tanga de bayeta y el grosor de la piel de sus plantas, una octogenaria superposición de estratos de callo y mugre, tan recia, gruesa y dura como la mejor suela.

En sus últimos años, cuando la viruela y la leva se sucedieron para dejarlo absolutamente solo, se lo veía en los días de intenso frío con un viejo quillapi de piel de guazubirá que había pertenecido a su hijo predilecto: Avelino, quien dicho sea de paso, sobrevivió al sitio de Paysandú y ahora, según me han dicho, está establecido, casado o rejuntado con una cristiana, al sur del departamento, en costas del Río Negro, bastante cerca del poblado fundado por el Goyo Jeta.

Mi padre, que siempre presumió de conocedor de las naciones indias, sostenía que Sepé era un genuino ejemplar charrúa o minuano, muy distinto de los tupí-guaraníes que son más bajos y esmirriados. Esta puntualización puede importar porque su nombre lo vincula, como verás, con uno y otro pueblo.

Lo que puedo asegurarte es que Sepé, aún en su vejez, impresionaba por su fortaleza física y por la vivacidad de su temperamento. De estatura mediana —apenas sobrepasaría un metro setenta— de piernas cortas y carnudas, algo chueco, tenía una apariencia medio simiesca, sobre todo por la longitud de los brazos que casi le llegaban al primer tercio de los muslos. Ancho de hombros y de pecho saltado, apenas tenía cuello, por lo que también tenía algo de toro.

Nadie puede determinar en qué edad murió. Se jactaba de haber acompañado a Artigas desde la época en que don José era contrabandista y de haberlo despedido la última vez que cruzó el Uruguay. Si nació el siglo pasado y murió en 1864, presumo que superó largamente los ochenta años. Pero como nunca sufrió los estragos de la vejez y parecía eterno, no puedo arriesgar un cálculo.

lo que esté libre de una gruesa equivocación. Siempre trepó a Viguá, su tordillo, saltando: en los últimos tiempos, necesitó apenas un fugaz apoyo de su mano en el espinazo del caballo. Su pelo grueso y duro como crin, que le poblaba copiosamente la cabeza y que le dibujaba, con unos pocos trazos rebeldes, unas cejas hirsutas, era renegrido, sin una cana.

Su habitual semidesnudez dejaba a la luz del día una innumerable cantidad de lanzazos, sobre todo una cicatriz que tenía por encima del ombligo y que, cuando reía, parecía acompañarle la carcajada; y había otras, que eran muchas más, que denunciaban la punta de un facón o la zarpa de algún bicho deslizándose en rectas paralelas u oblicuas a lo largo de los brazos, del tronco o de las piernas. Inicialmente, yo creía que cada una de esas viejas heridas, con sus colgajos o incisiones, era el rastro de una vicisitud en la que el indio apenas se había salvado de la muerte.

Después me enteré que la mayoría de las heridas se las había causado él mismo. Cuando murió doña Leopolda, la madre de su protector, don Higinio Gauna, ví a Sepé presentarse en el casco de "El Duraznal", cubierto de tajos trazados superficialmente en la carne viva con tosca simetría. Una estaca le atravesaba el brazo izquierdo, casi rozándole el húmero. Se sentó al lado del aljibe y permaneció horas en silencio compungido. Solitario, casi desnudo, cubierto de llagas, mugriento y rodeado por la indiferencia de casi todos los presentes, era la encarnación de Job. Solo le faltaba gemir, tirarse polvo encima y mirar iracundo a los Cielos, aunque también le sobraba un bolsito de cuero, repleto de huevos crudos de perdiz, a los que periódicamente cascaba golpeándolos contra su puño izquierdo y luego abría encima de su boca para engullirlos enteros, sin paladearlos. Aunque no pudo explicarme su significado, mi padre me aseguró que esa colación también integraba el rito charrúa del duelo.

Fue recién entonces, en enero de 1860, que tomé muy tardío conocimiento de la costumbre de la autolaceración: ante toda muerte de un ser querido, los hombres se tajeaban con sus cuchillos, se atravesaban piernas o brazos con maderas punzantes,

y las mujeres se cortaban una falange de sus dedos. También entre los indios, como ves, nosotras llevábamos la peor parte. Mamá aseguraba que cuando le fue entregada para su crianza María Lorenza, quien fuera una de sus mejores sirvientas, su madre conservaba enteros apenas tres dedos: los dos pulgares y el índice de la mano derecha.

Sepé casi no hablaba el español; lo entendía a la perfección, pero lo soslayaba en el grado máximo que le permitieran las circunstancias. Enhebraba con una entonación gutural el menor número de palabras posibles. Como los bohemios, tuteaba a todo el mundo. Salvo su célebre grito de guerra, hablaba con voz muy baja. Si estaba lejos de su interlocutor prefería caminar hacia él que subir el tono de voz. Ese comportamiento era constatable en todos los charrúas; del mismo modo, si se les hablaba fuerte, se ofendían y —según el grado del enojo— se hacían los desentendidos o se retiraban. Al menos la gente de Sepé, mientras estuvo en campo de Gauna, no protagonizó ningún hecho de sangre. Únicamente constituían un peligro para los vacunos o las yeguas, porque nunca se los pudo convencer de que las reses eran susceptibles de propiedad. Solo respetaban a los caballos, pero como consumían según su necesidad, y preferían las carnes de otros animales (jabalíes, ñandús, tatúes), don Higinio les toleraba las carneadas, porque en aquellos tiempos difíciles, más que de mano de obra gratuita, le servían como una temible guardia personal que, con su sola presencia, disuadía al malevaje.

Sepé no pasaba por alto las ofensas. Todo aquel que fuera indiferente a algún pedido suyo o se extralimitase en las burlas, era para siempre ignorado por el indio, que desde entonces fingía no verlo ni oírlo. Está muy extendida la creencia de que los charrúas eran tristes y taciturnos, sobre todo en Montevideo, que solo los recibió cautivos hace medio siglo atrás. Tanto es así que temo que cuando alguien se decida a escribir sobre ellos, les pinte un alma enfermiza.

Sepé, en particular, era pícaro y dicharachero. Con todos los poros de su ser abierto a los grandes y pequeños gozos de la vida,

era un indio borracho, glotón y amante de todo ejercicio físico. Recolectaba miel silvestre de los camoatíes, la mezclaba con yuyos, brotes y agua y la dejaba fermentar. El producto era un licor fuerte y dulzón, al que el sargento Gabiano le tomó el gusto, al punto que luego lo preparaba para sí mismo. Yo llegué a probarlo y te aseguro que era un brebaje de color barroso y de un sabor áspero y quemante, con un dejo asqueante, irreductible a litros de agua. Entiendo, pues, que Sepé y los suyos se desviviesen por la caña de La Habana que servían en la pulpería.

La gula era otro pecado capital del cacique. Pero, a diferencia del alcohol, solo muy de tanto en tanto se atiborraba de comida. Hay un detalle significativo: jamás vendió las exhibiciones de los suyos por comida; los diversos precios fijados eran siempre garrafas o vasos de caña u otra bebida fuerte. Sin embargo, estaba pendiente de toda fiesta o banquete que se organizase en la zona y hasta en la propia Villa, y concurría a ellos, estuviese o no invitado, si el dueño era de su confianza. Uno de los recuerdos más lindos que conservo de mi juventud son los desfiles que acá se organizaban todos los 18 de julio. Participaban no sólo el regimiento, los escolares y los vecinos disfrazados de gauchos, sino también la auténtica indiada de Sepé. Después, en los senderos que atraviesan la Comuna, hacían demostraciones hípicas y simulación de combates; era increíble cómo se guarecían, en pleno galope, en los costados de sus caballos. Siempre se ganaron el asado, las empanadas, los pasteles y el vino con que se los obsequiaba.

Si bien sus necesidades eran escasas y, como carnívoros empedernidos, podían vivir de la caza y de la pesca, Sepé y los suyos siempre se arrimaban a la pulpería. Por dignidad, muy difícilmente pedían un convite pero apenas se los ofrecían, no vacilaban en aceptarlo. A veces traían carpinchos, mulitas o manojos de cerda de caballo y se los vendían a Dutilh. Sepé no aceptaba dinero. Abría una cuenta, aunque el saldo a favor no le duraba mucho. Conocía las monedas y no le erraba en la suma y en la resta. Si hoy retengo varios de los números dichos en charrúa, es porque Francisco, el hijo mayor del doctor Dutilh pudo repetírmelos, al

haberlos aprendido en sus minuciosas rendiciones de cuenta con el cacique.

Un día, a Sepé se le fue la mano y tuzó al caballo predilecto de don Higinio Gauna, quien apenas constató el atentado, se fue enfurecido a la pulpería. Conocedor de los vericuetos del indio, le habló sin gritarle pero con inusitada dureza. Al instante, el indignado era Sepé. Se golpeó el pecho y trazó un círculo con el brazo: “¡Todo mío! ¡Todo mío!”, dijo sin tampoco alzar la voz. Antes de que don Higinio pudiera responderle, agregó: “¡Todo tuyo! ¡Todo tuyo!”. Y enseguida, aprovechando el estupor de Gauna ante semejante contradicción, fue apuntando a cada uno de los presentes, repitiendo: “¡Todo tuyo! ¡Todo tuyo!”. No excluyó a nadie. De inmediato, redondeó su idea: “¡Todo nuestro! ¡Añang lo dio!”. Fue hasta el mostrador, recuperó su vaso y lo vació de un solo trago. Después, lo golpeó contra la madera, exigiendo que se lo llenaran nuevamente. Cuando le cumplieron el pedido, no lo bebió, sino que se acercó a don Higinio, le depositó el vaso entre las manos y le dijo: “Tuyo, tomalo”. Y sin aguardar respuesta, se fue. Después, cada vez que Gauna le recordaba el episodio, Sepé se reía hasta lagrimear.

Durante los primeros años de su regreso al país, en los días en los que la concurrencia a la pulpería era mayor, Sepé llegaba acompañado por seis charrúas adultos que había en la toltería (uno de éstos era en realidad un negro, Melgarejo, que se había integrado a la tribu desde los tiempos de los Farrapos). El espectáculo que ofrecían en esas ocasiones era más completo y peligroso, por lo que el precio que fijaban era más elevado: un porrón de ginebra. Christy, para la defensa de su comercio, aparte de dos cuzcos criollos, sociables y que solo servían para cazar, tenía cuatro inmensos mastines. Unos perrazos torturados que se pasaban el día gimiendo, tensando al máximo sus no demasiado cortas cadenas. A no ser el personal de la pulpería nadie podía cometer la distracción de acercárseles.

Los indios tenían todo calculado. Sabían que no serían alcanzados por los perros, si partían con cincuenta metros de ventaja.

Pero, luego de comenzar a beber, abandonaba su reticencia.

Recuerdo que una tarde estábamos en el casco de "El Duraznal". Pese a las dos cuadras de distancia, oímos nítidamente todos sus alaridos. Los primeros le salieron perfectos: eran, verdaderamente, el agónico y prolongado desgarramiento de las entrañas de una bestia furiosa. Impresionaban como el rugido de un monstruo mitológico. Los últimos fueron variaciones cada vez más apartadas de la turbia belicosidad inicial que progresivamente se fue desvaneciendo y dejando paso a una inocultada sensación de júbilo, en la que el grito se había transformado en un aria salvaje e interminable de homenaje a la vida. Algo así debe haber sido el grito de Jehová festejando el séptimo día. Mientras yo me perdía en estas embelesadas disquisiciones, don Higinio, más prosaico y moralista, sacudió con pesar la cabeza y se quejó: "¡Ya se mamó otra vez el indio de mierda!".

Aunque me acuses de estar exaltando nuevamente a la barbarie, te diré que no he visto hombre culto al que los años y las lecturas no hayan vuelto cada vez más escéptico y receloso. Sepé no necesitó leer a Rousseau para vivir enamorado de la Naturaleza. Bonpland, mi padrino, que participó de idéntico amor, se lo dejó estropear por afanes académicos y utopías políticas. Solo fue efímeramente feliz en la Malmaison, el falso microcosmos de su adorada Josefina. Sus últimos años me arriman un anciano lúcido y bonachón, pero triste y corrosivamente pesimista, incapaz de tolerar la efusiva compañía de mis hermanos menores.

En cambio, Sepé, con un pasado mucho más cruento, parecía no medir las dimensiones de su radical soledad en un medio que solo lo aceptaba como un simpático y menesteroso entretenimiento. Su mundo estaba despedazado y moriría con él. Sin embargo, cada día se las arreglaba para pescar, como sus bagres y tarariras, y aunque fuese con la caña de La Habana, varios instantes de dicha contagiosa. A su lado, casi todos se reían, aunque algunos no tardaban en descubrir en los últimos repliegues de las réplicas del indio, una soterrada burla de sus hábitos y afanes, a los que se complacía en vulnerar impunemente, con alevoso abuso de su

condición de salvaje e infiel. Sepé quiere decir, en charrúa, "sabio". Me parece que fue un nombre bien escogido —o adoptado— porque el cacique era dueño de una risa verdadera, de la que nace del jubiloso goce de las cosas cotidianas. Si la sabiduría es, como algunos dicen, virtud que está encerrada tras siete puertas, apuesto que la llave de la primera es esa cierta forma de ingenuidad que cultivaba Sepé, tan suya y tan compatible con su astucia y su desconfianza, a la que me animaría a definir como la aceptación inmediata de las gratificaciones que cada instante trae consigo.

No estaba contaminado por el mito del progreso. Reconozco que el Sepé de los últimos años era un holgazán, cuyos únicos trabajos (las yerras, las reculutas y las carneadas) le resultaban más que nada, igualito que a la perrada, una inmensa farra. También coincidí contigo, Federico, en que su estilo de vida era incompatible con nuestra modernidad. Acepto que nuestra "Campaña del Desierto" era, meses más, meses menos, un hecho inexorable. Pero también te aseguro que el Sepé que yo conocí, el viejo que nunca se preocupó por enterrar a sus muertos y que soslayó preguntarse acerca del futuro, porque descontaba que cada día le traería su tatú, su aperiá o su vasito de caña, te precederá en ese Reino de los Cielos en el que no crees.

Estoy escuchando tu pregunta: "¿No te parece, Josefina, que ha llegado la hora de que me digas si tu santo y bienaventurado Sepé asesinó o no a Bernabé?". Paso a responderte: creo que sí; pero no te lo puedo asegurar.

Hay quienes dicen que el que decidió la suerte de Bernabé, fue Polidoro. Esa versión proviene de Manuel Lavalleja y la escuché en casa de doña Anita, por lo que me consta que está muy extendida por todo el país. Acá, en San Fructuoso, no sé si por orgullo terruñero, decimos que el que dio la orden fue Sepé. Tiempo habrá para que conozcas nuestros fundamentos, pero te anticipo que coincide con nosotros Eduardo Acevedo, invocando las memorias del abuelo, el Brigadier General Antonio Díaz, aunque la historia que te he contado difiere en otros aspectos

ya vistos que me parecen esenciales y de los cuales no me desdigo.

Hay un detalle que me importa subrayarte desde ya: aunque Sepé se enorgullecía de haber combatido junto a Artigas y de haberlo conocido desde sus años mozos, su nombre no aparece en ningún documento fechado en el período que va de 1811 a 1832. Más aún, Narbondo afirmaba que el primer hecho protagonizado por el cacique Sepé conservado por la historia fue un encuentro con el Presidente Oribe en el año 1837. En esa ocasión el General brindó un trato excepcional a los charrúas, al punto que —según me contaba mi marido— Sepé pernoctó en su tienda. Sé también que les ofreció una amnistía general y que les garantizó que serían protegidos en nuestro territorio. El episodio está contado en un artículo publicado por “El Defensor de la Independencia Americana”, a fines de 1850. Y, sin duda, recoge una versión de tiendas blancas. Que se recuerde en casa, Sepé solo se refirió una vez al encuentro y en términos bastante menos entusiastas: “Oribe fue bueno y amigo; bueno y amigo, como antes Frutos. Nosotros hablamos y resolvimos: ni con portugueses, ni con castellanos. Charrúas solos. Mejor para todos”.

Pero junto a la carencia de noticias de un Sepé anterior a 1832, hay un segundo detalle que ya nos parecía significativo, por sí solo, aun antes de que en una noche de borrachera, muy cerca de su muerte, el cacique accediera a ciertas revelaciones aparentemente verdaderas. Hasta esa noche, lo que los charrúas contaban de su pasado tenía una ostensible fragmentariedad que no podía explicarse ni por la azarosa espontaneidad de las charlas en los fogones y en la pulpería, ni por la selección que naturalmente siempre se opera tanto en la memoria del que cuenta como en la de cada uno de sus oyentes. Extrañamente, la historia de Sepé y su tribu podía reconstruirse, en sus vicisitudes esenciales, desde su destierro en Brasil hasta su afincamiento en campos de Gauna. Narraban, con lujo de detalles, el combate del Yrao y su huída con los lavallejistas; no escatimaban descripción de los malos tratos que les infirieron los republicanos de Río Grande, obligándolos a combatir en las avanzadas y atándolos

de noche a las ruedas de las carretas para que no se escapasen; gozaban recordando la agreste hermosura de su escondite en costas del arroyo Sacá, entre la sierra de Caveirá, bastante cerca del Río Pardo. Pero, en cambio, eran escasísimas sus evocaciones de su vida entre nosotros durante la guerra de la Independencia y en los primeros años de la República. No se tardó en comprobar que el nombre de Bernabé les resultaba algo más que abominable. Hablarles del Coronel o de Yacaré Cururú era casi peor que mencionarles a Salsipuedes o Mataojo. Equivalía a forzarlos a un silencio obstinado y ominoso; y, si se insistía, se retiraban. No recuerdo haber mirado a Sepé sin tener conciencia de que estaba contemplando al matador de Bernabé.

Sin embargo, por ese tiempo, la versión divulgada por los lavallejistas, a lo largo y a lo ancho del país, era muy distinta a la que primaba en nuestra zona, ya que atribuía la muerte de Bernabé a una orden del cacique Polidoro.

Mi padre no tardó en encontrar una particular significación a la verdaderamente extraña simetría observable en las trayectorias de Sepé y Polidoro: si tomamos a 1832 como punto de referencia, queda convertido en un eje muy nítido, antes del cual solo un cacique —Polidoro— tiene una historia tangible, y después del cual se revierte por completo la situación, siendo Sepé el único que aflora a la luz de los hechos. Para papá, Polidoro y Sepé eran, entonces, una sola persona que había cambiado de nombre. Creía comprender los motivos: el temor a la venganza de don Frutos y, sobre todo, la necesidad de cortar todo vínculo con nuestra raza y de reasumir, en plenitud, su condición de indio. No le importaba dilucidar si Sepé era el último o el primer nombre al que respondió Polidoro: se conformaba con advertir que fue el escogido para cerrar con él sus días. Inicialmente, no se le escapó el detalle de que, en el siglo pasado, uno de los jefes más destacados de la rebelión guaraní se había llamado Sepé. En el ardor de su porfiada convicción, aparentemente permaneció impávido a la objeción que frecuentemente se le planteaba en torno al hecho de que no resultaba lógico que un charrúa

escogiese un nombre de otro pueblo. Fue grande su alegría cuando a los pocos meses de profesada su teoría alguien le informó que Sepé era también, como ya te he dicho, una palabra charrúa.

No olvides que San Fructuoso antes de 1832 era tan solo un rincón más del Desierto: apenas había un rancherío en el Capón de la Yerba. Eran, pues, muy escasas las personas que habían visto a Polidoro y, a la vez, conocían a Sepé. Con los indios, nos pasa lo mismo que con los negros: todos nos resultan parecidos. Por otra parte, no habían pasado en vano cerca, en más o en menos, de veinte años. Nadie podía asegurar que Sepé y Polidoro fuesen la misma persona, ni tampoco descartar tal posibilidad. Por lo que hasta la noche en la que una gran borrachera le desató a Sepé sus cautelas, mi padre se mantuvo en sus trece. Te puedo anticipar, además, que las turbias revelaciones del cacique no abochornaron al viejo Péguy: sus intuiciones, aunque no del todo exactas, no estaban —si Sepé no mintió— tan descaminadas.

Durante los primeros años de su estadía en nuestra zona, mientras vivió toda su gente, la única respuesta que excepcionalmente se le pudo arrancar al indio consistió siempre en esta frase: "Sepé no fue; fue Polidoro". Dicen que una vez agregó este comentario: "Gran jefe, Polidoro. Sepé, pobre indio". Recordarás que papá no era un hombre que gozara de una gran instrucción, ni que disfrutara con la lectura; pero era un excepcional negociador, tan gélido e implacable como sutil escrutador de las reacciones de sus contrapartes. No se le escapaban silencios, dobles sentidos, vacilaciones, ademanes, ni lo que él llamaba, con las mismas palabras de tía Emilia, "variantes en la luz de las miradas". Prestaba particular atención a las palabras escogidas. Si le ofrecías algo, utilizando la forma negativa ("¿no querés un café?"), no te aceptaba el convite, por más que le apeteciera, porque sostenía que toda pregunta, según se estructurase, tenía ya implícita la respuesta que se deseaba. Su convicción de que Sepé ocultaba cuidadosamente alguna parte de su pasado y que ésta estaba muy estrechamente vinculada con los hechos de Yacaré Cururú, se fundaba, ante todo, en las actitudes que

había detectado en el indio. Lo veo golpear la mesa con el puño y decir: "Pero ¿cómo no se dan cuenta? ¡El indio jamás nos ha mentido! Siempre ha dicho la verdad. Bien que sabe decir «dame caña» o «comprame este tatú». Pero cuando se lo aprieta con lo de Bernabé, siempre contesta de la misma forma: «Sepé, no; Polidoro, sí». Nunca ha respondido: «yo no fuí; fué él»".

Hubo en la vida de Sepé dos hechos que fueron decisivos para que variara su respuesta: la viruela y la leva.

Con lo de la viruela, está ocurriendo lo de siempre: la fecha en la que aconteció se ha vuelto confusa en la memoria de todos, incluida la mía. Pero no hace mucho una hija de Pepe Paz me mostró una carta que le enviara Carlos María Martínez a su padre. Termina diciendo: "*días pasados anduve por afuera, todos están buenos, solo los charrúas, que los ha concluido la viruela. Solo ha quedado Sepé*". Me mostró la fecha y reconocí que tenía razón: la plaga cayó en la tolдерía en el verano 1853-1854. Sin embargo, no es verdad que únicamente hubiera sobrevivido Sepé. También se salvaron sus hijos Avelino y Santana y, de los toldos de abajo, una niña, que fue recogida por los Gauna y que aún los sirve: una zamba, hija de Melgarejo, a la que han bautizado Santa.

La pulpería de Dutilh y Christy no estaba muy lejos de un camino vecinal. Por allí pasó, a media mañana, una carreta que venía hacia la villa. Incluso se detuvo y el caporal llegó hasta la pulpería. Compró unos fiambres y preguntó por el paradero del doctor Dutilh; explicó que trasladaban a un presunto enfermo de viruela.

Cuando reemprendieron la marcha, los de la pulpería ya estaban demasiado ocupados en una precoz y frenética limpieza. No vieron, entonces, que en el medio del campo había quedado caída una maleta con ropa. La encontró Melgarejo y, eufórico, la llevó consigo.

Su desprecio por la ropa cristiana y la relativa distancia de los toldos, salvaron a Sepé y sus hijos predilectos. Apenas aparecieron en los de abajo los primeros síntomas de la plaga, los tres

indios se fueron de la zona. No regresaron juntos. El primero en volver —pasado el mes— fue el cacique. Se lo vio de mañana temprano, contemplando los restos carbonizados de la toltería que don Higinio o Christy habían ordenado quemar. Tomó su daga y se laceró el cuerpo. Permaneció sentado en actitud de duelo hasta el día siguiente. A la tarde, apareció en la pulpería y aceptó sin dar respuesta, el reproche con el que, apenas al verlo, lo recibió el escocés: “Cristianos o infieles, todos somos iguales; decimos querer a los nuestros después que se murieron”. Sepé bebió lentamente su caña, tiró en un rincón los cueros de nutria que traía para vender y se retiró sin despedirse. Montó en su tor-dillo y se perdió en el horizonte. En la zona llegó a creerse que no se lo vería más.

Una semana después, regresó con Avelino y Santana. Levantaron su toldo y se acercaron a la pulpería. Los atendió, de nuevo, Christy. Sepé, sin saludarlo, agitó una bolsa y le dijo: “Traigo tatú ¿querés?”

Desde esa época, según los que presumían conocerlo bien, trasuntó varios cambios. Aunque nunca se le oyó ningún comentario, don Higinio sostenía que al indio lo abatía la certidumbre de que muertas sus hijas y cristianizada la única nieta sobreviviente, la tribu carecía de futuro. Era muy improbable que la descendencia que engendraran Avelino y Santana viviera según las costumbres charrúas. Gauna medía esta tristeza en un cierto desgano por las actividades físicas, en la desaparición de la risa fácil y en la cerrada negativa, aun estando completamente borracho, a proferir su grito de guerra. Aunque hubo quienes le porfiaban que todos esos detalles eran meros signos de envejecimiento, los hechos posteriores le dieron la razón a don Higinio. Debo dejarte constancia que, por esta época, cuando se le preguntaba quien había matado a Bernabé, el indio replicaba como desde el primer día: “Sepé no fue; fue Polidoro”.

Así pasaron seis años. Una mañana, estaban los tres indios en la pulpería, cuando llegó un destacamento de soldados de línea. No era una escena demasiado frecuente, pero tampoco

era extraña. El teniente que iba al mando le pidió a Christy que les permitiera desmontar en el patio y le preguntó si le podía vender carne. El Escocés no mezquinó su hospitalidad, lo que alentó a los charrúas a integrarse al grupo. Luego de comer, cuando los soldados iban ya en busca de sus caballos, el teniente hizo una seña, que en vano vio Christy, a cinco o seis de sus hombres. Un instante después atropellaban a Avelino y a Santana, aferrándolos por la espalda. Estos se resistieron, pero cuando se agregaron otros hombres, debieron claudicar ante una cada vez más creciente y alevosa superioridad numérica. Les ataron las manos a la espalda, los montaron en un solo caballo, ligándolos entre sí y se los llevaron. Hasta hoy, nunca más se los ha visto en la zona, aunque hemos tenido noticias suyas. La suerte de Avelino ya te la conté. Respecto a Santana dicen que desertó y huyó al Entre Ríos. Hace tres o cuatro años parece que estaba cerca de Concepción, trabajando en el saladero de un inglés.

Pese a que anda por ahí la versión de que huyó hacia el monte, te puedo asegurar que esta vez Sepé quiso ayudar a sus hijos y hasta sacó su puñal. Pero un soldado le descargó dos culatazos en la cabeza y lo desmayó. Tanto tardó en recuperar el sentido que Christy creyó que lo habían herido de suma gravedad.

Al día siguiente, con una venda de lienzo como gruesa vincha, había desaparecido de su toldo, y recién después de una semana regresó. Don Higinio decía que el episodio había dañado a Sepé de dos maneras y que él no atinaba a determinar cuál había sido la peor. Le privaba de la compañía de sus hijos más queridos, dejándolo absolutamente solo entre nosotros y, además, le propinaba la bofetada adicional de demostrarle cabalmente que ya era un viejo inútil, porque se lo había despreciado, juzgándose solo una presa no apta para la leva.

Así entró a sus últimos años de vida. Curiosamente, volvió a parecerse al Sepé de la década de los cuarenta y principios del cincuenta: retornaron las carcajadas y las chanzas, el constante despliegue de esfuerzos físicos y el apego a la compañía humana. Comenzó a beber más que nunca, llegando progresivamente a

extremos que hacían cada vez más pasmosa su resistencia al alcohol. Dos cuzcos criollos, Pamplona y El Cabo, que habían nacido en la pulpería y que, por lo afectuosos, eran inservibles para cualquier menester que no fuera la caza, se sintieron definitivamente suyos y, tras sus talones, rezongaban entre sí todas las horas del día.

Durante esos tres o cuatro años, volvió —intacto— su grito de guerra y se mantuvo, por más borracho que estuviese, su respuesta de siempre: “Sepé no fue; fue Polidoro”.

Sin embargo, casi al final de un asado que se organizó en la pulpería para festejar el cumpleaños de Francisco, el hijo mayor del doctor Dutilh, Sepé miró de pronto a Gauna, hizo fondo blanco en un alto vaso de caña y, sin que nadie se lo preguntase, le dijo:

“Ahora podés saberlo: yo maté a Bernabé”.

Pocos, solo los que estaban cerca, oyeron su primera confesión. Yo te diría que tres: un forastero, Modesto Polanco, don Higinio y mi padre. “¿Qué?” atinó a decir, atónito, Gauna; papá creyó estar tocando un modesto pero muy halagador cielo y saludó a Sepé con el que creía que sería, entonces, su verdadero y sospechado nombre: “¡Polidoro!”.

El indio, sin duda, también lo escuchó, pero siguió mirando a su protector.

“Yo maté a Bernabé”, repitió.

El silencio era total. Miró a papá y le contestó:

“Polidoro, gran cacique; Sepé, pobre indio”.

Hizo una pausa y agregó:

“Igual que Joaquín, pobre cabo”.

Narbondo nunca me alentó a creer, a pies juntillas, en este “episodio de borrachos”. Para él, no se dan la totalidad de las circunstancias necesarias para suscitar la plena convicción de que esa noche Sepé contó la verdad. Recordando su adicción a atiborrar de leyendas y sucedidos a los niños del lugar, argumentaba ante nosotros, que no era descartable la posibilidad de que el charrúa hubiese fabulado también con los adultos, sea para

magnificar su imagen ("¿qué era en sus últimos días si no un payaso, si no un fósil vivo, si no el remedo de un cacique sin tribu?"), sea para divertirse, como en tantas otras ocasiones, a costa de los cristianos. ¿Acaso no había vuelto impávido, desde la mañana siguiente, a acaparazonarse en su eterna cantinela: "Sepé no fue; fue Polidoro".

Lamentablemente, si el alcohol fue decisivo para cortar frenos, también incidió para que todas las conciencias estuvieran confusas y los detalles que aportó Sepé fueran algo escasos y, sobre todo, bastante fragmentarios. Pero su coincidencia con las versiones de Manuel Lavalleja y el sargento Gabiano, y una intuición que tan solo puedo fundar en ese "Ahora podés saberlo" que precedió a la revelación, me animan a contestarte que, efectivamente, el indio Sepé (o el cabo Joaquín Paz) fue el que ensartó el lanzazo que atravesó el corazón de Bernabé.

\* \* \*

"La vida del hombre es una lanza; apenas ha sido librada al aire y ya está determinado su éxito o fracaso". Muchas veces le oí a Narbondo esta lamentable frase y, como no solía ir dirigida a mí, generalmente callé mis discrepancias. Terminé suponiendo que la decía para irritarme, porque siempre la valoré como una ofensa a su inteligencia y a su buen gusto. "Las grandes verdades son sencillas", me respondía; con lo cual me demostraba que solo servía para ser un gran docente.

A mi juicio, un símil más apropiado, a condición de que sigamos soslayando todo remilgo estético, es una gigantesca, atolondrada y desordenada partida de ajedrez con millares de piezas vivas y autónomas en un recinto cósmico: algo así como la Bolsa de la City, si tuviera un piso en tablero. Jugada a jugada, los participantes van conformando infinitos y fatales desenlaces, sin que la partida jamás acabe, porque los que sucumben son perpetuamente sustituidos. Esta idea me sirve más para entender la muerte ya mítica de Bernabé.

En Yacaré-Cururú (lugar de sapos crecidos y frustrados cocodrilos) se le rompió la espada y lo obligaron a dar vuelta la pisada. Pero esa lanza de cedro y oro, que parecía destinada a acertar muy tempranamente el escudo de una banda presidencial o a traspasar el umbral de nuestra Embajada en París y se hundió de improviso en un charco mínimo y nauseabundo, mitad agua, mitad barro, más digno de un bacraccio que de un héroe, no torció su empinado rumbo en el último metro. No fue un único e imprudente movimiento el que llevó a ese alfil corajudo e incauto a dilapidarse en medio de un cerco de peones negros.

Hay pequeñas decisiones que, con evidente desproporción, aparejan consecuencias fatales. No tuvo culpa el baqueano Efraín Gómez cuando, sin que nadie se lo preguntara, informó a Melchor que, al otro lado del Cuareim, quedaba la estancia de Gerónimo Jacinto, amigo de los Rivera. Apenas puede sospechársele la intención —torpe e incomprensiva— de acumular méritos ante su cansino superior; con todo, no se merecía que, solo por eso, el negro Yuca Luna le deshiciera al día siguiente la cabeza. Tampoco tuvo culpa el capitán Bazán cuando, como el otro Pedro, interrumpió el largo silencio con el que sus escogidos compañeros habían recibido aquella noche en el Durazno, el dolorido informe de Bernabé acerca de la campaña que el Gobierno había planificado emprender contra los charrúas: “Ya se lo he jurado, Coronel, y le repito la promesa: lo seguiré hasta la muerte”. Se le podría reprochar que no reparó en la atrocidad a la que adhería pero, aparte de reconocérsele que cumplió su promesa en menos de lo que canta un gallo, debe también considerarse que entre todos sus camaradas existía la convicción de que los infieles enredaban día a día, más y más, un nudo que urgía cortar con la espada. Creo que su respuesta no nació solo del vino. Estoy segura que le brotó de las entrañas, de las raíces mismas de su lealtad y de su admiración; y pienso que hubiera sido hermoso presenciar esa escena. En la osamenta del león, alimentándose con los restos de su carroña, inexorablemente impuesta por el proceso de la naturaleza, se instalaron la solidaridad de una colmena y la dul-

zura de una miel que no sabía a podredumbre. Imagino que la voz de Bazán afloró ronca y que, igualmente viril y conmovida, habrá nacido la réplica de Bernabé, apretando las sílabas: "Gracias, Pedro". Este gesto auténtico ató al pobre Bazán a la muerte. Allí, ya en ese instante en el que resbaló el vino carlón por su garguero, estaban cayendo dos bolas sobre su nuca y una lanza comenzaba a atravesarle el vientre.

No creo, en cambio, que ése haya sido el caso de Bernabé. No cedo a la tentación que pueda tendernos el recuerdo de Gabiano. Acaso tuvo razón el sargento cuando conjeturó que, si no se le hubiera mencionado la proximidad de Polidoro, Bernabé no hubiese caído el miércoles 20 de junio, al mediodía. Pero la fecha y la hora no dejan de parecerme un mero accidente. Así como su suerte se fue construyendo paso a paso, una muerte trágica le respiró en la nuca desde la infancia. 1832 y la lanza del renegado Paz apenas son un año y un instrumento que el azar extrajo de un atiborrado cúmulo de vicisitudes y peligros. En su ceguera, pudo escoger la espada portuguesa que le melló la cabeza, o las balas que Alvear le tenía decididas, o —vaya uno a saber— la carabina de un federal o el sable de un hombre del Cerrito. Desde que abandonó la casa del abuelo estaba escrito que no conocería las miserias de la vejez.

Fiel a su convicción de que no hay victoria definitiva hasta que se aniquila al enemigo, no vaciló en prácticas de exterminio como el asesinato de Venado y sus guerreros. Engendró odios que, desde el mismo inicio de su cautiverio, lo privaron de toda posibilidad de sobrevivencia. No fue clemente y, en la última hora, el turbio espejo de un charco le devolvió su imagen.

El bisiesto 1832 fue un año raro y singular en nuestra historia. Su cielo político estuvo permanentemente sobrecargado de nubarrones, y su viento, confuso y desatinado, cambió a cada instante el rumbo, cuando no se sumió en fases de ominosa quietud. Según mi padre, parecía que se iban a desencadenar terribles tempestades ante la estólida inercia del Gobierno, casi pos-trado por la carencia de recursos. Se preveía el alzamiento de

Lavalleja y, con él, el retorno de días cruentos e inciertos. Sin embargo, se deshojó en el almanaque sin que los hechos que trajo arrojaran las consecuencias previstas. Pero, en una escaramuza tan pequeña como innecesaria, se llevó consigo a Bernabé.

Creo que un personaje típico de esos días alocados, misérrimos y megalómanos de un país que creía que se estaba poniendo los pantalones largos, fue alguien que ya conocemos como el delator de la indiada que se refugiaba transida en los inundados montes del Matajojo: el vaquero, el baqueano, el general Lorenzo González.

Nunca lo ví, ni nadie me lo describió; pero, influída por una fobia ancestral en los Péguy, me lo imagino esencialmente bizco. La rala barba indígena debía mal dibujarle unas patillas que, en su minúscula alma de renegado irredento, hubiera querido tupidas como las que dejaba crecer la mayoría de los jefes de entonces. Casi lo veo: de baja estatura, cabezón, de piernas y brazos delgados y nerviosos como los de un gato, pero con el vientre abultado, exhibido con orgullo parecido al de una madre primeriza; panzón como estanciero; con las tripas, a las que el origen y la mezcla de razas habían amenazado con el aire y las lombrices, repletas y atiborradas de no muy escogida mierda, gracias a habilidades que, por más que fueran de mira corta y vuelo raso, nadie le puede discutir. Me atrae mucho esa cabeza enorme y mestiza, portadora de un cerebro digno de un cuerpo más homogéneo, pero aun ese detalle puedo sacrificar, con tal que le conserves la mirada errática, con su ojo derecho soslayando el tuyo izquierdo y cruzándose hacia el otro lado, y con su ojo siniestro no mirándote y perdiéndose en el vacío, como si lo atrajera, sin incitarlo al aviso, un invisible tercero que permanentemente estuviera a tus espaldas, guiando con mímicas sus siempre demasiado pensadas respuestas.

Mi tía Emilia conjeturaba: “¡Qué mal que deben ver los bizcos! O una de dos: o ningún ojo prima sobre el otro y ven doble; o solo domina una vista y ven un único aspecto de las cosas”. Dejame, entonces, utilizar esa repulsión innata de los Péguy

como premisa de presentación del indio González que, en 1832, no solo vivió sus horas más trascendentes y más ridículas, sino que también jugó un rol decisivo para precipitar la muerte de Bernabé. El azar, Federico, te lo dice esta viuda de un positivista, tal vez no sea ciego. Es muy probable que solo sea bizco. Como bien pudo serlo, aunque la historia no lo registre, el vaquero Lorenzo, ese indio flaco y barrigudo.

El 18 de mayo de 1832, la oficialidad guaraní de la guarnición de Bella Unión, encabezada por los comandantes Comandiyú y Tacuabé, se rebela y detiene como rehenes a los oficiales blancos Conti, Ortiz y De La Sota. El pueblo manifiesta su simpatía por el movimiento; lo consiente, pero no lo festeja ni se adhiere a él con el ímpetu que esperaban los rebeldes. Los años de sufrimiento y el sentido común le han enseñado que la justicia de una causa no garantiza su éxito.

No quedan dudas de que fue el baqueano el cerebro de la sublevación. Pero es difícil discernir, con precisión, hacia dónde apuntaba en verdad su mirada cuando sedujo a los de por sí ya enardecidos ánimos de Tacuabé y Comandiyú, persuadiéndolos de que, apenas se alzarán, tendrían tras de sí a todos los paisanos de la región, "por lo menos hasta el Arapey".

Fue tan torpe e improvisado el movimiento, que los sublevados se encontraron de inmediato sin apoyo, por la simple razón de que los vecinos de otros parajes nunca tuvieron una cabal idea de los objetivos de la sublevación, porque —por prudencia o imprevisión— no se tentó contacto previo con ninguno de ellos. Siendo indios casi todos los que parecían estar al mando, con la única excepción de un francés muy sucio y muy excéntrico, el rubio Echeveste, comprador de cueros hasta entonces establecido en el Entre Ríos, fue natural que todo el vecindario, en bloque, se pusiera del lado del Gobierno. Las giras que emprendieron Lorenzo y Echeveste luego del alzamiento, fueron tardías e ineficaces.

Al caer prisionero, Comandiyú declaró que su rebelión no tenía otro alcance que obtener que la República cuidase debi-

damente de la suerte de los pobladores de la colonia. Creo que no mintió en lo que manifestó, pero estoy segura que fue reticente. Una frase que dejó escapar en su testimonio, cuando comenzó a volcar toda la culpa sobre el indio Lorenzo, y lo que informaran varios vecinos que fueron visitados por el vaquero, crearon primero en las autoridades de Paysandú y luego en las de la República, la convicción de que, por lo menos, el movimiento creía contar con el apoyo expreso del general Lavalleja. Dicen que la consigna de los conjurados era: “¡Yo, lavallejista!”.

Lorenzo se presentó en la región como delegado y vocero de don Juan Antonio, asignándose incluso el futuro grado de General. En todas sus conversaciones dio como inminente un alzamiento que incendiaría a todo el país, asegurando que su cometido era mandar la rebelión en todo el litoral y que, por el apoyo comprometido, ya consideraba ganada la zona ubicada entre el Cuareim y el Arapey. Como ésta era la región más apartada, en ella tendrían que comenzar, por separado, las acciones, para atraer tropas del Gobierno y crear una coyuntura más favorable para la insurrección de Lavalleja en el Este y para que, en el momento oportuno, el general Garzón tomara, casi sin derramamiento de sangre, la propia capital.

Con el nuevo Gobierno —según prometía— la situación de la colonia mejoraría sensiblemente: se les restituiría, al menos, parte del ganado que don Frutos y sus jefes les arrebataron en calidad de botín de guerra; se les reconocería el derecho sobre el resto pactándose las futuras entregas; y se convendrían todas las otras medidas necesarias para asegurar la prosperidad de la colonia, con la que se poblarían, a diferencia de lo que acababa de ocurrir con la recién fundada San Fructuoso, todas las poblaciones que se iban a crear en la región.

En verdad, no había en todo el país lugar más adecuado para comenzar una revolución que Bella Unión. No solo por las desesperantes condiciones de vida de los misioneros, sino también porque sus miserias tenían como directo responsable al Presidente. Sin ganado propio y con ocho mil bocas que alimentar,

aquellos admirables infelices que optando por la República habían abandonado su tierra, yéndose en masa tras don Frutos, en quien confiaban ciegamente, se encontraron en un estado de perpetuo e indignante abandono. El auxilio del Gobierno se reducía al envío esporádico de unas cada vez más menguadas tropas de ganado. Hacinadas en dos hileras de ranchos que bordeaban el Cuareim, centenas de familias no contaban con otro alimento —cuando lo había— que una ración miserable de carne que todas las mañanas repartían sus autoridades y lo que, a precio leonino, les vendía un convoy de mercaderes, casi todos franceses, que los visitaban mensualmente. “Con el General Lavalleja —les habrá prometido el indio Lorenzo— ya no van a tener que comer raíces y hueso pisado y hervido”.

Mi padre siempre recordaba los cuentos de un comerciante amigo que, muy joven e inexperienced, con el corazón todavía blando, integró varias de las caravanas que visitaron Bella Unión. Decía que acto tan placentero como el comer nunca le había causado tanto sufrimiento, como cuando debió hacerlo en presencia de una muchedumbre hambrienta que seguía con los ojos cada bocado que introducían en sus bocas, aguardando ansiosa que finalizaran, para precipitarse a disputar los restos que quedasen para roer. “Con el general Lavalleja —pudo también haberles dicho el baqueano— ya no tendrán que comer las sobras de los franchutes”.

En 1832 la situación se había tornado incontrolable. Varios de los pobladores optaron por el pillaje, sin distinguir fronteras. Si los hacendados nuestros elevaron su protesta al Gobierno, la reacción de los brasileros era más alarmante. No conformes con invadir nuestro territorio a través de partidas vindicativas, que no se demoraban en discernir si las gargantas que degollaban eran o no de los saqueadores o si las vacas que recuperaban eran verdaderamente las que les habían robado, insistían en reclamar a sus autoridades una acción directa y definitiva contra una villa que así, día a día, para colmo de sus males se tornaba en prenda de horrible desunión entre los dos Estados. “Con el general

Lavalleja —habrá asegurado el vaquero— volverá la paz a esta frontera”.

Lavalleja siempre osciló entre la virtud de la prudencia y el defecto de la vacilación. Una primera hipótesis, entonces, es la que conjetura que no existió entre el indio Lorenzo y don Juan Antonio ningún acuerdo previo y que el vaquero engañó a Comandiyú y Tacuabé, confiando en que la sublevación de Bella Unión fuera una circunstancia que terminara de decidir al General. Una segunda hipótesis es una variante de la primera: Lavalleja también escuchó las promesas del baqueano y vagamente las alentó, pero no se dejó arrastrar por ellas. Ambas nos muestran un indio Lorenzo que no está a la altura de sus arteros antecedentes, sea porque no atinó a efectuar previsiones que se ajustaran a la realidad, sea porque estallada la sublevación no logró encauzarla hacia resultados medianamente aceptables, porque los rebeldes, superada la sorpresa inicial, fueron aplastados por el Gobierno en cada uno de los sucesivos encuentros. El 5 de junio, en Cañitas, Bernabé aniquiló a las tres compañías que constituían su principal fuerza, tomando prisionero al comandante Ramón Sequeira; el 7, a los dos días, recuperó Belén, quitándoles muchas armas y más de un millar de caballos, y apresándoles más de ciento cincuenta hombres, entre ellos al comandante Cayré; y el 11, cayó sobre el resto de sus fuerzas, en San José del Uruguay, en el momento en que vadeaban el río huyendo hacia la Argentina en dos pesadas barcas, causándoles desde la orilla, un horroroso estrago. Apenas los hombres de Bernabé se apostaron, carabina al hombro, en la arena, Caronte se adueñó de las dos barcas. A quien quisiera proseguir remando, se lo impedía una bala certera. La gente de Comandiyú quedó a la deriva y bajo fuego. “Lo de San José del Uruguay —me comentó Gabiano— fue terrible. Más fácil que tirar al blanco”. Los misioneros, en su desesperación, optaron por arrojar al río, supieran o no nadar. Fortunato mandó apuntar a las manos que se aferraban a las barcas y a las cabezas que, de tanto en tanto, emergían en el agua. Al otro día, flotaban en la mansa corriente del río, muchos cadáveres.

Bernabé los contempló con tristeza, pero cuando Gabiano le alcanzó un mate, le dijo: "Yo no soy el culpable".

Volviendo al indio Lorenzo, hay una tercera posibilidad que no pergeñó mi magín, sino el riverista cerebro de mi marido. Narbondo, luego de asentar la premisa de que no suelen perderse tan groseramente las habilidades que un individuo ha ostentado durante toda su vida, sostuvo que el baqueano vivió en mayo y junio de 1832 sus más brillantes horas. "Decía trabajar para Lavalleja, pero lo hacía para Rivera". Aducía que nunca quedó claro el incidente que lo distanció con el General y que, por añadidura, si bien la historia no registra una reconciliación, tampoco incluye ninguna noticia que la descarte por completo. "¿Quién podrá considerar inverosímil que el auxilio de Lorenzo a Bernabé, antes de Mataojo Grande, no le haya deparado entre otras ventajas el reencuentro con el Presidente? ¿Quién me puede negar, sin más, que ése haya sido el verdadero propósito del vaquero cuando, sin que nadie lo forzase, se plegó a Bernabé?".

Para Narbondo, si se desecha la persistencia de la enemistad entre don Frutos y el baqueano, varios hechos pasan a demostrar su verdadero sentido y se disipa toda confusión. ¿Por qué el vaquero no estuvo presente en ninguno de los enfrentamientos de los rebeldes con el Gobierno? ¿Por qué la extensión de la revuelta que, según sus promesas y los contactos invocados sería inmensa e inmediata, fue tan calamitosa? "El doble agente —sostuvo mi marido— no es una exclusividad británica; su precio no solo es abonable en libras esterlinas; no es un ardid inalcanzable para nuestras mañas".

Me preguntó quién había sido el gran beneficiario de la insurrección. No me dejó siquiera responder. "Si, como creo, pactó con Lorenzo, pocas veces estuvo don Frutos más acertado. Tanto, que no importa de quién fue la iniciativa".

En efecto, a lo largo de todo el litoral, es decir, de la región que, por más convulsionada y por lindera a la Argentina, el general Lavalleja podía preferir para asentar la base de su demasado comentada insurrección, el fulminante desastre que sufrie-

ran las fuerzas que lo invocaban como jefe, desprestigió su nombre y disminuyó su confiabilidad, así como detectó y cuantificó sus partidarios y desalentó, para el futuro, las eventuales adhesiones de quienes todavía permanecían indecisos. A la inversa, retempló el fervor y la obsecuencia de los defensores del Gobierno, que se hicieron inexpugnables nada menos que en Salto y Paysandú.

Acaso aún mayor importancia tuvo la aniquilación de toda rebeldía en Bella Unión. Los hechos cumplieron de por sí la máxima de Richelieu: las principales cabezas fueron segadas por muerte, prisión o destierro; y la masa acéfala quedó enfrentada, no a un deudor huidizo y con mala conciencia, sino a un acreedor que, desde la Presidencia, pudo darse el lujo de adoptar medidas de pacificación, a través de justos castigos o magnánimas clemencias. Y, ante el Imperio, se dispó de modo súbito y casi imprevisto, un foco que enturbiaba las relaciones entre ambos Estados y se tornaba cada vez más en un pretexto plausible de una intervención militar que, si se verificaba, terminaría en el mejor de los casos, en una nueva mengua de nuestro territorio.

“Si las cosas fueron así —comentó Narbondo— don Frutos ganó en todos lados, sin mover aparentemente un dedo. ¡Eso es un caudillo!”.

No hacía mucho tiempo, había encontrado en sus periódicas búsquedas en el Archivo General del Ejército, unas cartas que Tacuabé y Echeveste habían intentado remitir pocos meses después de estos hechos, en octubre de 1832, cuando ya había estallado realmente la primera revolución lavallejista, al propio don Juan Antonio y al indio Lorenzo, sin que les asistiera la suerte, porque fueron interceptadas por José Agustín de Fraga, al encontrarlas entre las ropas del cadáver de Custodio Valdenegro, muerto en el combate que perdiera Mariano Paredes, en las inmediaciones de Paysandú. Narbondo me dio a leer las dos copias.

“Nadie puede dudar —reconoció después— que todos los jefes de la sublevación de Bella Unión ya eran o terminaron siendo enseguida lavallejistas; y es, incluso, muy probable que el indio Lorenzo haya estado con don Juan Antonio, bastante antes

del 18 de mayo. Pero de lo que estoy verdaderamente seguro es que el baqueano, como buen falluto, los engañó a todos, incluido al mismo General”.

Recién entonces remató su argumentación, explicitando su principal fundamento. Si la actitud de Lorenzo había sido muy sospechosa durante toda la insurrección, si mucho sugería su decisiva participación meses antes en la matanza de Mataojo Grande, lo que más daba que pensar, a criterio de Narbondo, era lo que ocurrió a principios de 1833.

En marzo de ese año, el baqueano, cuya captura era de las más recomendadas y encarecidas, sorprendió a las autoridades de Cerro Largo, presentándoseles en compañía de una decena de hombres para solicitarles su reincorporación al Ejército Nacional, la que no tardó en serle concedida. Si bien fue elocuente al manifestar que “su patriotismo y amor al orden” lo habían llevado a abandonar el “grupo de anarquistas que estaban llevando al Estado a su ruina”, toda su persuasión la basó, proclamando que tal era su costumbre, en la inapelabilidad en los hechos, mostrando cinco oficiales rebeldes, a los que “en prueba de su buena fe”, traía presos. “El campamento quedaba solo dos leguas adentro —concluyó—. Si lo desean, manden una partida y podrán contar los cadáveres de los que se resistieron”.

Un mes después se le acabó la suerte.

Quedó sirviendo a las órdenes del comandante Pozzolo e integraba la compañía que avanzó sobre una partida de lavallejistas y brasileros que habían cruzado el Yaguarón, días antes de que el coronel Olazábal atacara Melo. Hay quienes dicen que murió en la acción. Los más, sostienen que sus antiguos compañeros lo tomaron prisionero, lo fusilaron de inmediato y tiraron el cadáver al río. Era el lunes 7 de abril de 1833.

“Termino con una pregunta —me dijo Narbondo, paladeando el infrecuente hecho de que yo no hubiera planteado ninguna objeción—. Está probado, señora, que el indio Lorenzo traicionó a Lavalleja y se congració con Rivera. ¿Cuándo comenzó realmente

la traición? ¿Desde cuándo se entendió con don Frutos? ¿En marzo de 1833 o en mayo de 1832?"

No contesté nada.

"Todo hubiera salido redondo —se lamentó, mientras encendía satisfecho su pipa— si en medio de esta intriga genial no hubiera muerto Bernabé. Pero en esa desgracia, ya lo sabés, no hay culpa de don Frutos".

Como estaba con sueño, no me referí a Salsipuedes. No me sentía con ánimo para reconstruir, jugada a jugada, desde punto tan remoto, una partida tan alocada como las que solo parecen disputarse en estas latitudes.

\* \* \*

No he visto más torpe manera de anunciar una desgracia que la que consumó José María Navajas al redactar el parte que, desde el Rincón del Cuareim, le remitiera el 21 de junio de 1832 a don Frutos. Si nada dijo el mensajero, si —como es previsible— el Yuca Luna por elemental respeto no lo leyó antes, el destino acrecentó con la sorpresa la crueldad del golpe. Porque el comienzo no puede ser más rutinario y menos alarmante:

*"El que firma participa al Excelentísimo Señor Presidente de la República que hace cinco días marchó el señor Coronel Don Bernabé Rivera, con una fuerza compuesta de los Capitanes Don Rosendo Velazco, Don Máximo Arias, Teniente Don Fortunato Silva y Don Roque Viera y sesenta individuos de tropa a perseguir sobre Cuaró al Indio Agustín Napacá, único de los Misioneros sublevados que a la cabeza de cuarenta hombres perturbaba la tranquilidad de este Territorio".*

Supongo que al leer este primer párrafo, a pesar de que en él no existe indicio de la mala nueva, una pequeña espina, que rápidamente habrá desestimado acudiendo al recuerdo de tantas injustificadas aprensiones ya vividas, debe haber aguijoneado el espíritu de don Frutos, de por sí afiebrado por una calentura

que lo tenía a mal traer, y tenso, porque tenía informes de que Lavalleja estaba por dar comienzo a su revolución. En efecto, creo que es posible que haya pensado: "¿Por qué Bernabelito no ha escrito este parte?"

El segundo párrafo acumula, en sus primeras frases, dos signos de muy mal agüero: describe una seria herida en uno de los más queridos oficiales de Bernabé y, casi enseguida, comienza a desarrollar una noticia a la que califica como "funesta", pero se demora tanto en ir al grano, que la mente siempre optimista de don Frutos debe haber reacomodado —vanamente— sus defensas:

*"En este momento se ha reunido al infraescrito, el Capitán Don Máximo Arias, herido de un lanzazo en la tetilla izquierda, con el Teniente Don Fortunato Silva y cuarenta hombres, comunicando la funesta noticia que habiendo atacado antes de ayer al rebelde Napacá en la costa del Cuareim frente a Yarado lo obligaron a refugiarse en la frontera brasilera arrojándose al dicho arroyo, hiriéndoles algunos individuos; y que habiendo sabido el señor Coronel Rivera que los charrúas se encontraban en un potrero distante cuatro leguas de aquel punto dispuso atacarlos, como efectivamente lo verificó en la mañana del día de ayer, poniéndolos primeramente en dispersión; mas que habiéndose reunido cargaron sobre la fuerza que comandaba el coronel Rivera..."*

Un desaliño en la redacción, perpetrado por un brusco e inadecuado cambio del sujeto que permaneció siempre elíptico, va a dibujar la última burla que le tendió la suerte a don Frutos:

*"...mas que habiéndose reunido cargaron sobre la fuerza que comandaba el Coronel Rivera y fueron derrotados ayer como al mediodía,"*

No sé si don Frutos obedeció la pausa que le indicaba la coma; menos puedo discernir si esa brevísima pausa enmarcó el estallido del alivio y la presencia de súbitas conjeturas: "¿Ganaste, Bernabelito, ganaste otra vez! ¿En qué andarías que todavía no habías vuelto?". En cambio, estoy segura de que, por un instante, en la mente del General, apareció la luz reconfortante del anuncio

de una nueva victoria y que, en ese centro de claridad cordial, que no alcanzó a ser disipada, cualquiera haya sido la extensión de la pausa, explotó el enceguedor fogonazo de una muerte más dolorosa que la propia:

*"...mas que habiéndose reunido cargaron sobre la fuerza que comandaba el Coronel Rivera y fueron derrotados ayer como al mediodía, falleciendo en la derrota nuestro bravo e irreparable Coronel Rivera, Comandante Don Pedro Bazán, Alférez Don Roque Viera y nueve soldados"*.

El resto del parte se limita a dar noticias de una de las últimas providencias de Bernabé (el envío del capitán Rosendo Velazco al Brasil para entrevistarse con Bentos Manuel Ribeiro, para advertirle de la presencia de Napacá en su territorio) y de las previsiones —muy pusilánimes— que adoptara Navajas, una vez enterado de la "noticia" para la que, en su despedida, no encuentra otro adjetivo que el de "desagradable".

Dejemos esa hoja sobre la mesa de don Frutos; démosle la espalda al General, como con viril delicadeza acaba de hacerlo el Yuca Luna; hagamos que no escuchamos los no siempre sofocados sollozos, y vayamos unos días para atrás. Quiero llevarte, por fin, al mediodía nublado del miércoles 20 de junio de 1832.

Según lo que me contó Gabiano, la muerte de Bernabé tuvo algo menos de la gloria que le canta nuestro inspirado Acuña de Figueroa en su epicedio.

Habían salido antes del alba, a las cinco de la mañana, para caer con las primeras luces sobre el potrero en el que se encontraban los charrúas. A oscuras, el baqueano torció el rumbo, y los caballos entumecidos por las semanas de fajina, demoraron en promediar un trote aceptable.

Recién dieron con la precaria tolдерía en la mitad de la mañana, y solo pudieron apresar a la chusma. Desde la noche anterior, Bernabé estaba obcecado. El cansancio y las ansias de capturar, de una vez por todas, al esquivo Polidoro, lo habían turbado al punto de que había perdido esa gélida serenidad que lo caracterizaba en sus días de campaña. A las varias objeciones que alter-

nativamente le fueron planteando, tanto en la noche anterior como en esa mañana, varios de sus hombres, que se sentían tan rendidos como los caballos, respondía obsesivamente: “¡Es la paz, muchachos! ¡La paz!”. Y en la marcha, cuando el silencio se prolongaba y denunciaba el desánimo general, les gritaba: “¡Vamos, mis hombres! ¡Vamos! ¡Vamos, que ya los tenemos a esos perros!”.

A juicio de Gabiano, dejó demasiados hombres en custodia de la chusma. Supuso, ya en ese instante, que Bernabé apartó a los que estaban más cansados o descontentos. “De ser como le digo, señora, fíjese que el Coronel veía lo que como jefe tenía que mirar, pero igual no quiso darse cuenta de que no estábamos en condiciones de combatir”. Sin descansar lo debido, partió en persecución de Polidoro, con dos docenas de hombres. “De entrada éramos menos que ellos”.

Los encontraron demasiado pronto; y encima de una loma. “Pero ni eso lo hizo entrar en razón”.

La persecución fue larga y obstinada. Los indios, montando caballos espléndidos y descansados, conociendo mejor el terreno, se las arreglaron para mantener siempre a distancia a Bernabé y los suyos. “Cualquiera se daba cuenta que todavía no estaban forzando al máximo, como nosotros, a los caballos. El capitán Arias lo emparejó al Coronel y se lo comentó. Pero no hubo caso. Ni siquiera le contestó”.

De tanto en tanto, los indios proferían alaridos y se llamaban entre sí, torciendo imprevistamente el rumbo, y entrando a apurar sus caballos, lo que obligaba a sus perseguidores a redoblar la exigencia que ejercían sobre sus montas. “Iban eligiendo el terreno más desparejo posible y mantuvieron la distancia que quisieron; los metros indispensables para que no pudiéramos tirarles”.

Así, sin otras variantes que las que a los charrúas se les antojaron, recorrieron cerca de tres leguas. “¡Van para el Yacaré-Cururú!” avisó, asustado, el baqueano. “¡Van para el Yacaré-Cururú!” repitió, a los gritos. “¡Ahí nos van a encerrar!” insistió.

Pero Bernabé solo respondió: “¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos que ahí los tendremos a esos perros!”

El terreno, accidentado y barroso, fue haciendo estragos entre los perseguidores. Aunque tampoco se puede descartar otra causa menos compatible con la honra, pero bastante comprensible: no fue casualidad que el primero en retrasarse haya sido el baqueano. Cuando ya estaban muy cerca de lo que después se supo que era el anunciado Yacaré-Cururú, Gabiano, que siempre se mantuvo casi en la misma línea que Bernabé (“de lo único que puedo jactarme ese día es que nunca hubo luz entre nuestros caballos”) oyó que, de atrás, el alférez Viera gritaba: “¡Coronel! ¡Coronel! ¡Quedamos solo trece!”. Pero Bernabé le respondió: “¡Con la mitad nos sobramos!”.

Fueron las últimas palabras que pudieron intercambiar con tranquilidad. Unos instantes después, la distancia que los separaba de los indios comenzó a disminuir sensiblemente. Dos charrúas, sobre todo, al trepar la primera loma de la cuchilla, habían quedado demasiado rezagados.

Con voz ronquísima, a la vez que azuzaba a su rosillo, Bernabé les gritó: “¡Ya no dan más! ¡A la carga! ¡Sable en mano!”.

Los dos indios se apearon súbitamente en lo alto de la loma y comenzaron a disparar flechas. “A mí no me apuntaron nunca. Las flechas siempre enfilaron hacia el Coronel, pero él las esquivó agachándose sobre el rosillo. El capitán Máximo tuvo la mala o buena suerte que le ensartaran una en el pecho, en el costado izquierdo”. Cayó y no participó más en el combate. “Después, no sé por qué, andaban diciendo en el campamento que estaba herido de un lanzazo; pero fue esa flecha”.

A los dos arqueros los mataron Bernabé y Gabiano. Al de su lado, el coronel “le hundió el sable por la mitad de la cabeza, hasta la boca”; y Gabiano bajó al suyo de un balazo. Bernabé se enojó: “¡Con el sable, sargento! ¡Para qué desperdició su pistola!” En los instantes que se entretuvieron en esta acción, los alcanzaron Bazán, Viera y un soldado, Arlindo Carrizo. “Los demás venían subiendo la loma”.

Del otro lado, la cuchilla bajaba abruptamente unos sesenta metros, para subir de nuevo en otra brusca pendiente, que iban repechando unos seis indios. Bernabé se lanzó tras ellos. "Y nosotros lo seguimos casi sin pensar".

Cuando comenzaban a trepar el segundo repecho, los seis indios desaparecieron tras la cima aunque, de inmediato, vieron a más de quince. Pero éstos ya no huían; atacaban y sus alaridos, multiplicados por el eco, hacían temblar la tierra.

"Y en ese momento —dijo Gabiano, con vergüenza, como quien está a punto de cometer una infidencia— ví algo que hasta entonces jamás había visto".

En vez de lanzarse al encuentro de los charrúas, Bernabé vaciló, frenó su rosillo, y tiró de las riendas para hacerlo darse vuelta. "Bazán y Viera ya huían y casi se topaban con los que venían detrás. Yo quedé mal colocado: solito, y de cara a los indios".

Pudo ver entonces —y reconocerlo— al indiecito Bernabé. Revoleaba las boleadoras.

"Las bolas zumbaron sobre mi cabeza pero no era a mí a quién apuntaban. Les faltó una cuarta para acertarle en la nuca al Coronel, pero pegaron con toda su fuerza en la espalda, un poquito más arriba de las paletas, y por el dolor, le hicieron abrir los brazos. Yo creí que no iba a caer, pero cuando quise acordar el Coronel estaba en el suelo".

La masiva retirada de nuestra gente había sorprendido a los charrúas; al punto que el que los encabezaba había entreparado a su caballo. Pero, cuando vieron el resultado del golpe, reiniciaron su acometida. Gabiano se había considerado con tiempo para arrimar, de apuro, su caballo a un Bernabé que, aturdido y tullido, acababa de reincorporarse, gritando por su rosillo. Perdió así la última oportunidad de salvarse. "Me rechazó el anca y me ordenó que le alcanzara su caballo que estaba a unos diez metros. Carrizo había atinado a tantearle las riendas, pero tuvo tan mala suerte que, en ese momento, le clavaron una flecha que le atravesó, de lado a lado, el cuello".

Otra flecha que, rozándole el muslo, se hundió en el cuarto de

su caballo, terminó por decidir a Gabiano: "No le voy a mentir, señora. Ahí nomás me pelé cuesta arriba. Y si no me topo con Bazán, Fortunato y Viera, sigo de largo". Los tres oficiales estaban increíblemente quietos, uno junto al otro, sofrenando apenas a sus caballos, y el amor propio del sargento pudo más que su instinto. En ese instante, alcanzaban al grupo otros dos soldados. Gabiano miró para atrás y vio que "ya no había nada que hacer".

Sobre su jefe habían caído todos los indios, desmontando casi uno sobre el otro. La gritería era infernal y la multiplicaba el eco del pequeño valle: "¡Bernabé! ¡Bernabé! ¡Bernabé!". El coronel desenfundó el sable y, todavía algo doblado por la boleada, les quiso hacer frente. Gabiano alcanzó a distinguir su voz: "Es raro, pero ¿sabe lo que gritó?" (Me dio tiempo para que pensara, pero no arriesgué respuesta).

"Fortunato después me dijo que no lo oyó, pero yo lo ví gritar y lo oí clarito y reconocí su voz. Estoy seguro que gritó: ¡Bernabé! ¡Bernabé!"

Un instante más y ya no lo vieron. Quince o más indios lo rodearon por completo. Por arriba de las cabezas, se alzó su espada. Y subió y bajó sobre alguna cabeza. Y subió de vuelta, pero estaba rota y ahí lo abandonaron las fuerzas. La mano debió aflojarse y el sable mocho cayó a plomo.

"Los indios parecían no creer lo que vivían. Gritaban cada vez más fuerte: ¡Bernabé! ¡Bernabé!". Los seis jinetes dieron a su jefe por definitivamente perdido. Gabiano arrastraba aún, cuando me contó el episodio, el remordimiento de no haber podido hacer casi nada y de haber huído. Pero se consolaba, contestándose que el golpe afortunado del indiecito Bernabé, a casi setenta metros de distancia, había sellado la suerte de su padrino. "El debe haber tenido razón. Mi caballo estaba muy cansado y, con los dos arriba, nos alcanzaban enseguida. Además, enancado, lo bajaban a flechazos como le pasó a Carrizo".

Pero aún le quedaba por vivir otro incidente. "Mire que todo fue muy rápido. Segundos apenas. Estoy demorando mucho más en contarle. Cuando ví que al Coronel se le había caído el sable,

dí vuelta otra vez el caballo para irme. Pero ya no era cuestión, me pareció, de salvar la vida. Los indios seguían entretenidos con el Coronel. Pude haber girado hacia afuera, pero lo hice hacia adentro y me topé con la mirada del Capitán. Y eso terminó de decidirlo”.

El pobre Bazán estaba pálido, con los ojos grandes y desencajados. “Por más que he querido pensar otra cosa, estoy seguro que, al mirarlo, lo decidí y los condené a él y a Viera a una muerte inútil”. Gabiano no estaba seguro, en cambio, de cómo había incidido su mirada. “Por un lado, pudo entender que yo le reprochaba que no cumpliera el juramento de Durazno; pero, por el otro, pudo darse cuenta de que yo estaba decidido a irme de una vez y que, si él me ordenaba otra cosa, yo iba a desobedecerlo. Entonces, a lo mejor, vio en mí lo que él también estaba haciendo. No sé qué fue lo que pensó o sintió, pero le aseguro que, al mirarme, se decidió”.

Clavó las espuelas, alzó la espada y se lanzó sin más, cuesta abajo, hacia la muerte. Viera saltó tras él como un resorte. Uno de ellos, tan solo uno de ellos, al que Gabiano no pudo individualizar porque ya los veía de espaldas, gritó dos veces: “¡Viva la Patria! ¡Viva el coronel Rivera!”

Gabiano sintió una inmensa pena. “Sobre todo, por Viera. Tenía ganas de vivir, de ser alguien y era la sombra del Coronel. Todavía estaba muy nuevito, pero se las iba arreglando para aprender muy rápido”. Bazán, en cambio, aunque muy recto, era altanero y reservado; le gustaba hacer sentir su rango. “Me dio pena que gritaran ¡Viva el Coronel Rivera! ¿No se habían dado cuenta que ya estaba muerto?”. Por otra parte, al gritar, llamaron la atención de los charrúas.

La primera lanza fue para Bazán. Se la ensartaron, desde arriba hacia abajo en el estómago, y Gabiano vio asomar la punta en el costado izquierdo de su espalda. Por un momento, quedó en vilo, suspendido en el aire, y su alazán lo abandonó, siguiendo despavorido su galope y causando más estragos entre la indiada que su jinete. El indio que lo había herido, giró la lanza hacia su iz-

quierda y lo dejó caer demasiado pronto, porque entonces se encontró con el sable vengador de Viera. Pero el alférez, sea que se apresuró, sea porque su caballo lo molestó al enredar sus patas en el cuerpo de Bazán, no acertó a pegar un buen mandoble. La hoja apenas rebanó los músculos del hombro derecho del charrúa. Y ya no tuvo una segunda oportunidad. Una, dos, tres lanzas lo atravesaron.

Fortunato Silva, la verdadera mano derecha de Bernabé, tampoco se había movido. Ni en ese momento abandonó esa sonrisa "desganada" —descreída, imagino yo— que se dice que siempre tuvo. "¡Qué muertes al pedo!" le comentó a Gabiano y, más que ordenarle, lo invitó preguntándole: "¿Vamos?". Pero no aguardando la respuesta, salió sin más al galope corto, al que no aminoraron hasta que se dieron cuenta de que, como ambos lo presumían, los indios no se habían molestado en perseguirlos.

En el camino encontraron al capitán Arias, de pie, pero tambaleante. "Estaba muy desangrado; ya se había sacado él mismo la flecha". Lo recogieron y siguieron rumbo al campamento de Navajas. "De los dos soldados que estaban junto a nosotros en la loma, solo nos acompañó Gervasio Lemos. Todos los demás desaparecieron". Esa noche, acampados a mitad de camino, porque Arias no resistía la marcha, convinieron no denunciarlos. "Vamos a darlos por muertos o por perdidos —dijo Fortunato— porque lo que hicimos nosotros no fue muy distinto de lo que hicieron ellos". Arias deliraba por la fiebre y Melo y Gabiano asintieron sin discutir.

De noche, no encendieron fogón. Ninguno de los cuatro podía ni quería dormir. Despacito, porque no tenían para comer otra cosa que un pedazo de charque que conservaba Mello, fueron vaciando los cuatro chifles de caña —ninguno de ellos, lleno— que llevaban. El que más tomó fue Fortunato Silva. Con el fondo de los quejidos del capitán Arias, les contó todo lo que había vivido y aprendido junto al Coronel. "Siempre se refería a él como si no hubiera muerto".

A eso de las cuatro de la madrugada, su silencio y, casi de

inmediato, sus ronquidos, le denunciaron a los otros dos que el teniente había quedado súbitamente dormido. En la oscuridad, Gabiano y Mello quedaron sentados, uno frente al otro, casi sin hablarse. Una y otra vez, el sargento repasó para sí la muerte de su jefe: "No podía pensar en otra cosa. Parecía que necesitaba convencerme de que estaba muerto; tan muerto como Carrizo, Bazán y Viera".

Le dolía que las últimas palabras que Bernabé le dirigiera, hubieran sido un reproche. No podía dejar de oírle el grito: "¡Con el sable, sargento! ¡Para qué desperdició su pistola!". Volvía a aturdirle la gritería de la indiada: "¡Bernabé! ¡Bernabé! ¡Bernabé!". Y, entonces, a pesar de la muy débil duda que ya le había suscitado la cerrada negativa de Fortunato, volvía a ver a su Coronel esperando doblado pero a pie firme, con la espada todavía invicta, a la indiada que ya se le venía encima, y le leía en los labios y oía nítidamente, entre los alaridos jubilosos de la regalada venganza, esos gritos desgarrados, proferidos con toda el alma: "¡Bernabé! ¡Bernabé!".

Desde esas horas, las primeras de quietud y soledad que tuvo después de la breve escaramuza, Gabiano comenzó a indagar el sentido de esos últimos gritos y me consta que veinticinco años después no tenía aún una respuesta definitiva.

Juntos, imaginamos unas cuantas posibilidades y ninguna terminó por convencernos. Yo, incluso, casi forcé a Gabiano a cambiar el eventual destinatario de esos gritos, preguntándole si ese "¡Bernabé! ¡Bernabé!" no sería el ahijado del Coronel, el indiecito que se le venía encima, en la primera fila de la carga, y le hice suponer el dolor de un reproche o un último y vano intento de disuasión. Sé que el sargento, en sus entrañas, se cerró de plano a tales posibilidades, pero se limitó a contestarme: "Todo puede ser, señora, pero ¿por qué los esperaba mostrándoles el sable?".

Notoriamente, él se inclinaba a darle a ese "¡Bernabé! ¡Bernabé!" el único apellido al que doblemente sirvió en los mejores años de su vida. "Yo creo que el Coronel gritaba su propio

nombre. Pero no sé ni por qué lo hizo, ni qué quiso decir. A lo mejor, ni él mismo lo pensó. Mire que, en momentos así, se gritan muchas cosas sin pensar”.

Por más que siempre me lo haya criticado Narbondo, yo le he dado a las últimas palabras una gran importancia. Aún estoy convencida de que, cuando se dicen con conciencia son portadoras, como el lema de una divisa, de los valores que se estiman primordiales. Mucho me dicen el “Jésus Mariel” de mi madre, el “Merde!” de mi padre e, incluso, el “Josefina...” de mi marido, apenas un requiebro, memorioso y cómplice, cuyos limitados alcances sólo él y yo supimos medir, que lo pinta de cuerpo entero: falluto, tierno y cínico hasta en la misma muerte.

No sé por qué pero tiendo a confiar, cada vez más, en el oído de Gabiano y a desechar la mayor serenidad de Fortunato. Por ello prefiero cerrar la relación de los hechos de Yacaré-Cururú con esta casi postrera imagen de Bernabé, optando casi sin otra alternativa, por una quieta espera de la muerte, en guardia marcial, aunque algo inhibida la gallarda apostura de otros trances por el golpe recibido en su frustrado conato de fuga, blandiendo el sable y gritando, en la convicción de que afronta los últimos instantes de su existencia, un “¡Bernabé! ¡Bernabé!” que le enronquece la trāsida voz. Es probable que los alaridos de la indiada ya no le parezcan una amenaza, sino el último salvaje homenaje con el que lo despide la vida.

Te invito ahora para que, sin dejar de contemplar esta escena, oigamos la algo meliflua voz de nuestro poeta oficial, declamando estas estrofas:

*Admirado el oído extranjero,  
Tus hazañas también escuchó,  
Y de un polo hasta el otro del mundo,  
Bernabé, Bernabé, resonó.*

*¡Bernabé! ya tu sombra terrible,  
De la Estigia, las aguas pasó,  
Ya no existe, tu brazo invencible,  
Solo llanto, nos queda y dolor.*

*No hay mujer blanca  
Que no lo tenga negro,  
Que no lo tenga negro,  
Que no lo tenga negro,  
Cuando no son los ojos,  
Ha de ser el pelo.*

Los últimos versos te habrán parecido de pésimo gusto, pero puedo ensayar dos defensas: primero, deberías saber que eran de las coplas que más divertían a don Frutos; segundo, el contraste, tan abrupto, se dio en la realidad y lo sufrió la recién despertada conciencia del sargento Gabiano en San Pedro de Durazno, en las primeras horas de la noche del jueves 28 de junio de 1832.

Gabiano, que había llegado a mediodía trayendo un segundo parte del comandante Navajas, estaba durmiendo una larga siesta en los fondos de la casa de don Frutos. Fue súbitamente despertado por el Yuca Luna con gritos y sacudones. Apurado para que se pusiera en pie, lo recibió un cuerpo con los músculos aún más entumecidos que cuando había llegado. El mulato lo aferró del brazo derecho y, más confianzudo que autoritario, lo había llevado como si fuera un preso, escoltado por cuatro hombres, al despacho del Presidente, apartando a empujones a la gente que colmaba los dos patios que tuvieron que atravesar. Y ahora, luego de hacerle un guiño y de haberle palmeado el hombro, lo tenía quieto en un rincón desde el cual no podía ver la plaza.

Las coplas que te transcribí y el clima festivo que imperaba tanto en la multitud que había invadido la casa como en la que, sin duda, se arracimaba en la plaza, dejaron al sargento absolutamente desconcertado. Todo había cambiado en las cuatro o cinco ho-

ras que habría durado su sueño, porque ya era entrada la noche. Como el Mulato Yuca siempre fue su amigo y le había dicho al oído: "Tranquilo, gaucho, que ya te lo vamos a explicar", se quedó manso en su rincón, entregado por completo a lo que le depa-  
rarán los acontecimientos, "como pavo colgado de las patas".

Cuando llegó al despacho, don Frutos ya se había asomado a la ventana enrejada y no le podía ver la cara. Se había abrigado con un poncho y escuchaba el pericón con el que lo estaban homenajear. Cada tanto, inclinaba la cabeza para uno u otro lado, presumiblemente en respuesta de saludos. Se había tomado ambas manos por detrás de la espalda y movía impaciente los pulgares.

Cuando terminó el baile, la plaza estalló en vivas y en cohetes. Don Frutos dejó que la gente diese rienda suelta a su alegría y luego, lentamente, alzando los brazos con las manos abiertas, fue reclamando silencio. Cuando lo obtuvo, un Gabiano cada vez más atónito, lo escuchó decir:

"¡Compatriotas! Estoy enfermo, y me pidieron que no saliera, pero me he levantado para que juntos festejemos lo que a esta hora debe ser una regocijante realidad: la concreción de la libertad de mi hermano, el bravo Coronel de la República, don Bernabé Rivera, mi compadre y el amigo de todos nosotros, nuestro querido y admirado Bernabelito. Hoy, el Durazno está de fiesta. Se quitó el luto. Mañana ocurrirá lo mismo en la capital. Solo un pequeño grupo, el de los obcecados anarquistas y facinerosos que porfían en tramar la ruina del nuevo Estado, y que lamentablemente hay en algunas partes del país, incluso en esta gloriosa Villa, donde han tenido la canallesca hipocresía de venir aquí, y estar aquí, fingiendo compartir nuestra alegría, están hoy y estarán mañana, carcomidos por el odio y por el miedo, sumidos en la tristeza y en el temor..."

El sargento creía estar soñando. El Presidente que estaba hablando, nada tenía que ver con el hombre abatido y realmente enfermo que lo había recibido aquella misma tarde.

En ese instante, el estallido de un llanto le llevó su atención

hacia el rincón diagonalmente opuesto al que él ocupaba. Sentada en una precaria silla, una mujer muy joven, con un hermosísimo rostro que no tardó en cubrir con un pañuelo para acallar sus sollozos, era silenciosamente consolada por una negra de vientre abultado y pecho opulento, que estaba parada junto a ella y le acariciaba muy suavemente la nuca convulsa. La negra tenía los ojos llenos de lágrimas. Aquella escena, a menos de dos metros del General, nada tenía que ver con lo que éste estaba diciendo: "...muy pronto tendremos entre nosotros a este puntal de la Patria, a este generoso defensor de nuestras libertades y, así como aplastó la sublevación de Bella Unión, colaborará conmigo para arrasar, con toda nuestra energía, a los cobardes y ambiciosos que solo miran el servicio de sus intereses personales y no vacilan en dividir a la República".

Gabiano temió, por un instante, que el comandante Navajas en el parte que él mismo le había traído a don Frutos, hubiera exagerado la tan mínima posibilidad de que el Coronel no hubiera muerto en Yacaré-Cururú. Si así fuera, Fortunato Silva tendría su parte de culpa. Pasadas muchas horas de su llegada al campamento, volvió a presentarse ante Navajas y le comentó que, pensándolo bien, ninguno de los sobrevivientes había visto morir a Bernabé y que, tal vez por su deseo de no perder a su jefe, él personalmente, alentaba una esperanza que no se podía abandonar sin más. Juzgaba posible que los charrúas respetasen la vida del coronel, para utilizarlo como prenda de un trueque. Varios hechos del pasado le permitían asegurar que los indios tenían el vivo deseo de recuperar sus mujeres y sus hijos. Navajas coincidió con su opinión y estimó criterioso redactar un segundo parte, para cuyo envío escogió a Gabiano como chasque: "Es imprescindible, sargento —le dijo— que sea usted quien lo lleve. Como testigo presencial de los hechos, podrá disipar toda curiosidad del Presidente, que yo no haya previsto".

Gabiano se tranquilizó recordando que don Frutos no le había prestado ningún crédito al parte. Antes de leerlo, ya había dicho con tono desdeñoso: "¡Vamos a ver qué dice ahora este

abombado!" Lo leyó rápidamente, lo tiró sobre la mesa y hundió pensativo la cabeza entre las manos. Después le resumió el contenido a Yuca y, entre los dos, interrogaron a Gabiano.

"Yo hoy puedo decirle a usted toda la verdad, sin remordimiento ni vergüenza, porque antes se la dije al General. Ese momento me cambió la vida".

El rostro de don Frutos, demacrado y fatigado, fue trasuntando una creciente comprensión y el sargento se decidió a no retacearle ningún detalle. No obstante, cuando terminó, quedó con la mirada baja, hasta que oyó que Rivera le decía: "Usted no se da cuenta, Gabiano, de lo malo que usted es conmigo. Yo lo voy a tranquilizar; le voy a decir lo mismo que Bernabelito le diría si hoy estuviera aquí. Usted hizo más de lo que se le podía exigir. Por lo que veo, fue el único que estuvo al lado de mi hermano mientras valía la pena estarlo: eso no lo podrían decir, si después no hubieran regalado la vida, ni Bazán ni el pobrecito de Viera. En cambio, usted me deja peor que antes: yo sabía que mi compadre había muerto, pero no me había pasado por la cabeza que se lo hubieran llevado con vida. Si así fue... ¡Dios me oiga! ¡Dios se haya apiadado de él!...

Abruptamente, se levantó de su sillón y se refugió en la otra pieza. El Yuca eludió la mirada de Gabiano, mirando largamente la puerta que había quedado abierta. Después, sacudiendo con tristeza la cabeza, puso una mano en el hombro del sargento y lo invitó: "Vení conmigo, a comer y a dormir. Pero te pido una cosa: de esto, no hables con nadie. Después te explico. Desgraciadamente —bajó aún más la voz— el General debe tener razón. Pero... ¿quién te dice? Al menos, hay una esperanza".

"¡Andate, Yuca! —les gritó don Frutos, casi rabioso, desde su pieza—. ¡Andate!". Sin embargo, a tan escasas horas, le estaba diciendo a la absorta gente de Durazno: "¡Bueno! El Yuca, que se cree que es médico, me está tirando del poncho... A lo mejor, tiene razón. Me voy para adentro, porque quiero estar sano, para recibir a mi hermano. ¡Que siga la fiesta!... ¡Viva...! ¿Pero

qué estoy diciendo? ¡Vive! ¡Vive! ¡Vive Bernabé! ¡Y vive la Patria!”.

Mientras en la plaza florecía un solo grito (“¡Rivera! ¡Rivera! ¡Rivera! ¡Rivera!”) Gabiano pudo ver, por primera vez en la noche, el rostro del Presidente. Aún conservaba la máscara de sagra-dación que, más allá de la verdad o de la mentira, siempre incendia el rostro de los auténticos caudillos cada vez que se enfrentan al pueblo; y aún le restaba el poderoso aliento que, quién sabe de dónde, le habían procurado hasta entonces sus fatigados pulmones. Pero la mirada (“que se le apagó enseguida”) fue el primer rasgo que acusó el cambio de ambiente y ya trasuntaba dolor y debilidad. Se dejó abrazar por el Yuca y nada le respondió cuando el Mulato, conmovido, palmeándole sin prudencia las costillas, le atinó a decir: “¡Este es mi General!” Esquivó con firmeza el asedio obsecuente de los tres oficiales presentes que lo dejaron escabullirse porque de inmediato comprendieron hacia dónde se dirigía. Encaró a la dama del rincón y, vacilante, le puso una mano en el quieto y tenso hombro.

Gabiano, que se había acercado al Yuca para apurarle las tan postergadas explicaciones, estaba a dos metros de don Frutos y vio que la muchacha (“una de las más hermosas mujeres que yo haya visto, señora”) puso sus manos en el regazo, pero no levantó sus ojos hacia el General.

La manaza del Mulato se apoderó de la nuca del sargento, quien oyó que se le decía al oído: “El Presidente acaba de repetir el parte que vos le trajiste y todo lo que conversó contigo. ¡Ojo, gaucho! Estas buenas noticias te las debemos a vos solito”.

En ese instante, Rivera, retirando su mano del hombro de la muchacha y dejándola un segundo en el aire como si no supiera qué hacer con ella, le dijo: “¡Arriba ese ánimo, Manuelita! Va a ver usted que no exageré. Pronto lo tendremos a Bernabé junto a todos nosotros”.

“¿Por qué todo esto?”, preguntó Gabiano, remedando el cu-chicheo de su amigo.

Manuela Belmonte alzó los ojos hacia su pariente, movió su

rostro con un gesto de negación (¿o de repulsión?) tan instintiva como apenas perceptible, se reincorporó, siguió mirando al General y pareció que algo, no precisamente grato, le iba a replicar, pero, repentinamente, salió corriendo hacia la otra pieza.

“Los anarquistas... —susurró el Yuca— Mientras dormías nos enteramos que el Juan (Santana) tiene planeado alzarse aquí esta madrugada —y, sorpresivamente, sin quitar la boca del oído del sargento, comenzó a gritar con todo su vozarrón— ¡Fagúndez! ¡No salgas! ¡No levantes la tranca!”

Se apartó de su amigo, gritando: “¡el General tiene que descansar! ¡Nadie puede entrar ni salir de aquí hasta que él se retire!”

Pero la atención de Gabiano fue capturada por la negra vieja, quien en la mitad de su afligido camino en pos de la viuda de Bernabé se plantó en jarras frente al Presidente y le dijo, con voz de maldición:

“¡Frutos! ¡Cada vez te reconozco menos!”

La mano de Yuca se plantó de nuevo en el hombro del sargento: “Había que confundirlos, gauchó! ¿Vas entendiendo? Y, sobre todo, quitarles pueblo”.

Rivera ni quiso, ni tuvo tiempo de responderle nada a la Mamama. Se derrumbó en el sillón que había dejado libre Manuela y clavó sus ojos en el techo. Respiraba con dificultad. Silenciosas, las lágrimas le corrían por ambos costados de la nariz e, intermitentes, le humedecían los labios. De tanto en tanto, carraspeaba. Siempre tuvo cerrados los puños, con toda su fuerza, como si quisiera pegarle a alguien.

Cuando terminó de contarme esta escena, Gabiano me dijo, admirativo y emocionado: “¡Las cosas de arriba, señora! ¡Las cosas de arriba que nunca vemos los de abajo!”

Porque, afuera, media plaza de gente festejaba, con risotadas y guarangadas, un pericón que se estaba bailando con todas las ganas.

Fortunato Silva tenía razón, pero demoró en hablar; y Navajas, sintiéndose al frente de una tropa escasa y de dudosa lealtad, porque estaba compuesta en una proporción excesivamente alta por pobladores de la propia Bella Unión, a los que ya no ataba el prestigio de Bernabé, no se manifestó particularmente inclinado a una acción inmediata. Dicen que era valiente y tesonero, pero también de los que se dejan inhibir por sus responsabilidades.

La mera presunción inicial de Fortunato, fue creciendo rápidamente no solo en su propio ánimo sino también en todo el campamento y se tornó cada vez más persuasiva. La suerte no podía abandonar a Bernabé así, tan de improviso. Demasiados trances había sobrevivido para morir en escaramuza tan mínima. ¿No se decía en el desierto que el Coronel gozaba, por hechizo obsequiado acaso en Río, de un "corpo fechado" a todo acero, a todo plomo y a toda piedra?

Recién a la mañana siguiente, nervioso y ojeroso, Navajas llamó a Gabiano y le entregó el parte para llevar a Durazno. Minutos después, el convocado era Fortunato Silva, para enterarse que se le encargaba el mando de una partida exploratoria. Al partir, el teniente gritó fuerte, para que todos lo oyeran, al borde de la insolencia: "¡Ya verá usted, Comandante! ¡Salimos nueve y volveremos diez! ¡Y otro será el jefe!". Un griterío de aprobación y apoyo brotó desde los diversos puntos del campamento; incluso del sector donde se encontraban los prisioneros. Ese y otros detalles fundaron el comentario que me confió Gabiano: "Los misioneros estaban tan consternados como nosotros. Fortunato decía que era porque tenían miedo a las represalias; pero yo creo que no sentían nada contra el Coronel... Claro, ninguno de ellos había estado en San José..."

Hizo una pausa, vaciló y terminó confesándome que Fortunato había propuesto pasar por las armas a todos los presos, no en pie de venganza, sino como acto impuesto por la necesidad. Dibujando la eterna sonrisa de desgano que utilizaba para cualquier circunstancia, había sugerido con el tono más respetuoso que alguna vez le oyó Gabiano: "Si son los presos los que lo atan, mi Co-

mandante, hay una forma muy fácil y rápida de salir del paso". Navajas entendió al instante lo que se le proponía y tardó demasiado en responder. Pálido, clavó sus ojos más allá de los árboles. Pero cuando volvió a encarar a Silva, su voz era firme: "Vivimos en una República, Teniente, y ni usted ni yo, tenemos autoridad para cometer semejante atrocidad". Fortunato insistió: "Todos juntos podríamos rescatar al Coronel o, por lo menos, cumplir su última voluntad y terminar con los charrúas". Navajas respondió: "El jefe soy yo".

Cuando finalmente lo encontraron, el cadáver de Bernabé estaba boca abajo; descalzo; con la cabeza hundida en un pozo, los ojos sin cerrar y la nariz mutilada a filo de facón. El brazo derecho lo tenía abierto desde el hombro hasta la muñeca y lo habían despojado de sus principales venas.

Lloviznaba y las gotas, rebasando el tupido follaje del monte, caían sobre todos los rostros. El uniforme, cubierto de barro y hecho jirones, arrebatados todos los galones, era irreconocible. En el resto de los miembros, entre las desgarraduras de la ropa, se veían tumefacciones dejadas por escogidos y profundos lanzazos. Fortunato se encargó de dar vuelta el cuerpo y al ver el rostro, con los opacos ojos de pescado podrido y la boca abierta, obstruida por el barro, y una gran herida de gruesos labios en el pecho, a la altura del corazón, se arrodilló y comenzó a llorar como un niño.

Era evidente que la muerte de Bernabé se había verificado muchas horas o, incluso, días después que las de sus compañeros. Los cuerpos de éstos se encontraron en el mismo lugar en el que habían caído. El de Bernabé fue hallado a más de mil metros de distancia, casi en la barra del Yacaré Cururú, ya monte adentro, donde muchos rastros todavía delataban una precaria toltería de los charrúas. Me cuesta decirlo pero había una prueba casi inequívoca de que estuvo sometido a cautiverio: la ropa interior estaba llena de inmundicias.

"No creo que hubiéramos conseguido rescatarlo con vida"—le comentó Fortunato a Gabiano, cuando más tarde se encontra-

ron— Los indios, antes de huir o de enfrentarnos, lo hubieran despenado. Pero también estoy seguro de que si no hubiera sido por el imbécil de Navajas pudimos acortarle la agonía que fue espantosa”.

“Tengo miedo —agregó Gabiano— que uno de sus peores sufrimientos haya sido el de sentirse abandonado, porque murió solo, como si fuera un perro, sin que nadie hiciera nada por salvarlo”.

La versión de Sepé encaja, sin que discuerde ningún detalle esencial, con lo que acabo de describirte. El primer detalle que contó el cacique fue que el 20 de junio los charrúas se encontraban acampados no en uno sino en dos lugares: en el potrero que asaltó Bernabé y en la barra del arroyo, donde lo llevaron apenas lo capturaron.

Cuando se enteraron de que el Coronel andaba por las vecindades, persiguiendo a Napacá, Polidoro resolvió trasladar la toltería a un lugar más inaccesible y escogió el monte del Yacaré-Cururú. Si Bernabé los atacaba, tenían la posibilidad de refugiarse en territorio brasileiro. Pero no todos estuvieron dispuestos a seguirlo, casi duplicando los prolegómenos del episodio del Matajo Grande. Acaudillados por un misionero, Ceferino Javier, que había servido en el Ejército Nacional con el grado de Teniente, adujeron que el traslado implicaba pasar por varios lugares descampados, en los que podían ser avistados por Bernabé, y consideraron que era muy probable que éste no los buscara ni los persiguiera. La tribu de Polidoro —sostenían— había permanecido notoriamente ajena a la sublevación. Apenado, el viejo cacique partió de noche, el 18 de junio, con todos los que habían resuelto acompañarlo. Entre ellos iba el ex-cabo Joaquín Paz. Por eso, Sepé no fue testigo presencial ni del ataque al potrero, ni de la loca persecución que precedió a la escaramuza.

La gente de Ceferino Javier detectó el acercamiento de la tropa de Bernabé unos escasos minutos antes de que comenzara el ataque. Se produjo un desbande general y, como no había caba-

llos para todos, gran parte de la chusma permaneció en el campamento.

Tras muchos gritos, Ceferino Javier consiguió primero ordenar el malón de la fuga y, luego, detener a casi todos sus compañeros. Sabía que no podía demorar ninguna decisión, por más que en cada una de ellas se jugaba la vida. Mandó que las mujeres y los viejos marcharan rectamente hacia los montes del Yacaré-Cururú y que, después, descendieran, alejándose de la barra. Envío a dos de sus mejores jinetes para que avisaran a Polidoro lo que había ocurrido y que le previniera que ellos marcharían hacia allí, atrayendo tras de sí a Bernabé. "Díganle que no son muchos —les encareció— y que tienen los caballos cansados". Apenas consideró que las mujeres y los viejos se habían alejado lo suficiente, rumbeó con una docena de los guerreros mejor montados hacia el potrero. Al trepar una loma, se sorprendió al encontrarse con la columna de Bernabé mucho más cerca de lo que había previsto.

El resto de la historia ya lo conocemos, con la única salvedad de que los dos arqueros que se apearon no lo hicieron por una razón táctica. Nadie los mandó al sacrificio. Eran dos hermanos. Al mayor, se le mancó el caballo y comenzó a rezagarse; cuando advirtió que iba a ser alcanzado, se lanzó al suelo con su arco. El menor no vaciló en imitarlo.

Si el caballo se hubiera mancado antes es probable que solo hubiera muerto el hermano mayor. Sepé aclaró que los alaridos que proferían los indios en la fuga no eran para comunicarse entre sí, ni menos para infundir temor a sus perseguidores. El rumbo lo tenían predeterminado y, además, les bastaba seguir a Javier. Con la gritería querían facilitar que la gente de Polidoro pudiera localizarlos y acudir en su auxilio. El mismo fin tuvieron los alaridos de los que llegaban hacia ellos. Fue en ese instante, contó el cacique, que, según comentaban los demás indios, el caballo quedó definitivamente en tres patas y su jinete no tuvo otra opción que echar pie a tierra, cuando aún quedaban unos cuantos metros para que culminase la cuesta. Su hermano también se apeó

llos para todos. gran parte de la chusma permaneció en el campamento.

Tras muchos gritos, Ceferino Javier consiguió primero ordenar el malón de la fuga y, luego, detener a casi todos sus compañeros. Sabía que no podía demorar ninguna decisión, por más que en cada una de ellas se jugaba la vida. Mandó que las mujeres y los viejos marcharan rectamente hacia los montes del Yacaré-Cururú y que, después, descendieran, alejándose de la barra. Envío a dos de sus mejores jinetes para que avisaran a Polidoro lo que había ocurrido y que le previniera que ellos marcharían hacia allí, atrayendo tras de sí a Bernabé. "Díganle que no son muchos —les encareció— y que tienen los caballos cansados". Apenas consideró que las mujeres y los viejos se habían alejado lo suficiente, rumbeó con una docena de los guerreros mejor montados hacia el potrero. Al trepar una loma, se sorprendió al encontrarse con la columna de Bernabé mucho más cerca de lo que había previsto.

El resto de la historia ya lo conocemos, con la única salvedad de que los dos arqueros que se apearon no lo hicieron por una razón táctica. Nadie los mandó al sacrificio. Eran dos hermanos. Al mayor, se le mancó el caballo y comenzó a rezagarse; cuando advirtió que iba a ser alcanzado, se lanzó al suelo con su arco. El menor no vaciló en imitarlo.

Si el caballo se hubiera mancado antes es probable que solo hubiera muerto el hermano mayor. Sepé aclaró que los alaridos que proferían los indios en la fuga no eran para comunicarse entre sí, ni menos para infundir temor a sus perseguidores. El rumbo lo tenían predeterminado y, además, les bastaba seguir a Javier. Con la gritería querían facilitar que la gente de Polidoro pudiera localizarlos y acudir en su auxilio. El mismo fin tuvieron los alaridos de los que llegaban hacia ellos. Fue en ese instante, contó el cacique, que, según comentaban los demás indios, el caballo quedó definitivamente en tres patas y su jinete no tuvo otra opción que echar pie a tierra, cuando aún quedaban unos cuantos metros para que culminase la cuesta. Su hermano también se apeó

pero, seguramente, porque había oído la llegada de Polidoro. Su decisión no fue la de compartir la muerte de su hermano sino la de ayudarlo a resistir el tiempo necesario para que acudiesen los otros indios. Pero no tuvo suerte. No llegaron a disparar más que dos flechas cada uno y ninguna hirió a Bernabé. Antes de que empuñasen la tercera caía sobre el mayor el sable del coronel y el balazo de Gabiano perforaba la sien del menor.

Su madre, Federico, es esta india aún joven, de mirada baja, turbia y reconcentrada, cuya mano de dedos mutilados, con dos muñones que aún no han empezado a cicatrizar, levanta para que todos vean, el ex-cabo Joaquín. Son las primeras horas de la mañana del jueves 22 de junio. La mano de dedos mochos y sin uñas ha quedado alzada en un sitio que permite que un haz de luz, delgadísimo, que apenas se filtra entre las quietas sombras de las hojas, haga brillar la llaga viva de las dos heridas.

Atrás de Joaquín, con la cabeza casi al lado de un charco de agua inmundada que, sin embargo, se desespera por lamer sin que se lo permitan las ligaduras y las doce lanzas que tiene clavadas, a tres por miembro, en cada muslo y en cada brazo, Bernabé insiste por última vez con la promesa que hasta ahora ha reiterado vanamente, casi desde la iniciación de su cautiverio: “¡Una carta mía...!”. Joaquín lo interrumpe: “Solo te la aceptaremos según lo que diga Venado, que es el que más te conoce y el que más te quiere. Pero ¿qué le habrá pasado que no está aquí con su familia?”

La suerte de Bernabé está echada. El silencio de los charrúas es torvo y solo puede tener un sentido. Polidoro, acuclillado, y curiosamente ubicado en una segunda fila entre sus guerreros, no ha levantado la vista del suelo y sigue dibujando distraídamente con una ramita de ceibo, a la que de tanto en tanto le masca la punta superior. Pero es notorio que ha estado auscultando la voluntad de su gente y que ya la ha discernido. Si hasta ahora nada ha dicho, es porque detesta la prisa: “todo llega —siempre ha dicho— cuando tiene que llegar”. También el silencio de Ceferino Javier es significativo. Ha claudicado; ya no intenta conven-

cer a los demás de que sería conveniente tentar un trueque. Joaquín ha replicado a todas sus variaciones argumentales, con una única idea que no ha podido refutar: “¿Para qué querés que nos devuelvan a nuestras mujeres y a nuestros hijos? ¿Cuántos días van a durar con nosotros? ¿A cuántos van a dejar con vida? ¿Cuántos somos para defenderlos?”. Y cada intento suyo solo ha servido para incrustar más en la cabeza de cada indio, como golpe de martillo, el dolor de una separación que es tan definitiva como la derrota de su pueblo. “¿Qué charrúa puede confiar en un Rivera? ha preguntado Joaquín— ¿Venado pudo entregarle a Frutos la carta de Bernabé?”

Hay un indio apartado del grupo; sentado bastante lejos, dándole la espalda, mirando el descampado. También se llama Bernabé. Ha armado un cigarro y lo fuma como un cristiano. Todavía sabe apreciar el tabaco de los Rivera.

Pero ahora, Federico, que ya está llegando el último momento, quiero llamarte la atención sobre un detalle. Mirá el borde de cada una de las heridas de Bernabé. Me dirás que no se ven las largas puntas de las lanzas, de tan anidadas que están en la profundidad del músculo, rozando o entrando en el hueso y tendrás razón. Pero no es eso a lo que me refiero: mirá cómo asoman por encima de cada labio, los bordes irregulares, impregnados de sangre, de cuero de vaca. “Mandé —dijo Sepé— cubrir con cueros las moharras de las lanzas. Así la sangre no salía, quedaba adentro, hinchaba, apretaba, ardía, quemaba”.

No es flojo, entonces, este hombre que grita: “¡Por Dios! ¡Por Dios! ¡Mátenme de una vez!”. Joaquín se ha dado vuelta y lo mira. Se diría que imita a Polidoro. No se apura; se toma su tiempo. Sabe que el cacique lo dejará actuar, porque casi toda su gente está de acuerdo. Siente el pecho lleno de vida; está limpiando su pasado; ha vuelto a ser un charrúa entre charrúas. En silencio y, lentamente, le va arrancando, una a una, las lanzas que tiene clavadas.

Al fin responde: “¿Por qué recién ahora te acordás de tu Dios? ¿Por qué no lo llamaste antes de asesinar a tus amigos?

Llamalo ahora. A lo mejor no viene El. A lo mejor te manda a Venado; o a Brown; o a Rondó o a..."

Furioso, ha empuñado la lanza con las dos manos y la ha alzado sobre el pecho de Bernabé. Pero, según contó, antes de atravesarle el corazón quedó quieto. Y nadie lo detuvo; calló Javier; calló Polidoro. Solo las mujeres profirieron gritos de incitación.

Desde el suelo, con los brazos atados e inutilizados, sin poder ensayar defensa alguna, Bernabé lo miró largamente a los ojos. No fue un ñandú; quiso ver su muerte. No quiso decir ninguna palabra. De los presentes, no deseaba despedirse. Joaquín le puso un pie en el pecho para afirmarse y ubicar con exactitud el lanzazo.

Contaba mi padre que, llegado a esta altura de su relato, el cacique estaba tan poseído por su pasado, que puso su planta en el grueso y chamuscado trozo de guayabo que había servido de trasfoguero. Tomó la lanza con las dos manos, alzó los brazos y se quedó contemplando un rostro que solo para los demás era invisible. Al fin, con todas sus fuerzas descargó la lanza, pero no sobre el tronco, sino sobre la tierra. El asta quedó cimbrando, entre una nube de polvo y cenizas y una errática constelación de chispas fugaces, como si fuese un péndulo invertido.

Tan solo fue un instante. La vara se aquietó y pasó a remedar una rama seca, languideciendo entre los restos del fogón. Removidos los rescoldos, algunos focos mínimos todavía respiraron en torno a la lanza con mortecina intermitencia. Papá, tratando de no escuchar más, los miró hasta que se esfumaron en el lecho gris de la ceniza.

En cambio, cuando se clavó en el pecho de Bernabé, la lanza no osciló. No la detuvo el temprano obstáculo de la tosca; la sostuvo el profundo apoyo de la entraña recién abierta; y quien la empuñaba no la soltó. Cuando terminó de remover la herida, Sepé hundió la moharra en el charco contiguo para diluir la sangre. Giró sobre sí e iba a alzar la lanza en actitud de triunfo, porque presentía que todos aguardaban la exposición del instrumento de la venganza. Pero vio en ese momento el rostro de Polidoro y se des-

concertó. La mirada del viejo cacique era indescifrable, pero se advertía que distaba tanto del repudio como de la aprobación. A diferencia de todos los demás indios que se habían incorporado y gritaban, Polidoro permanecía aún en su lugar. Tenía los puños cerrados y, en cada uno de ellos, la mitad de la ramita con la que hasta hacía un instante había jugueteado. Sepé obedeció al impulso de soltar su lanza. Pero no atinó a retirarse enseguida. Algo lo retenía en el centro de la escena.

Mi padre, aunque ya sentía náuseas, no podía dejar de contemplarlo, asombrándose de que la mímica del indio, que se tambaleaba por la borrachera, le hiciera todo fácil e instantáneamente imaginable. Sepé miraba a Bernabé y vacilaba. Parecía incapaz de pensar. Estaba entregado a un remolino de emociones. De pronto, se agachó, tomó el cuerpo de su víctima, asiéndolo por las axilas, lo giró sobre sí en el aire y lo empujó, sin duda, hacia el charco. Entonces contó que, cuando movió a Bernabé, le oyó uno o dos estertores y que, cuando lo tiró en el pozo, la cintura coincidió con el borde de la orilla, el pecho apenas se inclinó en la escasa hondura, pero la cara chapoteó y se hundió en el limo del estanque. “¡Tomá toda el agua que querás!”, le gritó, y todos los que lo rodeaban festejaron.

Sepé se ensimismó. Parecía escucharlos. Sus oyentes quedaron callados, pendientes de que prosiguiera su relato. Indignado hasta consigo mismo, mi padre se levantó para retirarse. Consternado, Sepé clavó sus ojos y su índice en él. “¡Eso! ¡Eso! —exclamó— ¡Eso hizo Polidoro!”

A partir de ese momento, contó muy poco más. Don Higinio retuvo solo otro detalle: la paciente fabricación de una nueva lanza. Talló un renuevo de coronilla, ató la punta del sable roto de Bernabé con las venas que extrajo de su brazo derecho y que amojamó a sal y sol. Según él, esa lanza se le quebró en Brasil, en un combate durante la Revolución de los Farrapos y no pudo, ni se esforzó mucho para recuperarla: “Ya me había traído demasiada mala suerte”. Sin embargo, su última lanza, la que siempre todos le vimos en el pago, la misma que en ese instante estaba clavada

en las cenizas, tenía una punta de sable y los tientos que trenzaban su moharra eran venas de animal o de hombre.

A los pocos días, al tener que enterrarlo, don Higinio porfió en obedecer la costumbre charrúa y por eso no retuvo, ni permitió que nadie conservase para sí la lanza. La dejó clavada a la derecha del cuerpo y allí hubiera quedado, asomando recta media asta, sustituyendo a la cruz como mojón de la sepultura, si dos semanas después, alguien —que sospecho quién fue— no la hubiera retirado del lugar, aprovechando la soledad de la noche.

\* \* \*

En lo que restó de vida del indio, es decir, un poco más de dos semanas, mi padre no le dirigió más la palabra. Llegó a reprocharle a don Higinio que le siguiese dando amparo a “semejante bestia asesina”. Cuando se le preguntó por qué le retiraba todo afecto al indio, a pesar de que éste se había limitado a confirmar las sospechas que porfiadamente había mantenido durante casi veinte años, contestó: “una cosa es matar en combate y otra es asesinar”.

Yo le respondí: “¿Qué mandó hacer Bernabé con Venado? ¿Estás tan seguro que en la Boca del Tigre hubo un combate?”. Acusó el golpe y no quiso discutir más. Pero, después de haberse retirado, volvió a asomarse a la puerta y me dijo, con voz dubitativa, casi como si se lo planteara a sí mismo: “No sé... una cosa es hacerlo razonando, contrariando los sentimientos, atendiendo a necesidades políticas reales y otra es hacerlo por puro desahogo, por venganza sin sentido”. No me concedió derecho a réplica.

Varias veces he oído discutir a los que estuvieron presentes en ese asado, cuáles fueron los motivos que llevaron a Sepé a sorprenderlos con sus revelaciones, sin que antes nadie lo hubiera incitado. Hay más de uno que ha llegado a poner en duda la veracidad de la historia. El propio indio, sin haberlos oído, se escudó, desde la primera vez en que fue nuevamente visto, detrás de esa interpretación. Cuando a los tres días reapareció en la pulpería

con dos jabalíes, como si nada hubiera ocurrido, apenas se le recordó lo que había contado, sacudió la cabeza entre incrédulo y asombrado: "¡Pavadas de indio mamado! Polidoro mandó matar a Bernabé, en el mismo lugar, apenas lo atrapamos". Nunca más abandonó ese molde. Si se le insistía replicaba: "Bernabé está muerto. No hay que matarlo otra vez".

Mil conjeturas he oído y otras mil puedo imaginar. Pero ninguna me convence. La caña, Federico, llega más hondo que nuestra inteligencia.

También se ha discutido las circunstancias que incidieron en la confesión o fabulación de Sepé. Hay quienes sostienen que el indio se permitió hablar así porque la conciencia de la proximidad de su muerte le quitó todo temor, despojó de sentido a toda cautela y lo incitó a asegurarse que de él se conservase una condigna memoria. No me gusta poner la carreta delante de los bueyes. Comparto la presunción antagónica, tanto o más extendida, que invierte la relación causal y sostiene que Sepé murió porque, mintiendo o revelando la verdad, dijo ser el matador de Bernabé.

Alguien pudo reaccionar aún peor que mi padre. En nuestra estancia, en la tarde anterior a la muerte del cacique, estuvieron dos corambreros, recogiendo cueros en una carreta. De noche, cenaron con los peones.

Al mediodía siguiente, frente a la pulpería, pudo ver quien quiso a la carreta, ya atiborrada de cueros, compartiendo una larga espera con Viguá, El Cabo y Pamplona.

Se dice que los corambreros llegaron primero y que ya estaban acodados en un ángulo del mostrador, cuando entró Sepé y, receloso y chúcaro, se arrimó al otro extremo, tal como acostumbraba a hacerlo, toda vez que se encontraba con parroquianos desconocidos. Pero no rechazó ni el primer convite, ni el segundo, ni el tercero. Aunque casi no habló, aceptó que los corambreros se le acercaran y, con respuestas breves, les sostuvo la conversación.

Quien estaba atendiendo el despacho, detrás de la reja, era un niño de diez años, Alfonso, el hijo menor del doctor Dutilh, ávido oyente de las ocurrencias del cacique y uno de sus más in-

condicionales adictos. Desde ese mediodía sostuvo para siempre que fue él quien escanci6 los tres largos vasos de la dulce caña de la Habana con los que la vida despidió a Sepé. Afirmó también que los corambreros se fueron antes de que él viera a su amigo, semitumbado contra la pared, la boca abierta, con una espuma rosada aflorándole entre las comisuras y entorpeciéndole la respiración. Precisó, incluso, que por lo que oyó, el principal tema de la conversación fue el de las cruceras y los antidotos, y que los corambreros se despidieron cordialmente del indio, dejándole pagado ese tercero y último vaso que él le sirviera cuando ellos ya estaban en la puerta. Pero admitió que, en varias oportunidades, los había dejado solos a los tres; y que, en más de una de esas ocasiones, debió cumplir encargos que a los dos cristianos se le iban ocurriendo de a poco y por separado.

En la zona se tiende a creer que Sepé murió envenenado. El doctor Dutilh sostuvo que la muerte se produjo por causas naturales y diagnosticó un edema de pulmón, pero muchos sospechamos que, con comprensible sentimiento, ha procurado suavizarle al hijo un espantoso recuerdo.

Alfonsito se acercó, desesperado, a socorrer a su amigo. Pero se dio cuenta que era demasiado tarde. El indio se estaba muriendo. A los gritos, llamó a Christy y a su propio hermano, que dormían la siesta. Sepé alcanzó a efectuarle dos señas: un gesto que le recomendaba que no hiciera nada, que quedase tranquilo; después, le apretó el brazo y le señaló a Vigüá, cuyo cuarto trasero se veía a través de la puerta abierta, revoleando la larga cola para espantarse los tábanos.

"Vigüá... los perros...", alcanzó a decir Sepé, pero enseguida murió. Sus últimas palabras fueron interpretadas por el niño como una manda y un legado que nadie le discutió.

Cuando llegó Christy, con el revólver en la mano, Alfonsito le empezaba a cerrar los ojos a Sepé. Después abandonó al escocés que miraba estupefacto al cacique y fue en busca de un paño para atar la carretilla. Dijo Christy que cuando volvió y le puso en sus manos el lienzo, el niño ya no lloraba.

Casi ninguna otra información tengo que aportarte. He recordado todo lo que sabía y, sin embargo, siento que poco o nada he avanzado. Sigo mirando, sin entender todo lo que me dice, el charco de sangre que, aparte de duplicar las golosas manchas de las moscas, refleja mi rostro y el cielo.

Descuento que habrás visto muchas veces el túmulo con el que el Gobierno, tan "*digno remunerador de sus servicios*", ha dado amparo en el Cementerio Central a los restos que un barco trajo, descendiendo el Uruguay, desde Bella Unión. Dudo que sea cierto que el propio don Frutos haya escogido los textos inscriptos en las cuatro caras del monumento, entre las diversas propuestas redactadas por Juan Silvestre Blanco y Manuel Herrera y Obes que le remitiera Oribe. No presumía ser hombre de letras, pero sabía leer mejor que nadie las emociones. Supongo que no habría tolerado la ausencia de auténtico sentimiento, la afectación y el desdeñoso descuido de la realidad, con los que fueron redactadas, a perceptible vuelo de pluma, leyendas destinadas al mármol; y, sobre todo, estoy segura que hubiera corregido el imperdonable error de anticipar en cinco días el episodio de Yacaré Cururú. Para quienes despreciando al "*indómito habitador de los desiertos*", compartían los valores y las certezas de Bernabé, el homenaje es frío, vacuo y, desde toda perspectiva, indigno.

Sin embargo, no me sentiría capaz de redactar otro epitafio. Rehuiría toda responsabilidad porque ese túmulo, tal como fue concebido me parece una intocable reliquia de nuestra Historia porque perpetúa no ya la inarrebatable gloria de un héroe, sino la encandilada visión de los que mandaban en su época, atiborrados de los convencionalismos literarios y arquitectónicos impuestos en otras culturas e incapaces de homenajear con dignidad al mejor de los suyos. La prudencia me aconseja no reclamar enmiendas: temo pensar qué se escribiría hoy.

Jamás se me conferiría tal encargo porque nadie me conoce, soy mujer y a nada represento. Pero, si se me embretara en tal tarea ¿cómo la afrontaría? Me vencerían las dudas y el temor de perder la ecuanimidad. Porque ¿a cuál Bernabé hay que reme-

morar? ¿Al de Sarandí o al de Salsipuedes? ¿Al ídolo de las Misiones o al represor implacable de San José del Uruguay? ¿Al que amaba Manuela o al que nunca terminó de conocer Venado? ¿O al que pudiera haber sido, si no se hubiera empecinado en perseguir la muerte en Yacaré-Cururú? ¿Al jefe o al servidor? ¿Al victimario o a la víctima?

Oigo ahora múltiples aclamaciones: "¡Bernabé! ¡Bernabé!" Pero ¿cuáles son las voces, solitarias o confundidas en la algazara, que enronquecen repitiendo ese nombre? ¿Es la mujer de San Borja que lo reclama o son los soldados que, en campos de Gerónimo Jacinto, lo prefieren a Melchor Pacheco y Obes? ¿Es el tío que, borracho y acosado por el horror, clama en la recién acallada Boca del Tigre el auxilio de su compañía o es el pueblo del Durazno que, engañado, saluda su resurrección? ¿Son los charrúas, enardecidos por la inminencia de la imprevista venganza o es el propio Coronel que recibe a la muerte remedándole el grito?

También veo incontables imágenes. Por ejemplo, muchas manos de mujer: la de Manuelita, contrayendo su duelo, mientras don Frutos, afiebrado y creyéndose asistido por la necesidad, le miente al pueblo; la de una india, cuyo nombre ignoro, dejando que un desertor lleve los muñones de sus dedos hacia una polvorienta línea de luz que soslaya al tupido follaje del monte; o esta otra, de una dolida dama, Inés Magariños, la ex-prometida de Pedro Bazán, que acaba de superar el temblor de una vacilación y deposita en el pecho del cadáver de su marido, el coronel José Gabriel Palomeque, un instante antes de que clausuren el ataúd, la guedeja del cabello que le había cortado a su primer novio, cuarenta años atrás, muy pocos días antes de que estallase la sublevación de Bella Unión.

Pero ahora agonizo y veo, al fondo de la penumbra de la pulpería, en el ya lejano rectángulo de la puerta abierta, cómo todavía estalla y seguirá estallando la luz de la vida sobre el manso cuarto de mi tordillo. O aún más se va el aire, y alcanzo a ver cómo súbitamente ha desaparecido el ramaje que me impedía contemplar el esquivo cielo y ha sido sustituido por un inmenso y

turbio espejo, cada vez más cercano, que —aunque yo todavía no lo crea— me muestra, por un fugaz instante, mi propia cara, manchada con mi sangre, la cara de un hombre que ya se muere y se ahoga en la escasa hondura de un agua fétida y amarga, que ni siquiera lamerían los perros.

Se terminó de imprimir  
en PRISMA Ltda. Gaboto 1582, Montevideo  
en el mes de diciembre de 1988  
Edición hecha al amparo del  
art. 79 de la ley 13.349  
(Comisión del Papel) D.L. 237.639